

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

---

---

APORTACIONES AL ESTUDIO DE LA  
LITERATURA MISTICA EN LA  
NUEVA ESPAÑA

TESIS

Que presenta la Srita.

**ELENA BAZ WEATHERSTON,**

para obtener el grado de maestra en Letras.

MEXICO

1945



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

En recuerdo de mi Padre.

Como ofrenda de gratitud a mi Madre.

A mis hermanos.

Se proponen estas páginas recoger algunas notas para el estudio de la literatura mística en la Nueva España, dirigiéndose a plantear el tema mismo de la existencia de esta literatura y esbozando algunas conclusiones. Desde luego ¿qué características debe reunir un autor para que en él se determine la autenticidad mística? ¿Por qué es que se considera que la literatura mística española floreció y acabó con los autores del Siglo de Oro? ¿Qué características o exclusividad reunían los autores españoles para ser tenidos por únicos representantes de esta literatura en la lengua española? ¿Podían reunirse estas cualidades en la Nueva España? ¿La religiosidad del español en comunión con la del pueblo recién conquistado no germinaría en un aumento de sensibilidad religiosa que culminara con lo místico? ¿Qué diferencias hay entre lo místico y lo religioso; entre la literatura simplemente devota y la mística? Estas preguntas son las que pretendo contestar en los siguientes capítulos, o contribuir de algún modo a que puedan ser resueltas.

## I

### HERENCIAS Y AMBIENTE DE LA VIDA NOVOHISPANA

La vida española, desde sus orígenes, se ha encontrado impregnada de un sabor religioso. En su complejo e interesante desenvolvimiento encontramos a cada momento datos que nos permiten asegurar que el tema religioso ha inquietado al español profundamente.

Tal preocupación la vemos patente en toda la historia de España. El español es por momentos religioso, idealista, capaz de morir por una causa; su drama es el debate entre sus arraigadas ideas religiosas y morales, y la seductora tentación de los encantos del mundo. Extermina a la Media Luna, conquista América para Dios, escribe *La Celestina*, sube al *Monte Carmelo*, peca atrevidamente y al día siguiente desgarrá su carne, arrepentido. El español no puede evitar ser así, ya que los diversos pueblos que lo formaron eran de índole tan diversa, que dieron como resultado, al fundirse, un grupo social lleno de contrastes.

Primitivos, al fin, los primeros pobladores de la Península Ibérica fueron profundamente religiosos. Su culto debió de ser la zoolatría. En la época del *homo sapiens*, predominaban las formas de religión del paleolítico superior, magia, animismo, y manismo. Schultzen dice: "que gustaban de los sacrificios humanos, como parece deducirse de la piedra de sacrificios descubierta en la Celtiberia Citerior".<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>.—Citado por A. Ballesteros y Beretta, *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*, Barcelona, 1926. T. I, p. 174.

Interminable sería el relatar los diversos aspectos por los que ha pasado la vida religiosa del español, por lo que me limitaré a esbozar brevemente lo de mayor interés a mi juicio.

No sólo los primeros pobladores fueron religiosos, sino que también lo fueron los colonizadores que llegaron a tierras de la actual España. Los fenicios, al decir de Ballesteros y Beretta, emplearon su religión como medio de dominación.<sup>2</sup>

Los cartagineses, de religión semejante a la de los fenicios, dominaron la Iberia hasta el año 214 A. C. Pero la suerte de España era caer bajo la férula latina, y es el pueblo romano el que imprime sobre los indígenas "su sello de raza fuerte, civilizada y expansiva".<sup>3</sup>

Importante fué para España la conquista romana, pero pocas centurias más tarde surge un acontecimiento de incalculable trascendencia mundial que tiene para España un interés e importancia definitivos; pues en la España Romana, el cristianismo será un elemento esencialísimo de su historia, y sin el cual no podríamos explicarnos la mayor parte de sus hechos. España será el prototipo de pueblo cristiano; la España cristiana será la que recorra el mundo propagando su religión, venciendo obstáculos infranqueables, gracias al espíritu de que se impregna su alma.

La evangelización cristiana es llevada a cabo en España, inicialmente, por el apóstol Santiago el Mayor, según se ve en los escritos de San Jerónimo y de Fita. Continúan la evangelización, San Pablo y los siete santos varones apostólicos: Torcuato, Segundo, Indalecio, Tesifonte, Eufrasio, Cecilio y Fesiquio. Se sigue propagando el cristianismo y los habitantes de la Península se embeben de su espíritu, contando a fines del siglo III y principios del IV con una población cristiana bastante densa, como lo prueban las firmas del Concilio de Elvira.<sup>4</sup>

Sufre España la invasión de los alanos, vándalos y suevos.

---

<sup>2</sup>.—Véase A. Ballesteros y Beretta, ob. cit. T. I, p. 198.

<sup>3</sup>.—A. Ballesteros y Beretta, ob. cit. T. I, p. 268.

<sup>4</sup>.—A. Ballesteros y Beretta, ob. cit. T. I, p. 434-5.

Aparece otra etapa de gran importancia en el desenvolvimiento de la historia de España, la de la dominación visigoda.

Durante los largos siglos de su preponderancia, osciló la religión oficial entre la arriana, de los conquistadores, y la cristiana de los vencidos. El arrianismo, religión de los visigodos, que fué declarada la religión del estado, fué poco a poco cediendo lugar al cristianismo al ser el elemento visigodo absorbido por el hispano-romano, en forma tal que Recaredo, rey godo, se convierte al cristianismo y cambia los derroteros de la dinastía goda. Le siguen monarcas tanto cristianos como arrianos; culminando esta pugna con Recesvinto que permite los matrimonios entre godos e hispanoromanos.

La caída del reino godo tiene lugar con la irrupción mahometana. En 711, los árabes destruyeron esa monarquía, quedando toda España bajo su dominación con excepción de las montañas de Asturias. Durante ocho siglos los mahometanos no sólo dominaron gran parte del territorio español, sino que además influyeron de manera positiva en las costumbres, en la literatura y en el arte. En un principio permiten el libre ejercicio de la religión, pero con una serie de limitaciones sobre la exteriorización del culto. Más tarde la tolerancia del culto se convirtió en terrible persecución, dando lugar a cruentas penalidades y martirios. Hay un período de franca tolerancia, renovándose la persecución en 982. Esto era inevitable, ya que musulmanes y cristianos siempre estarán en pugna.

Bajo el poderío de emires y califas, en media de las persecuciones de que fué víctima, supo la raza dominada conservar su fe. Y no sólo la supo conservar, sino que afirmó profundamente sus creencias, a través de las largas luchas que sostuvieron en contra de los musulmanes, defendiendo su libertad y religión.

Las arduas luchas habidas entre musulmanes y cristianos rematan con la reconquista, iniciada en 718 en Covadonga por Pelayo, el primer héroe de esta guerra por la libertad y por la supremacía de la fe cristiana. El movimiento es doble y paralelo de norte a sur, ya que parte de Asturias y Cataluña. Es entonces cuando los cristianos se percatan de que sus enemigos

no son invencibles; es cuando se lanzan con fe ciega a la defensa de sus creencias y de su territorio. Por largos siglos combatieron con denuedo, en momentos victoriosos, en otros vencidos, pero nunca derrotados. Su espíritu siempre firme, nunca desmayó. No es hasta 1212, cuando con la victoria de Las Navas de Tolosa podemos considerar que los cristianos obtuvieron un verdadero triunfo, pues en ella destruyeron el imperio de los almohades, terminando así con la ofensiva musulmana. Desde esa fecha la Media Luna retrocederá siempre ante la Cruz. A fines del siglo XIII España era casi en su totalidad cristiana, con excepción del Reino de Granada, único estado musulmán que subsistió durante dos siglos.

La raza española, profundamente creyente aún en los días de mayor disolución, logra en gran parte unirse políticamente, gracias a las luchas que tienen que sostener los distintos señores y el pueblo contra el enemigo común.

Los reyes que durante toda la Edad Media hubo en España, combatieron sin excepción a los musulmanes; aún Enrique IV, a pesar de su abulia, los combate.

En el medioevo, lo religioso era vital; pero en medio del ascetismo de esta edad, encontramos la vida disoluta, los desenfrenos, las terribles atrocidades, cometidos no sólo por los hombres de mundo sino por los de Iglesia. Abusos que, con gracia y genial maestría, pinta el Arcipreste de Hita en su *Cantiga de los Clérigos de Talavera*; y Pero López de Ayala, en su *Rimado de Palacio*. Corrupción de las costumbres que más tarde nos presenta el autor de *La Celestina*, y que se entrecruza en las distintas épocas con las diversas herejías que encontramos a través de la historia de España, y que contaban numerosos adeptos, pero nunca con la mayoría del pueblo. Dice Menéndez y Pelayo: "todas las heterodoxias pasarán, pero la verdad permanece, y a su lado está el mayor número de españoles, como los mismos adversarios confiesan".<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup>.—M. Menéndez y Pelayo, *Historia de los Heterodoxos españoles*. Madrid, 1880. T. I, p. 194.



Al morir Enrique IV dejando a Castilla en decadencia moral y material, nos encontramos con el final del siglo XV y con los Reyes Católicos, época y reyes que tan enorme importancia tienen para España, ya que es entonces cuando se unifica y convierte en un pueblo profundamente creyente y poderoso.

Los reyes católicos vencen al reino de Portugal. Recobran la autoridad de la Corona sobre la nobleza levantisca. Elevan el nivel cultural. Reforman las costumbres del clero, relajadas hasta la inverosímil, llevando a cabo la Reforma con la valiosa ayuda del Cardenal Cisneros. Rehacen el tesoro, capacitándose con medios suficientes para la magna obra que se proponían realizar. Ultiman la reconquista, ganando y absorbiendo el reino moro de Granada, logrando que ni un palmo de tierra española quede en manos musulmanas. Esta guerra dura y difícil, llevada a feliz término con arte y tenacidad, fué el yunque forjador del espíritu nacional, y le capacitó para todas las otras grandes cosas que hizo más tarde. Unifican las creencias valiéndose de la Inquisición, que mantuvo esta unidad frente a los herejes, judíos y fingidos conversos. La Santa Hermandad les ayuda a mantener la paz pública frente a los salteadores que asolaban el país. Se expulsó a los judíos, lo que causó daños a "la economía nacional y acaso no sirvió para acelerar la unidad religiosa, pero fué una necesidad. El entusiasmo y la exaltación de la fe, producidos por la conquista de Granada, frente a la conducta taimada, cautelosa y criminal, en muchos casos, de los judíos españoles, no consentía otra salida".<sup>6</sup> Se descubren las Indias, engrandeciéndose día a día el poderío del Imperio Español.

Castilla se fué curando en sus lacras, arrumbando ruindades y pasiones menudas, y se llenó de un espíritu capaz de grandes hechos, constituyéndose en defensora del catolicismo. Es entonces cuando el ideal del pueblo español, su sentimiento nacional, "lo que le hace considerarse como individuo propio en la gran multitud de las agrupaciones humanas, lo

---

<sup>6</sup>.—C. Silio Cortés, *Isabel la Católica*, 1938, p. 378.

que le distingue de una mera expresión geográfica, es ese sentimiento de una misión providencial especialmente a él confiada, ligada muchas veces a circunstancias exteriores de lugar y tiempo, pero expresión siempre de una esencia interior, de una cualidad psicológica viva, de un rasgo fundamental de su carácter".<sup>7</sup>

"La fe religiosa, es decir, la forma concreta en que un hombre o un pueblo entiende sus relaciones con la Divinidad, es la manera de manifestarse este sentimiento colectivo. La palabra revelación cifra toda la trascendencia de este momento. Envuelto el hombre frente al mundo en la oscuridad de su ignorancia, en la revelación, encuentra el fin de su actividad y la razón de sus actos".<sup>8</sup>

En medio de la inquietud propia del siglo XVI, el pueblo español se conserva profundamente religioso. La monarquía misma estaba fundamentada en una concepción de orden natural y providencial dirigida por Dios. Viniendo la autoridad de Dios, el rey tenía obligaciones religiosas. La vida religiosa es fundamental en esta época y la religión es profesada por todos, desde el monarca hasta el más humilde de sus súbditos. El pueblo español estaba convencido de que debería cumplir su misión providencial, salvaguardando los intereses de su religión. El concepto de la misión que tenía que cumplir, no era sólo un deliquio estático y contemplativo, sino todo lo contrario, era el poderoso impulso que lanza a los individuos y a las multitudes a las gueras santas de redención y de conquista.

Por razones políticas y por su profundidad religiosa el pueblo español se constituye en paladín del cristianismo, considera que es él quien debe de propagarlo por todos los mares, el que debe de arrostrar miles de peligros por conservar el espíritu católico en el mundo, por retener el nombre de Cristo en lo alto, por defender su fe. El idealista español que deseaba la propagación del cristianismo tenía también dentro de sí

---

7.—E. Ovejero y Maury, Prólogo a *Blanquerna* de Raimundo Lulio, Madrid, 1929. P. II.

8.—E. Ovejero y Maury, ob. cit. p. II.

el afán de poder, de expansión, de riqueza, de gloria y de conquista material y espiritual.

He aquí la razón de la posibilidad de la conquista material y espiritual del Nuevo Mundo, la conquista más portentosa registraba por la historia, que se llevó a cabo gracias al espíritu que alentaba a aquellos hombres valerosos, típicos del Renacimiento.

Es al pueblo que tenía este alto y arraigado concepto religioso al que tocó en suerte conquistar un mundo nuevo. Es el pueblo que se funde con el indígena aborigen definiendo una nueva fisonomía, que luego se tornará en lo mexicano.

Este núcleo indígena con el que se une el español en Nueva España es también profundamente religioso. Y si la conquista de Anáhuac, determinó en máxima parte la dominación general, estudiemos esa religiosidad a través del azteca.

La totalidad de su vida se encontraba subordinada a su religión. En sus actos diarios, en su vida de hogar, en sus quehaceres domésticos, en su educación, en todo acto encontramos un raigambre religioso. La austeridad de su vida, los terribles combates, los sanguinarios sacrificios humanos, estaban condicionados por su religión. Su mismo rey era para ellos un motivo religioso más, ya que era el representante de su dios, como vemos en el discurso que decían los aztecas al elegir emperador: "Sois imagen de nuestro señor dios y representáis su persona, en quien él está descansando y de quien él usa, como de una flauta, y en quien él habla, y con cuyas orejas él oye..." (Cfr. Fray Bernardino de Sahagún, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, lib. sexto).<sup>9</sup>

Al pensar en la vida de este pueblo, se presenta ante nuestra visita un cuadro en el que apreciamos un fuerte contraste: en uno de sus ángulos, silencio, sobriedad, resignación, sacrificio y penitencia; en otro: ruido, desenfrenos, batallas, sacrificios humanos y, como centro o ángulo complementario de este extraño conjunto, la religión. Es ella el eje de su vida. Sus arraigadas creencias religiosas predicán y

---

<sup>9</sup>.—Citado por Agustín Yañez, *Estudio Preliminar a Mitos Indígenas*, México, 1942. T. 31 BEU, p. XVIII.

obligan la sobriedad en las comidas. Temen el vicio de la gula, que consideran la causa del agudamiento de los malos instintos; procuran inculcar el amor al trabajo para evitar en esta forma el ocio y los males que con él vienen. Tenían congregaciones de hombres o mujeres, en las que se vivía en castidad, y que preparaban los alimentos de los dioses, aseaban los templos, etc. Llevaban una acendrada vida ascética haciendo penitencia, y mortificándose el cuerpo. Hacia media noche, dice Sahagún, las religiosas se punzaban las puntas de las orejas y se ponían la sangre que se sacaban en las mejillas. Los varones se levantaban a tocar "unos caracoles y bocinas con que despertaban a la gente; velaban al ídolo por sus cuartos porque no se apagase la lumbre que estaba delante del altar".<sup>10</sup>

Los padres decían a sus hijas, fueran o no religiosas, un discurso tradicional, en el que les recomendaban que llevaran una vida sobria, adusta, de sacrificio y penitencia. "Despierta y levántate a la media noche y póstrate de rodillas y codos delante de Él: inclínate y cruza los brazos, llama a nuestro señor invisible e impalpable, porque de noche se regocija con los que le llaman. . ." (Fray Bernardino de Sahagún, *Historia de las Cosas de la Nueva España*).<sup>11</sup>

Su sobriedad y rígido ascetismo contrastaban con la sensualidad y el desenfreno de ciertas fiestas religiosas, así como con lo sanguinario de ellas.

Su religiosidad era tan profunda que las mujeres aztecas no titubeaban en ofrecer en holocausto a sus propios hijos. Estos sacrificios humanos, que nos parecen monstruosos, son explicables; ya que al hacer esta ofrenda, la hacían con la auténtica convicción de estar agradando a sus dioses con lo mejor; ya que de no ser así, no ofrecieran a sus propios hijos, sino a extraños.

Fray Bartolomé de las Casas nos dice al respecto que "ofrecían a los que estimaban ser dioses, la más excelente y

---

<sup>10</sup>.—Códice Ramírez:—Tratado de los ritos y ceremonias y dioses. México, 1942. T. 31 BEU, p. 49.

<sup>11</sup>.—Citado por Guadalupe Pérez San Vicente *Diosas y Mujeres Aztecas*, México, 1944, p. 40.

más preciosa y más costosa y más amada de todos naturalmente, y más provechosa de las criaturas, mayormente si los que sacrificaban eran hijos; y nuestro entendimiento, juzga que a Dios se le debe ofrecer lo más digno y lo mejor, estando dentro de los límites de la ley natural, faltando ley positiva, humana o divina, que ofrecer hombres prohíba y estorbe; y si otra cosa hubiese de más dignidad que los hombres, como son los ángeles, ofrecerlos en sacrificio a Dios era poco si fueran sacrificables. . .”<sup>12</sup>

Las guerras, la mayor parte de las veces, se debían a razones religiosas. Tenían que proveer a sus dioses del alimento celestial, necesitaban proporcionarles lo más preciado para ellos: su propia vida. Por lo que, cuando se aproxima alguna festividad religiosa, provocaban una guerra para suministrar a sus dioses el alimento deseado. Una prueba más de la religiosidad sincera que ponían al efectuar el terrible acto del sacrificio humano, es el hecho de que los prisioneros de guerra eran reverenciados por ellos antes y después del sacrificio.

La aspiración máxima del varón consistía en unirse con su dios, el Sol, en ser *tonatiuh uixoyauh*, es decir, servidor del Sol. Para ello, peleaban con fiereza y sin miedo, pues sabían que si morían combatiendo por obtener víctimas para su dios, éste los llevaría a unirse con él.

A pesar del marcado realismo que encontramos en estas manifestaciones religiosas, el pueblo azteca poseía un enorme poder de abstracción. “Muchos grupos ni siquiera necesitaron la concreción material de sus mitos. En otro caso, la representación de los dioses, la teogonía, y el culto son fórmulas abstractas. Ni ellas ni las fuerzas venerandas de la naturaleza son fines en sí; tras del mundo intrincado de su simbolismo intuían realidades invisibles e impalpables”.<sup>13</sup> Por abstracción llegan a concebir un principio unificador. “En la esfera de lo religioso es desde donde se proyecta con mayor claridad”, esta fuerza de abstracción, “porque la vida entera de

---

<sup>12</sup>.—Fr. B. de las Casas, *Doctrina*. México, 1941. T. 22 BEU, p. 20.

<sup>13</sup>.—A. Yáñez, *El Contenido Social de la Literatura Ibero-americana*, Méx. Jornadas Núm. 14. p. 11.

aquellos pueblos está inmersa en la religión, y de todas partes, —la guerra y la paz, el hogar y el comercio público, la conciencia privada y las empresas colectivas— conspira a fines sobrenaturales".<sup>14</sup>

He querido hacer resaltar la afinidad del pueblo español y del indígena en su sentido religioso de la existencia, raíz de comunes formas de vida, que ya he esbozado; en su fuerza de abstracción, en su realismo y en "el sentido paradójico de la vida, resultante del impulso de abstracción y de la tendencia realista", en donde vemos que, "tras el rapto religioso de gran pureza, tras el ayuno y las abstinencias, uno y otro inciden en el desbordamiento de los apetitos".<sup>15</sup>

La unión de estos dos núcleos, tan diversos y a la vez tan semejantes, "fué seguramente facilitada por cierta receptividad de la raza aborígen, que era tan religiosa como la del hombre blanco que venía a dominarla",<sup>16</sup> dando lugar a la fusión, que germina en el mexicano, definiendo al hacerlo la historia de nuestro país.

Nace esta nueva raza en medio de una avanzada cavilización y de ella se aprovechará. La cultura española y la aborígen se incorporarán definiendo la cultura mexicana.

Siendo, como hemos visto, las razas indígena e hispana de una religiosidad extrema podríamos suponer que la semilla cristiana traída por el español caería en un bien abonado terreno indígena, prendiendo y floreciendo fructíferamente; pero no fué así, sino después de largos años y tras obstinada lucha espiritual. El indígena, que en su exaltación religiosa llega al fanatismo, no podía aceptar de inmediato una religión que venía a tirar por tierra sus templos, sus ídolos, sus ceremonias, sus creencias... Tendrían que poner su influencia los misioneros para hacer comprender al indígena religioso en donde se encontraba la Verdad. Con su ejemplo y virtud logran

---

<sup>14</sup>.—A. Yáñez, Estudio preliminar a *Mitos Indígenas*, México, 1942, T. 3, BEU, p. XII.

<sup>15</sup>.—A. Yáñez, *El contenido Social de la Lit. Iberoamericana*, p. 13.

<sup>16</sup>.—S. Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*. México, 1938.

la comprensión espiritual de estos dos núcleos que al fundirse conciben al mexicano, de acentuada religiosidad.

Encontramos pues en la Nueva España tres elementos étnicos principalísimos: el español, el indígena y el mestizo. Veamos el medio ambiente en que se desenvolvían.

En España, en el siglo XVI, se procuraba huir de las nuevas ideas que invadían el mundo, se luchaba por conservar al pueblo español dentro de un ambiente católico. Lucha terrible era ésta, ya que el español ha tendido siempre dentro de sí mismo esta compleja e insoluble batalla entre el espíritu y la carne, que en ese siglo se hace patente en el exterior. Al conquistador la Nueva España, su celo aumenta y se valen de todos los medios posibles para evitar que el Nuevo Mundo se ponga en contacto con las ideas que podrían engendrar la herejía. Se evita el comercio con países ajenos a España; los libros que llegan a tierras americanas son revisados y censurados cuidadosamente; la educación y la dirección social quedan en manos de la Iglesia. La nota preponderante de la vida colonial es la religiosa, que se exterioriza en los actos de culto realizados con gran frecuencia, con toda pompa y con gran regocijo del pueblo; en las representaciones, utilizadas en muchos casos para propagar la religión católica y sus ideas morales; en los grandes monumentos que aun contemplamos como símbolo de la religiosidad de aquellas edades, desde las pequeñas iglesias, los severos monasterios que nos hacen recordar a los misioneros que con cariño y solicitud evangelizaron al indio, hasta nuestras magníficas catedrales. Y ¿qué decir de las escuelas fundadas para impartir educación a los criollos, a los mestizos y a los indígenas? ¿de los seminarios, en donde se preparaban aquellos que más tarde impartirían sus enseñanzas a este heterogéneo grupo humano de nuestra vida colonial, llenándolos de un espíritu cristiano y católico?

Si a este medio ambiente esencialmente católico que reinaba en la época colonial, fomentado por España con fines religiosos y políticos, se añaden la "forma pasional" <sup>17</sup> en que el hombre hispano sentía, vivía y externaba su religión;

---

<sup>17</sup>.—S. de Madariaga, citado por Samuel Ramos, ob. cit. p. 26.

el fanatismo, resultante de la adaptación que el indígena había hecho del catolicismo a su propio concepto religioso y, por último, la acentuada religiosidad del mestizo obtenida por la unión de estos dos conceptos religiosos, tendremos entonces, a mi manera de ver, un medio ambiente sumamente favorable y propicio para que, a semejanza de la España de los Siglos de Oro, surjan en él escritores que habiendo llegado hasta el alto estado místico, nos hayan dejado testimonios escritos de sus experiencias.

Ahora bien, para poder discutir si estos escritos son místicos o nó, veamos ante todo qué es lo que se entiende por Mística.



## II

### RELIGION MISTICA.

El más allá, la incógnita de la muerte, es el problema religioso. Esto lo vemos en el hecho de que el problema de la muerte es el problema de la vida toda, el que comprende el sentido total de la existencia. No es un problema de situación vital determinada, transitoria, que afecte más o menos el curso de la existencia, sino que es un problema que determina el sentido final y total de la existencia entera. El problema que tiene estos caracteres es el problema religiosa primario.

Todos nos enfrentamos a este problema, a todos nos ha inquietado el pensamiento de la muerte, del más allá; por lo que podemos asegurar que todo hombre es religioso, independientemente de la solución que a este trascendental problema demos cada uno.

No podemos menos de inquietarnos ante esta incógnita, ya que siendo limitados, normal es que intranquilos nos preguntemos: ¿Habrà un más allá? ¿Al morir habrá terminado todo? ¿Nuestro fin se encontrará en la muerte? Y, si hay un más allá, ¿qué es, cómo es, para qué es? Así podríamos seguir divagando, para resolver este problema del límite de nuestra existencia. Esta inevitable incógnita que se nos presenta, este problema que debemos resolver necesariamente, no es, ni mucho menos, un problema estético ni moral ni económico, sino un problema vital de carácter esencialmente religioso. Todos nos enfrentamos a él y por lo tanto debemos darle una solución que podrá ser positiva, negativa o suspensiva.

Resolviéndolo positivamente, diríamos: más allá esta Dios. Colocándonos en la actitud negativa, contestaríamos: no hay

más allá; la muerte es el límite, es nuestro fin. En una actitud suspensiva, pensaríamos: ¿más allá? No sé. Quien así responde, no ha resuelto el problema; se encuentra ante una nueva incógnita, ante una duda; pero al dudar, por lo menos espera.

El que no cree en la existencia del más allá, para el que la muerte es el fin, se queda a solas dentro del límite. La negación de Dios es la máxima soledad.

Mientras que el que cree, el que concibe la existencia de Dios en el más allá, se encuentra acompañado dentro del límite. En esta actitud positiva, (que es la religiosa por antonomasia y, por lo tanto, la que me interesa aquí) caben muchas variedades que podemos limitar llamándolas: religiosa, ascética y mística.

Consideran, entre otros el padre González, el padre Arientero y Sainz Rodríguez, que estos tres aspectos de la actitud religiosa, "no son más que distintos momentos de un mismo camino que conduce al conocimiento perfecto de Dios".<sup>1</sup> No todos los teólogos aceptan esta posición, sino que por el contrario han entablado polémicas largas y arduas sobre este problema, debido a que la escuela contraria —entre cuyos componentes más distinguidos se encuentra el padre Seisdedos— considera que la Ascética y la Mística "difieren esencialmente, porque los objetos formales de ambas son esencialmente diversos".<sup>2</sup> No viene al caso el discutir las razones que cada uno tiene para ello; únicamente me limitaré a decir con el padre Arientero que "la distinción es *modal* y no *esencial*".<sup>3</sup>

Spranger hablando del problema religiosa dice que "en cuanto la vivencia de valor aislada y todo lo subjetiva que se quiera es experimentada en su significación como referida al sentido vital íntegro, puede decirse que tiene un tono religioso".<sup>3b</sup> "Por lo que decimos, que el hombre religioso es aquel cuya estructura mental se orienta permanentemente a la pro-

---

<sup>1</sup>.—Pedro Sainz Rodríguez, *Introducción a la Historia de la Literatura Mística en España*, Madrid 1925-26, p. 30.

<sup>2</sup>.—Citado por Pedro Sainz Rodríguez, *ob. cit.* p. 30.

<sup>3</sup>.—P. Arientero, tomado de *Apuntes de teología ascética y mística* de J. J. Iglesias. Aragón 1935.

<sup>3b</sup>.—Eduardo Spranger, *Formas de Vida*. Madrid, 1935 p. 253.

ducción de la suprema vivencia de valor, absolutamente satisfactoria".<sup>4</sup>

La preocupación y el pensamiento constante del hombre religioso es Dios; para él la salvación de su alma está por encima de todo. Sólo ve lo individual en conexión con lo infinito. Schleiermacher considera "religiosa una vivencia cuando su objeto, indisoluto por decirlo así, parece flotar aún en lo infinito".<sup>5</sup> El más hondo goce de la Naturaleza no le satisface, queda siempre en él el anhelo religioso de ir más allá. El goce estético le ofrece solamente un trasunto de su propia alma, no la vivencia central del mundo. El hombre religioso no puede conceder al conocimiento la última palabra. Pero al mismo tiempo, no puede desasirse por completo de los resultados del conocer, antes por el contrario los resultados científicos constituyen nuevas y auténticas fuentes de vivencia religiosa. La religión es para él, el principio de su vida moral. Se ocupa de conocer sus dogmas y verdades, la moral o preceptos y los ritos o culto que lo conducirán a Dios. Y no sólo conoce, sino practica lo que su Religión le manda.

La perfección cristiana, la aspiración última, el grado máximo a que se puede llegar a esta vida es a la unión con Dios, por lo que el hombre religioso, anhelándola, procura la perfección. Para lograr esta perfección hay un camino a seguir. Ascendiendo por este camino encontramos al asceta y, más arriba, al místico.

Tropezamos aquí con las dificultades de delimitación de los grados de la vida espiritual, ya que los escalones de que nos valemos para llegar al asceta y al místico son tan sutiles que resultan casi imperceptibles. Para simplificar su explicación nos valdremos de las divisiones propuestas por los tratadistas, los que dividen estos grados de la vida espiritual o de perfección en vías: purgativa (de penitencia, si hay culpa, o de mortificación), iluminativa (o de oración e imitación de

---

<sup>4</sup>.—E. Spranger, ob. cit. p. 256.

<sup>5</sup>.—E. Spranger, ob. cit. p. 272.

Cristo) y unitiva. Las dos primeras corresponden a la vida del asceta, que por el momento es la que nos interesa.

El asceta es quien dice: no hay que entregarse plenamente ni al goce ni al trabajo; es aquel para el cual los tesoros terrenales nada valen ya que carecen de virtud redentora. Hay que tener, piensa, como si no tuviéramos. El asceta va perfeccionándose paulatinamente, siguiendo para ello reglas de conducta. Mediante un esfuerzo metódico ejercita su alma hasta perfeccionarla. Empieza por detestar el pecado mortal. Hace oración. Considera la grandeza de Dios y al hacerlo adquiere humildad. Comienza a aborrecer el pecado venial y a amar la penitencia. Más tarde aranca de su alma el afecto a las honras y vanidades del mundo. Evita las ocasiones de pecar. Se determina y dispone, con cuantas diligencias puede, a conformar su voluntad con la de Dios. Se guarda del pecado venial. Ama a su Creador, pero no con un amor fabricado en la imaginación sino probado con obras.

Subiendo un peldaño más, llegamos al místico. Todo hombre puede llegar hasta el umbral de este estado, ya que para ello no se requiere más que ejercicio, que es lo que significa ascesis: seguir prácticas y reglas en forma metódica, aunadas con una enorme fuerza de voluntad para poder soportar las soledades, las penitencias, los sacrificios, las modificaciones, que implican la privación y la renuncia propias de este estado; pero casi todos se quedan ahí, ya que quienes logran traspasar este umbral son seres privilegiados.

Via unitiva, la llaman los tratadistas; unión del alma con su Creador o conocimiento perfecto de Dios. Pero ¿cómo se lleva a cabo esta unión del alma con Dios? Al hablar de ella, Santa Teresa pide al Espíritu Santo que sea Él quien guíe su pluma, ya que tratándose de cosas sobrenaturales, muy difícil le será explicarse. <sup>6</sup> Todo lo que ocurre, en esta relación del alma y Dios, viene de Él a ella. "No es el hombre quien conoce a Dios, sino Dios quien se da a conocer al hombre." <sup>7</sup> Con-

---

<sup>6</sup>.—Sta. Teresa, *Las Moradas*, Cuarta edición, Clásicos Castellanos. Madrid 1933, *Moradas IV* p. 55.

<sup>7</sup>.—J. M. Gallegos Rocafull, *La experiencia de Dios en los Místicos españoles*, México, 1945, p. 43.

cede este privilegio "cuando quiere y como quiere y a quien quiere" <sup>8</sup> y no como consecuencia de una superación de la vida cristiana. "No ponemos nosotros la leña, dice Santa Teresa, sino que parece que hecho ya el fuego, de presto nos echan dentro para que nos quememos". <sup>9</sup> No obstante, aconseja que para alcanzarlo "no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho, y ansí, lo que más os despertará a amar, eso haced". <sup>10</sup> El amarlo, sigue diciendo la monja de Avila, "no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios y procurar en cuanto pudiéramos no le ofender, rogarle que vaya siempre adelante la honra y la gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia Católica". <sup>11</sup> "Amar, dice San Juan de la Cruz, es obrar en despojarse y desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios". <sup>12</sup> Vemos que no basta la sola fe, sino que se requieren obras.

Nos dicen los místicos que por fe y por amor se llega a Dios. San Juan de la Cruz escribe: "Nunca te quieras satisfacer en lo que entendieres de él; y nunca pares en amar y deleitarte en eso que entendieres o sintieres de Dios, sino ama y deléitate en lo que no puedes entender y sentir de Él; que eso es, como habemos dicho, buscarle en fe". <sup>13</sup>

La voluntad debe estar unida con Dios. El alma entra dentro de sí. "Los sentidos y cosas exteriores parece que van perdiendo su derecho, porque el alma vaya cobrando el suyo". <sup>14</sup> Se desprende de las cosas de la tierra, olvida el mundo, realiza obras de penitencia, de oración, de mortificación y obediencia, desaparece el amor propio y la voluntad. "No quiere que os quedéis con nada; poco o mucho todo lo quiere para Sí". <sup>15</sup>

---

<sup>8</sup>.—Sta. Teresa Moradas IV p. 56.

<sup>9</sup>.—Sta. Teresa de Jesús, *Su Vida*, Madrid 1927, Cap. XXIX, p. 76.

<sup>10</sup>.—Sta. Teresa de Jesús, *Moradas IV*, p. 59.

<sup>11</sup>.—Sta. Teresa de Jesús, *Moradas IV*, p. 59.

<sup>12</sup>.—San Juan de la Cruz, *Obras Completas*. Subida del Monte Carmelo. México, 1942, p. 128.

<sup>13</sup>.—San Juan de la Cruz, *Obras Completas*, *Noche Oscura* p. 593-4.

<sup>14</sup>.—Santa Teresa de Jesús, *Moradas IV*, p. 71.

<sup>15</sup>.—Sta. Teresa, *Moradas V*, p. 84.

“La vida mística empieza cuando el alma está ya confirmada en gracia y su preocupación predominante es no tanto evitar el pecado como aprovechar la gracia o gracias que Dios le concede...”<sup>16</sup>

Se lleva a cabo el desposorio espiritual entre Dios y el alma y la unión es tan perfecta, tan íntima “como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo que toda luz fuese una, u que el pabilo y la luz y la cera es todo uno”, así el alma queda unida con el Señor, pero sin perder su personalidad, pues “después bien se puede apartar la una vela de la otra y quedan en dos velas, u el pabilo de la cera”, y finalmente, el matrimonio espiritual, en donde como “si un arroico pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse”.<sup>17</sup>

Hay tanta diversidad de matices en este estado místico, que no es del caso explicitar; nos conformaremos con indicar lo fundamental, lo que verdaderamente lo distingue del ascético o religioso.

Lo fundamental en esta unión del alma del místico con Dios es sobre todas las cosas el Amor. Amor entre dos entes. Amor que, experimentándose en su grado extremo, no puede menos que unirse con su motivo, con aquello que es su causa. Es un amor entrañable y apasionado entre Dios y la criatura. Es el amor perfecto. Es un favor que Dios hace a muy exquisitas y privilegiadas personas. Favor del que, “gusano tan lleno de mal olor”<sup>18</sup> como es el ser humano, no es merecedor.

Para que se consume este amor se requiere la Gracia, la cual concede el Señor como una prueba de su amor por la criatura, y de su correspondencia al amor que ésta le profesa. A la comunión con Dios jamás se llega por mérito personal, sino por la Gracia que es un don gratuito de Dios, que dá Él cómo y cuándo quiere. A mi entender, este sublime amor que hay entre Dios y el alma es, permítaseme llamarlo así, un amor correspondido y perfecto: Dios ama a la criatura entrañable-

---

<sup>16</sup>.—Gallegos Rocafull, ob. cit. p. 187.

<sup>17</sup>.—Sta. Teresa, *Moradas* VII. p. 227.

<sup>18</sup>.—Sta. Teresa, *Moradas* I. p. 7.

mente, por lo que quiere y desea su amor, al sentirse amado por ella, al ver que la criatura desea morir por unirsele, al observar que es tan grande ese amor que se desea seguir viviendo para padecer por Él, a pesar de que al morir se gozará en Él, al ver este verdadero amor, el suyo aumenta y en correspondencia concede la Gracia necesaria, eleva hacia Él al ser humano y se verifica la unión, el matrimonio espiritual, la comunión perfecta.

El alma del místico se consume en fuego de amor ante tal magnificencia, y es así como Fray Juan de los Angeles dice. "Si pones fuego a un puchero de agua fría, ¿no hierve y bule con el calor? Y si se lo quitas ¿no vuelve a su antigua y natural frialdad? Así es que, entrando Dios en el alma, hay calor y vida; y en faltando, frío, amargura y muerte".<sup>19</sup>

Creo que el conocimiento es necesario para alcanzar ese amor, porque considero que sin conocer no se puede amar. El hombre para conseguir su fin último debe conocerlo y tender a él con actos propios y proporcionados al fin. El fin último del hombre es Dios; el hombre debe con su razón conocer a Dios y con su voluntad dirigirse a Él con actos propios. Concretaré utilizando la célebre frase del Padre Lafuente: "En lo místico siempre andan juntos conocimiento y amor".<sup>20</sup>

Después de la contemplación de Dios, de la unión con Dios, el místico adquiere una visión distinta del mundo, de Dios y de sí mismo. En la contemplación, dice San Juan de la Cruz, "el entendimiento tiene la más alta noticia de Dios".<sup>21</sup> Gallegos Rocafull comenta: no es "una ciencia que pueda recogerse en los libros, sino una realidad viva, inseparable de los hombres que la viven".<sup>22</sup> A pesar de ello "al descubrir el místico —en el desposorio de su alma con Dios— el ser verdadero del mundo, de las cosas, de sí mismo, siente el afán de expresarlo, de revelarlo no obstante la inefabilidad de su

---

<sup>19</sup>.—Fr. Juan de los Angeles, **Obras Místicas**, Parte I, **Diálogos de la Conquista del Reino de Dios**, Madrid 1912, Diálogo X, VII, p. 146.

<sup>20</sup>.—P. Sainz Rodríguez, ob. cit. p. 226.

<sup>21</sup>.—S. Juan de la Cruz, **Obras**, **Subida del Monte Carmelo**, p. 145.

<sup>22</sup>.—Gallegos Rocafull, ob. cit. p. 36.

propia experiencia".<sup>23</sup> Pero al pretenderlo, los conceptos parecen esfumarse ya que siendo su visión de una índole muy distinta de la conceptual, éstos no le bastan y es por ello que su expresión es equívoca, porque los términos de que se vale son los mundanos y comunes, los correspondientes a la visión común del mundo y no a la divina que es la que intenta narrar. Las profundidades del alma humana que se le revelan, lo que el místico ha pasado, las delicias, los goces o lo que haya experimentado quedará siempre en el misterio, ya que siendo estas experiencias subjetivas, tan poco comunes en el hombre, difícilmente puede emplear el lenguaje corriente para explicarlas. De San Juan son estas palabras: "no halla nombre, ni manera, ni símil que le cuadre para poder significar inteligencia tan subida y sentimiento espiritual tan delicado".<sup>24</sup> Es por ello que los términos que emplea necesariamente son equívocos, ya que tiene que valerse de expresiones mundanas. El balbuceo es característico en estos escritores, se afanan por explicar con claridad, pero se declaran vencidos, y ellos mismos confiesan que no han podido decirnos nada de los aspectos más ricos y profundos de su experiencia. No encuentran el vocablo apropiado para darnos a entender su subido goce o conocimiento, es así como escuchamos el intrigante balbuceo de San Juan de la Cruz: "aquello que mi alma pretendía", "aquello que me diste el otro día", "un no se qué que quedan balbuciendo"<sup>25</sup> dejándonos en la incertidumbre, en la inquietante y atrayente duda de qué será aquello que su alma pretende, qué lo que Él le dió el otro día, que queda balbuciendo.

Como dice Gallegos Rocafuil, "la contemplación mística es inefable no sólo por su objeto, que es el mismo Dios, sino también por su sujeto, que es esa región inexplorada del alma humana, envuelta todavía —quien sabe si para siempre—

---

<sup>23</sup>.—Eduardo Nicol, *S. Juan de la Cruz. El problema psicológico de la Experiencia Mística y el de su Expresión*. Conferencia 1942.

<sup>24</sup>.—S. Juan de la Cruz, *Obras, Noche Oscura*, p. 537.

<sup>25</sup>.—S. Juan de la Cruz, *Obras, Poesías*. p. 963 y 957.



por los velos del misterio, a pesar de que es la raíz y fundamento de nuestro propio ser".<sup>26</sup>

Es por esto que sus escritos son en su significación última impenetrables e incomprensibles para todos menos para ellos mismos. No entendemos, no comprendemos las excelencias de este estado que está más allá de nosotros. Su sentido propio sólo puede ser plenamente alcanzado por quien "se encuentre también en este estado teopático, por quien viva o haya vivido las situaciones que llamamos místicas",<sup>27</sup> por quien haya tenido esta experiencia religiosa.

En lo que podemos observar y comprender de los escritos místicos vemos que son bien distintos de los simplemente religiosos o ascéticos. En el místico se desborda, por decirlo así, el amor; sale como una catarata incontenible que tiene dentro de su ser, y dice palabras y utiliza conceptos mundanos con los que quiere expresar toda la belleza, toda la dicha, todo el encanto de su inefable unión con Dios, en una palabra, todo su amor. Debido a esta inefabilidad el lenguaje del místico es equívoco y además multívoco. Para facilitar su comprensión emplea bellas metáforas entrelazadas con los sutiles conceptos de que se vale.

El tema del escritor religioso, del asceta y del místico es ciertamente el mismo: Dios. Pero la forma en que cada uno de ellos se expresa es radicalmente distinta.

El asceta con acento severo y doctrinario nos hace ver la conveniencia de llevar una vida ordenada de penitencia y de sacrificio, y nos proporciona reglas de conducta para llevar una vida adusta que nos conduzca a Dios.

El religioso expresa su amor hacia Dios. Pero un ligera lectura de sus escritos nos revela la diferencia de su amor en relación con el místico. En el religioso vemos al hombre que ama a su Creador, que reconoce su magnificencia, su bondad, su justicia, etc., que expresa su admiración, su reconocimiento, su adoración. Apreciamos su preocupación por estar dentro de ciertos cánones, su pensamiento ligado en todo momento

---

<sup>26</sup>.—Gallegos Rocafull, ob. cit. p. 47.

<sup>27</sup>.—Eduardo Nicol, ob. cit.

con su vida futura, con la trascendencia y la incógnita del más allá. Su acento, en ocasiones exaltado y amoroso, es con frecuencia tranquilo, didáctico, convencional. Frecuentemente encontramos, también, escritores religiosos que escriben por atomismo, escuchamos una repetición de estados de ánimo, percibimos que es la costumbre arraigada por la tradición y el hábito la que hace que emplee este tema religioso al escribir. Suele ocurrir que necesitando el escritor, por su temperamento artístico, expresarse, lo hace escribiendo por moda, acerca de Dios, de la Virgen, y relatando anécdotas o vidas de santos. Entonces apreciamos la falta de sinceridad de sus escritos en oposición a los del profundamente religioso en los que escuchamos la nota ferviente, la sinceridad auténtica, el anhelo de hacer resaltar las excelencias de su Dios, de hacer comprender las cualidades de la religión que profesa.

El místico nos habla también de su amor por Dios, pero él expresa la consumación de este amor, el entrañable amor que experimenta, su deseo ardiente e incontrolable de unirse con Él, la imposibilidad de vivir un momento más sin verlo, sin poseerlo; la correspondencia de su amor, la dicha inefable de ser favorecido por el Objeto de su amor con una correspondencia perfecta, inigualable, única. La dicha de que el Ser Supremo venga hasta él y lo introduzca en la "bodega del vino"<sup>28</sup> adonde solamente almas elegidas pueden llegar. Relata sus experiencias subjetivas, lo que ha sentido en un momento determinado de su vida psíquica. Lo que expresa son sus sentimientos. Necesita romper con la cárcel que tiene presa su alma, y se desborda valiéndose para ello de símbolos aproximados, ya que al expresar el amor que entre Dios y su alma existe, tiene que valerse del amor sensual y humano como elemento de expresión. Su amor es incontenible, se sale de su cauce en forma precipitada, e inunda su alma de gozo. Es por momentos pasional, atormentado, pacífico, gozoso, tremendo.

Hay también autores que son considerados como místicos porque han escrito tratados en los que hacen exposición de doctrinas o compilaciones de las doctrinas, profesadas en

---

<sup>28</sup>.—Santa Teresa de Jesús, *Moradas V*, p. 90.

determinado periodo; y así se distingue la Mística Doctrinal de la Mística Experimental. Predomina en la mística española la Doctrinal sobre la Experimental. En esta última, cuenta España con dos grandes exponentes, considerados como primeras figuras, no solamente, en la literatura mística española, sino en la literatura mística universal: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

Se encuentran San Juan y Santa Teresa el año de 1567 y desde entonces forman una pareja perfecta, unidos por un mismo ideal. En todo se complementan mutuamente; ella se dedica a la reforma de los conventos de mujeres; él, a la de los de hombres. Mientras uno recorre una parte de España, la otra cruza incansable el otro extremo. En sus mismos escritos —“Santa Teresa popular, ingenua y directa; San Juan subidamente lírico y profundamente intelectual...— San Juan nos da la teoría de lo que Santa Teresa cuenta, como ésta a su vez ilustra prácticamente lo que aquél expone”,<sup>29</sup> el uno complementa al otro, los dos juntos son la cumbre de la mística española.

Vivieron estos grandes místicos en el siglo en que España ha obtenido ya unidad nacional y unidad de conciencia en una fe religiosa, y se constituye en una monarquía que servirá sobre todo a su religión; es entonces también cuando surgen los más trascendentales problemas de orden religioso. Observamos la dirección que toma el renacimiento espiritual en España al recordar el Concilio de Trento, la reforma de la Iglesia Católica, que realizan la reina Isabel y el cardenal Cisneros, y la de las órdenes religiosas en la que tanto contribuyeron Santa Teresa y San Juan, la purificación de la fe y de la vida religiosa. La vida religiosa y la vida espiritual se identificaban plenamente en el siglo XVI español, y el dinamismo, el pensamiento y la sensibilidad españolas se concentraban en lo religioso. El problema del alma, de su existencia y de su destino era el problema dominante. “Su actividad externa y material se manifestaba en guerras y descubrimientos mientras su actividad espiritual se expresaba en descubrimientos y luchas

---

<sup>29</sup>.—Gallegos Rocafull, ob. cit. p. 14.

paralelas en el reino interior, en formidables aventuras del alma".<sup>30</sup> El espíritu que predominaba en el español, su deseo de ir adelante, su aspiración del infinito, "vibra como una flama en nuestra literatura y nuestro arte".<sup>31</sup> Los grandes conquistadores y capitanes de la lucha interior son los místicos. En ellos y en los conquistadores de tierras hay "la misma decisión de no encerrarse en si mismos; a ambos los asfixia la pequeñez de su propio mundo y, porque en él no pueden vivir, tratan de traspasarlo. Pero ni en América pierden los españoles su hispanidad, sino que la confirman; ni en la unión con Dios desaparecen los místicos, sino que mantienen su personalidad, enriquecida y agrandada por el trato con Dios".<sup>32</sup> He aquí lo característico y fundamental en el español, lo que diferencia al místico español, y que apreciamos preferentemente en San Juan y Santa Teresa. Las doctrinas de estos escritores están libres en absoluto de todo resabio panteísta. En los momentos de mayor efusión conservan clara la conciencia del abismo que los separa de Dios, no pierden jamás la conciencia de su personalidad, nunca olvidan su miseria y su bajeza humanas. Distintivo también de los místicos españoles es su activismo; en San Juan y en Santa Teresa apreciamos esa dualidad española, esa capacidad de poder ser contemplativo y activo. Nadie mejor que estos incansables reformadores, nos dan prueba de esta doble cualidad, ellos que llevaron la vida espiritual más elevada, que disfrutaron de la más subida contemplación; en la soledad de su alma, viviendo en lo absoluto, no se olvidan jamás de lo temporal; no renuncian a las luchas del mundo exterior; no olvidan a sus semejantes, vibra en ellos la caridad dinámica en abierta oposición al quietismo. La fe, pero con obras es lo fundamental para ellos no separan nunca a Marta de María, la vida contemplativa y la activa están siempre unidas, así al hablar Santa Teresa en sus *Quintas Moradas*

---

<sup>30</sup>.—Pedro Salinas, *Reality and the poet in Spanish Poetry*, Baltimore, 1940, p. 99.

<sup>31</sup>.—Pedro Salinas, ob. cit. p. 99.

<sup>32</sup>.—Gallegos Rocafull, ob. cit. p. 28.

de la verdadera unión dice: "Que no, hermanas, no, obras quiere el Señor..."<sup>33</sup>

Con esta actividad característica, los místicos españoles no podían quedarse de brazos cruzados ante el espectáculo que presenciaban en toda España: el protestantismo trataba de borrar de la vida religiosa las obras para dejarla reducida a la sola fe, las órdenes religiosas se encontraban en absoluto desorganización, el pueblo entero se hallaba en peligro de caer vencido ante el impulso de las nuevas ideas, Santa Teresa y San Juan recorren el país en su constante anhelo de hacer predominar la Verdad; pero necesitan propagar sus ideas, se requiere que el pueblo conozca su religión más profundamente, que tenga en donde consultar y aclarar las dudas que lo atormentan. Los escritos de los teólogos están en latín y además, son demasiado profundos para ser comprendidos por todos. Dificilmente por medio de la razón se podría convencer a todo un pueblo de las ideas verdaderas; por ello los místicos deciden escribir en romance, hacer públicos los escritos que han puesto en el papel como íntimas confidencias de sus coloquios divinos, ya que este lenguaje tierno y amable en que expresan su amor a Dios es fácilmente comprendido por el pueblo, imbuyéndose así de sus ideas y sentimientos. La labor que realizaron, Santa Teresa y San Juan es tremenda y grandiosa: reforman las órdenes religiosas, escriben sus más íntimos sentimientos para hacer comprender la grandeza de Dios y tienen todavía tiempo para entablar dulces conversaciones con su Amado.

En sus escritos se encuentra patente el realismo español, y así vemos que las cosas más espirituales como la unión con Dios, las profundidades del alma, las conversaciones que entablan, las mercedes que reciben, etc., las expresan con metáforas "que en sentido inmediato y directo, aluden a una realidad siempre visible y a veces hasta grosera y, sin embargo, manejadas por nuestros místicos, se subliman sin perder su carácter propio, y le ayudan maravillosamente a presentar como

---

<sup>33</sup>.—Santa Teresa de Jesús, *Moradas* V. p. 108.

una realidad viva la sutil experiencia mística que ellos están viviendo".<sup>34</sup>

Diremos con Menéndez y Pelayo que "la excelencia de la poesía mística consiste en darnos un vago sabor de lo infinito, aun cuando lo envuelve en formas y alegorías terrestres".<sup>35</sup>

Ahora bien, esta expresión literaria de los místicos, ¿se habrá también expresado en América y concretando, en la Nueva España? Si el objeto del presente trabajo como queda dicho es contestar o allegar datos para responder a esta pregunta, procuraré también en sus páginas hacer alguna aportación para ampliar el tema sobre mística en la literatura española, ya que la opinión general es de que con los místicos peninsulares de los Siglos de Oro culminó y acabó esta forma de expresión literaria.

El criterio sustentado hasta aquí es el que adoptaré en lo de adelante y no el que corrientemente se pretende dar a la palabra mística, y que no resisto comentar.

Místico suelen llamar a cualquier escrito o personaje más o menos misterioso, también a un religioso o al que se ocupa de las cosas de Dios. En ocasiones el sentido es tan diverso, que tiene que ver con todo menos con lo místico. Han dado en llamar así a un personaje extravagante, tenga o no creencias o aspiraciones. En esta forma tendríamos no un místico en América sino miles, ya que a cada paso saltan individuos extravagantes. Si todo el que ha escrito acerca de Dios lo fuera, por centenares tendríamos que contar los que hubo en la Nueva España.

Debemos considerar también, si las obras de los místicos pueden o no ser tomadas como literarias, ya que hay quienes sostienen que no lo son, y quienes dicen que es simplemente literatura ancilar. Pero pregunto ¿hay alguna literatura o escrito literario que no lo sea? Una vez estará al servicio del amor humano, la otra al servicio de las ideas, de la caballerosidad, de las costumbres, etc. ¿Por qué no ha de serlo la que sirve para expre-

---

<sup>34</sup>.—Gallegos Rocafull, ob. cit. p. 24.

<sup>35</sup>.—M. Menéndez y Pelayo, *Estudios de Crítica Literaria*, Madrid 1884, p. 7.

sar las experiencias de una clase determinada de individuos? ¿Quizá porque es algo exclusivo, porque es una experiencia que no acaece a diario? Si en la forma de su expresión hay belleza, ¿por qué no considerarlos dentro del terreno literario? El que para algunos los místicos no sean más que casos patológicos y para otros sean seres en estado de santidad, no interesa; se sea o no creyente, es lo mismo; si en sus escritos hay belleza, debemos considerarlos necesariamente como representantes de un estado y estilo especiales, llamados místicos, ya que quienes han escrito estas experiencias requieren una psicología distinta. ¿Quién que lea a San Juan de la Cruz no se admira, y reconoce en él al más grande lírico de las letras españolas? ¿Quién no admira la sencillez y pureza de los escritos de Santa Teresa? ¿Quién no se conmueve ante el entrañable amor de Fray Juan de los Angeles?

### III.

#### JUAN PEREZ RAMIREZ.

Ante la abundancia de material que sobre asuntos religiosos nos legó la Colonia, y ya en impresos o en manuscritos, puebla nuestros archivos y bibliotecas, tuve necesidad de escoger sólo algunas figuras que, por diversos motivos, me parecen las más adecuadas para indagar en sus obras la existencia y características de la literatura mística en la Nueva España.

Estas figuras son: el presbítero Juan Pérez Ramírez, ya que advertimos en su obra ciertos momentos en que parece salir de este mundo y acercarse a las esferas de lo infinito; Don Fernando de Córdova y Bocanegra, en cuya *Canción al Amor Divino* se aprecian profundas vetas místicas; Miguel de Guevara, el autor del discutido soneto *No me mueve mi Dios para quererte*; Don Juan de Palafox y Mendoza, de activa vida y subida contemplación, y Sebastiana Josefa de la Trinidad, monja de velo negro que, envueltas en sencillez encantadora, nos ofrece páginas llenas de tiernos coloquios místicos.

La vida del presbítero Juan Pérez Ramírez es poco conocida; pero su nombre ha alcanzado un importante lugar en el mundo de las letras por su comedia pastoril de carácter simbólico, el *Desposorio Espiritual entre el Pastor Pedro y La Iglesia Mexicana, en traje pastoril*, que escribió con motivo de los festejos que se llevaron a cabo a la consagración y toma del palio del Arzobispo Don Pedro Moya de Conteras, y que fué representada en Catedral el 5 de diciembre de 1574. ' "Alegoría, dice Alfonso Méndez Plancarte, en el gusto de Gil

---

'—A. Amado, *Biografía de Fernán González de Eslava*, Revista de Filología Hispánica, Buenos Aires, Año II, Núm. 3, p. 230.



Vicente y Juan del Encina, que esmaltan líricamente varios lindos cantarillos, y las quintillas de *El Cura del Desposorio*, —El Amor Divino—, en conceptuoso símbolo de hondura teológica y diáfana popularidad";<sup>2</sup> acreditando a Pérez Ramírez según el decir de Rojas Garcidueñas, no sólo como "el primer escritor teatral de Nueva España, sino de toda Iberoamérica"<sup>3</sup>, y al *Desposorio Espiritual* como la "primera producción teatral del ingenio criollo".<sup>4</sup>

"Joan Pérez Ramírez, natural de México, de treynta años",<sup>5</sup> dice el arzobispo Don Pedro Moya de Contreras en un informe a Felipe II hecho en 1574 sobre el clero de su diócesis, por lo que fácilmente se puede precisar que el nacimiento del presbítero fué en 1544; aunque en el mismo año Esteban de Portillo dice "qu'es de edad de más de treynta y un años"<sup>6</sup>

Las relaciones entre el Arzobispo y el Virrey Don Martín Enríquez de Almanza, que fueron siempre tirantes, se rompieron al achacar el virrey al arzobispo la inserción de unos entremeses entre una de las obras representadas en su honor; y culminaron con un proceso al que tuvieron que acudir a declarar ante el señor doctor Esteban de Portillo, juez provisor y vicario general en el arzobispado de México, diversos testigos de esta representación y entremés, así como los presuntos responsables de haber escrito un pasquín "infamatorio"<sup>7</sup> que apareció en la iglesia mayor. Entre estas declaraciones está la de Juan Pérez Ramírez, en la que dice "que fué autor y le compuso la

---

<sup>2</sup>.—A. Méndez Plancarte. *Introducción a Poetas Novohispanos*, T. 33 BEU, p. XXI.

<sup>3</sup>.—J. Rojas Garcidueñas. *El teatro de Nueva España en el siglo XVI*. 1935, p. 79.

<sup>4</sup>.—J. Rojas Garcidueñas. *Prólogo de Autos y Coloquios del S. XVI*. BEU, Méx. 1942, p. XXIII.

<sup>5</sup>.—Citado por J. J. Rojas Garcidueñas. *El teatro de Nueva España en el siglo XVI*. 1935, p. 78.

<sup>6</sup>.—Información sobre las comedias que se hicieron en la Sta. Iglesia de México a la consagración y palio de su Señoría. Documento IV, en R. F. H. Tomo II, Núm. 3 Julio-Septiembre 1940, p. 302.

<sup>7</sup>.—Mandamiento de los señores alcaldes del crimen que se notificó a la Justicia ante Segura Secretario. Doc. VI. R. F. H. Año II. No. 3, p. 307.

primera representación que se rrecetó el día de la consagración de Su Ilustrísima...<sup>8</sup> y agrega que "se a admirado de que se quiera hazer cargo a Su Señoría de cossa tan llana y sencilla, y de que no tuvo noticia hasta que la oyó representar..."<sup>9</sup>

Habiendo sido Fernán González de Eslava y Juan Pérez Ramírez los dos autores seleccionados para escribir las comedias que se representaron en honor del arzobispo Moya de Contreras, sorprende el que no llevaran trato, como parece desprenderse de las palabras del presbítero: "asimesmo este testigo tuvo noticia como Hernán González abía conpuesto otra comedia para rregocijar la festividad y rrescivimiento del palio de Su Señoría..."<sup>10</sup>, lo que parece indicarnos que llevaba una vida tranquila y alejada del rejuego de la época.

Parece ser que las circunstancias lo obligaron a verse mezclado en este complicado asunto, el cual da una cierta animación a su vida que, como racionero que "percibía anualmente 50 pesos de minas, según nos dice Vigil, por hacer las listas de las representaciones sagradas"<sup>11</sup>, parece haber sido muy pacífica y dedicada al estudio, ya que el arzobispo dice en su informe a Felipe II, que era "hijo de conquistador, lengua mexicana; a oydo cánones; entiende bien latín, y es hombre de buena habilidad y buen poeta en romance, vive bien y honestamente".<sup>12</sup>

La única prueba que tenemos de su "buena habilidad" y de que fuera "buena poeta en romance", es la obra que lo ha dado a conocer, el *Desposorio Espiritual entre el Pastor Pedro y la Iglesia Mexicana en traje pastoril*.

No cabe duda que es de gran interés y valía el concepto que sobre Juan Pérez Ramírez y su obra se tiene; pero lo que a mí me ha interesado particularmente es su expresión, en momentos tan delicada, y sus conceptos, que no me parece que sean, como se ha creído, los de una simple poesía simbólica de

---

<sup>8</sup>.—Información citada, p. 301.

<sup>9</sup>.—Información citada, p. 301.

<sup>10</sup>.—Información citada, p. 301.

<sup>11</sup>.—J. M. Vigil. *Reseña histórica de la Literatura Mexicana*. (Inconclusa), p. 57.

<sup>12</sup>.—J. J. R. Garcidueñas, ob. cit. 78.

circunstancias. Ciertamente que el presbítero escribió esta comedia en honor del nuevo Arzobispo; pero en el desenvolvimiento de ella se entrevé que no se trata únicamente de una poesía forzada por las circunstancias, sino que el autor, en momentos, no puede evitar el dejar traslucir, a través de su fina sensibilidad, su propio sentimiento, sus conceptos auténticos sobre la Divinidad y sus experiencias subjetivas.

Veamos con detenimiento su comedia y aquellos pasajes que me llevan a juzgarlos así.

Consideremos que no es la Iglesia Mexicana la que habla, sino imaginemos por un momento que es el propio presbítero, que es el Alma la que conversa con su Amado, con Dios, y no con el Pastor Pedro.

Me parece muy factible que el Alma se exprese con alegría y humildad, considerándose indigna de ser favorecida por el Señor, cuando dice:

*¡Oh qué suerte venturosa!  
¿Cuál pastora como yo,  
Aunque más rica y hermosa,  
Ser querida y ser esposa  
De tal pastor mereció?*

y por el contrario considero que es muy exagerado que la Iglesia en su grandiosidad se exprese así de un arzobispo, por muy respetable que sea. Naturalmente que es posible aducir que Pérez Ramírez expone estas ideas por adular a un superior; pero el tono de la obra y lo poco que conocemos de la vida del autor no nos permiten decir que el presbítero fuera un hombre mundano, interesado en halagar a sus superiores para obtener mercedes, sino que por lo contrario era un hombre humilde y devoto, que si bien es cierto escribía poesía de circunstancias, como lo es el motivo de ésta, lo hacía olvidándose de lo transitorio y dejando a su pluma plasmar sus inquietudes, sus anhelos, sus experiencias.

Recuerda el presbítero el *Cantar de los Cantares*, aquel sublime canto que ha sido fuente de todos los místicos cristianos, cuando al describir al Pastor Pedro dice:

*El es blanco y colorado,  
Más que púrpura real;  
Tiene el cabello dorado . . .*

¿No parece más propio el tomar estos versos como descripción de la Divinidad, que de un ser humano?

Y sigue recordándonos el *Cantar* cuando dice:

*Y al fin ei es para mí,  
Yo sola soy para él.*

La anterior expresión me parece un tanto exagerada si no se refiere al Alma enamorada de su Divino Esposo, que deja escapar esta exclamación de felicidad al ver realizado su deseo de ser el uno para el otro, y si la Iglesia no se toma como el cuerpo místico de los fieles que se desposa con Cristo.

Vemos más adelante el anhelo del Alma por ver al Esposo, sus quejas de amor y cómo se ofrece con ansia de verle y poseerle:

*¡Cómo tardas, mi pastor;  
Mi pastor, que no te veo;  
Ven, mi querido amador,  
Goza del fruto de amor  
Que te ofrece mi deseo!  
Que razón será que vea  
Mi alma el bien que desea,  
El bien que más quiere y ama;  
Y pues con amor te llama,  
Haz que consolada sea.*

Suspiros y ternezas que el ama enamorada dirige y reitera:

*Pues llegó el tiempo dichoso  
Que tal gozo me ha traído,  
Venga mi pastor precioso,  
Goce del fruto amoroso  
Desto su huerto florido.*

*Ya en el alma me ha tocado  
La voz de mi dulce amado:  
Los montes viene saltando  
Mi alma regocijando  
Que tanto le ha deseado.*

Cuando describe el encuentro de los dos amantes lo hace con tanta finura y exquisitez, que apreciamos la sensibilidad palpitante del autor verdaderamente enamorado de su Amado. La escena que describe parece ser la expresión de una experiencia mística verdadera y no posible ni futura:

*En el campo se han topado  
La pastora y el pastor  
El quedó della prendado  
Y ella dél presa de amor  
En este campo precioso,  
Do está el tesoro divino,  
El enamorado esposo  
A ver a su esposa vino.  
Abraza manso y benino  
A su pastora el pastor  
Quedando della prendado  
Y ella dél presa de amor.*

El abrazo "manso y benino" del pastor es el abrazo místico anhelado por los místicos, que expresa la unión del alma con Dios. . .

El alma después de esta divina contemplación exclama:

*Mi dulce esposo y señor,  
De mí tanto deseado;  
Abrazad, mi buen pastor,  
Pues con firme fe y amor  
Mi alma os tiene abrazado.*

Es de notarse el hecho de que mencione a la fe y al amor como elementos constitutivos e indispensables de su abrazo mis-

tico. Fe y amor como hemos visto es lo que han considerado todos los místicos como fundamental en la divina unión.

En los coloquios amorosos establados entre Dios y el alma, escuchamos:

*Pastora, que entre las bellas  
Pastoras fuiste escogida  
Cual sol entre las estrellas,  
Y entre pequeñas centellas  
Gran lumbrera esclarecida.  
No esté yo menos gozoso  
En haber de ser tu esposo,  
Que tú lo puedes estar  
Con haberte de casar  
Con pastor tan venturoso.*

Importante es el hecho de que cuando los pastorcillos deciden casar a los amantes y entonarles su cantares, uno de ellos diga:

*Pues la Gracia es la madrina  
Y tal bien les encamina,  
Amor les tome las manos,  
Y los bienes soberanos  
Les dé la mano divina.*

La Gracia, el don sobrenatural requerido para que se lleve a cabo el matrimonio espiritual, no lo olvida el presbítero e insiste una vez más en el Amor.

El cura será:

*El Amor Divino,  
Que todo bien nos procura.*

Sabemos que entre los místicos españoles estuvo siempre unida la vida activa con la contemplativa, que la fe necesitaba de las obras. Es así como en esta obra de Pérez Ramírez la Fe se expresa diciendo:

*Les daré anillos preciados;  
Porque aunque amada y querida  
Sin obras no tengo vida  
Ni aun vivirán mis amados.*

Y así a través de toda la obra vemos notas místicas, datos que nos ofrecen el camino todo de la vida de perfección, por medio de sugestivos símbolos, remembranzas a cada paso del Cantar de Salomón. Y una vida expresión sin duda personal, que se sirve de circunstancias propicias para manifestarse, pero sobresaliendo de ellas y relegándolas a planos secundarios.

#### IV.

### FERNANDO DE CORDOVA Y BOCANEGRA.

Hombre de su siglo y de mundo hubiera sido Fernando de Córdova y Bocanegra, ya que reunía todas las condiciones necesarias para serlo. Nació en noble cuna, en la ciudad de México de la Nueva España al finalizar el año de 1565. Fué hijo mayor de Nuño de Chávez Pacheco de Córdova y Bocanegra y de Doña Marina Vázquez de Coronado, heredero del título de Marqués de Villamayor. Adelantado del Reino de la Nueva Galicia, Caballero de la Orden de Santiago, etc., estando emparentado, al decir de Alonso Remón, con el católico rey Don Fernando, con Santillana, Garcilaso y el Gran Capitan. <sup>1</sup> Recibió esmeradísima educación, estudiando bajo la dirección de los jesuitas desde los diez años. Dada su aplicación en los estudios destacó en poco tiempo en latín y en retórica, pero mostraba predilección por la historia y las poesías latina y castellana. A los catorce años comenzó a hacer diversas versiones de Horacio, Homero, Virgilio, y otros poetas, llegando a serlo él mismo y excelente. Su afición al estudio era muy grande pero gustaba además de los entretenimientos propios de su edad, llevando una activa vida social, asistía a saraos, lucía en hermosos caballos y pasaba alegres ratos en fiestas y veladas. Tenía mucha afición a la música y al canto y era uno de los mejores músicos de vihuela de su tiempo. Gustaba de la pintura. Era rico. Su figura era agradable y aún pensó en casarse. Pero el destino de su vida era otro, poseyéndolo todo para triunfar en vida, como otro San Ignacio, lo dejó y se consagró por entero a Dios.

---

<sup>1</sup>.—A. Méndez Plancarte, *Poetas Novohispanos 1er. Siglo*, T. 33 BEU, p. XXV.



Su vida no fué placentera y cómoda, sino por lo contrario llena de penalidades y dificultades. Siendo muy joven se separó de sus padres y amigos; las cosas mundanas le causaban hastío y en secreto se dedicó a leer libros devotos, a visitar enfermos, hospitales, religiosos y personas espirituales. Estrechó su amistad, en forma especial, con una monja, Isabel de la Natividad, a la que visitaba en el monasterio de la Concepción de Nuestra Señora de la Ciudad de México. Esta religiosa influyó en forma definitiva en la decisión de Don Fernando para abandonar el mundo.

La orden dominicana y la franciscana le gustaban; pero siendo devoto de sus dos fundadores dudaba sobre qué hábito tomar, por lo que durante mucho tiempo hizo en su casa una vida mucho más austera de la que hubiera llevado en cualquier convento. Deseoso de encontrar ayuda visitó varias veces al Venerable Gregorio López pasando varios días en su compañía. Muchos fueron los adeptos y discípulos de este hombre: personajes de alta alcurnia, sacerdotes, misioneros, gobernantes, indígenas, todos acudían en su busca hasta su retiro de Soledad de Santa Fe, guiados por la fama de santidad y de saber que tenía. Fernando de Córdova y Bocanegra fué uno de ellos; pero ninguno fué tan brillante discípulo como él, ya que "en pocos años llegó a ser un vivo retrato suyo y de sus acciones y penitencias corporales y espirituales".<sup>2</sup> Después de una visita que le hizo por varios días, Bocanegra, "comenzó a disponer su nueva vida, sintiéndose herido en el corazón del amor de su Creador y Redentor y se determinó a corresponder a su divino llamamiento".<sup>3</sup>

Fué Fernando a Texcoco en donde repartió todo lo que tenía entre los pobres, quedándose solamente con un vestido de "pañó frailesco"<sup>4</sup> y una cama de tablas, y renunció en su hermano Francisco a todos sus títulos y riquezas. Después de

---

<sup>2</sup>.—Fr. A. Remón, "Vida y muerte del siervo de Dios D. F. de Córdova y Bocanegra; y el libro de las Colaciones y Doctrinas espirituales, que hizo y recopiló en el tiempo de su penitencia el año de 1588. Madrid 1617, p. 11.

<sup>3</sup>.—Fr. A. Remón, ob. cit. p. 12.

<sup>4</sup>.—Fr. A. Remón, ob. cit. p. 12

hacer confesión general con Fray Alonso Urbano pidió que le dieran un cuarto solo en su casa. Aquí se dedicó a hacer una vida severa y disciplinaria siguiendo los consejos que le habían dado ciertos célebres dominicos, para probar si efectivamente era ésta su vocación.

Aprovechaba a conciencia el tiempo para reponer el que había perdido en su vida pasada, diciendo, "todo es menester, habiendo salido tarde para llegar a buena hora, que está más cerca el término de lo que pensamos".<sup>5</sup> Destruyó Don Fernando todo lo que había escrito con anterioridad, lo que es de lamentarse, pues me parece que las letras mexicanas perdieron obras de interés y seguramente de valor. De preferencia se dedicaba a la lectura, estudiando intensamente en el conocimiento de Dios y de sí mismo. Sus libros predilectos eran las Sagradas Escrituras, las vidas de santos y libros devotos; además decía "haber hallado gran provecho y luz en los libros de Juan Taulero y de Enrique Suseno".<sup>6</sup> Era tal su aprovechamiento que sus maestros decían "que él lo podría ser de ellos".<sup>7</sup> Pruebas tenemos de su inteligencia y capacidad, en sus obras que parecen producto no de un joven de escasos años, sino de un hombre maduro. Parecía increíble que en tan poco tiempo hubiera aprendido tanto del conocimiento de Dios y que con tanta seguridad dominara la Teología. A pesar de haber muerto a los veinticuatro años de edad dejó escrita una obra bastante extensa y alcanzó tan alto grado en la vida espiritual que sorprendía a todos los que llegaron a conocerlo.

Su vida era de lo más severa; salía únicamente para oír desde la misa de Prima hasta la última que se decía en el convento de San Francisco. Empleaba terribles cilicios de cedal y rayas, y el vigor de sus penitencias y vigiliass era tal que "tuvo su delicada complexión tan notable mudanza que se puso tan flaco y desfigurado que parecía de mucha edad".<sup>8</sup> Procuraba en todo imitar a los santos sin apartarse para nada de la meditación de la pasión y vida de Cristo. Hacía oración noche y

---

<sup>5</sup>.—Fr. A. Remón, ob. cit. p. 33.

<sup>6</sup>.—Fr. A. Remón, ob. cit. p. 22.

<sup>7</sup>.—Fr. A. Remón, ob. cit. p. 16.

<sup>8</sup>.—Fr. A. Remón, ob. cit. p. 24.

día, hablando interiormente con Dios de continuo y siempre encubrió las mercedes que Él le comunicaba. Su corazón estaba tan encendido en amor divino, que en su oración y en lo que trataba de Dios "parecía que salía por su boca llamas de fuego".<sup>9</sup>

Finalmente se resolvió a entrar como lego en los Descalzos de San Francisco; pero antes de ingresar al convento decidió pasar unos días en el de Santa María de O Cholobusco. Sus padres y confesores querían que se ordenara sacerdote; pero él "no se sentía con suficiencia para serlo"<sup>10</sup> y pidió que al entrar de religioso no se le obligara con obediencia a que tomara las órdenes. Sus confesores y otros religiosos insistían diciendo que "no era justo que escondiese los talentos que Dios le había dado, y la suficiencia de estudios con que podía servir más a Dios y ser útil a sus prójimos siendo sacerdote".<sup>11</sup> Pero Fernando, ante tanta insistencia, no ingresó siquiera en los Descalzos.

Siendo la obediencia una de sus principales características, Fernando de Córdova y Bocanegra no pudo resistir por mucho tiempo el consejo y deseo de sus padres y confesores, y haciendo a un lado su humildad, por obediencia, creyendo que este era el deseo de Dios, acepta ordenarse con gran regocijo de todos. Pero pide que se hagan todos los trámites a la mayor brevedad posible.

Se le puso el hábito clerical, y para conferirle las órdenes fué examinado por el Dr. Juan de Salamanca, Canónigo y Provisor. El maestro Pedro de Pravia y Fray Diego de Osorio hablaron con él y quedaron admirados de sus altos conocimientos y su adelanto en el camino de la perfección, así como de "su modestia y compostura exterior, en que se descubría la riqueza de lo interior de su alma que tanto procuraba encubrir".<sup>12</sup>

Fué con su hermano y deudos a Puebla en donde había de recibir las órdenes de manos del obispo de Tlaxcala, Don Diego

---

<sup>9</sup>.—Fr. A. Remón, ob. cit. p. 16.

<sup>10</sup>.—Fr. A. Remón, ob. cit. p. 34.

<sup>11</sup>.—Fr. A. Remón, ob. cit. p. 34.

<sup>12</sup>.—Fr. A. Remón, ob. cit. p. 37.

Romano. El viaje a aquella ciudad agotó tanto a Don Fernando que fué necesario que estuviera en una silla durante el tiempo que duraron las órdenes. Lo ordenó de Epístola el obispo y al finalizar dijo que "le parecía que había ordenado a un ángel".<sup>13</sup>

Parece ser que Dios esperaba únicamente que Fernando diera este último y difícil paso para llevárselo de esta vida, pues al otro día de ordenado cayó en cama, víctima de una calentura. Pasó estos últimos días en casa del canónigo Alonso Hernández de Santiago, comisario de la Inquisición en aquella provincia. Según el decir de su biógrafo, tuvo Fernando de Córdova y Bocanegra su purgatorio en esta enfermedad, pues eran tales los dolores que experimentaba, que se quejaba lastimosamente; las fatigas y las ansias de su cuerpo y de su alma eran tan tremendas que le era imposible reprimirlas, y así, en medio de esta angustia, expiró el 28 de diciembre de 1589.

Destruyó Bocanegra, desgraciadamente, como se ha dicho las obras escritas en lo que podríamos llamar su vida en el mundo, pero afortunadamente se conservan las que escribió alejado de él, y que conocemos gracias a la edición que en 1616 hizo Alonso Remón, complementándolas con una documentada biografía del autor.

Primeramente aparece una *Recopilación breve y devota de algunas colaciones y doctrinas de cuatro singularísimos y esclarecidos religiosos*, en la que hace una clara exposición del verdadero camino del cielo. No tiene interés esta obra para nuestro principal intento, ya que en el prólogo a ella, Bocanegra dice que ha de "recopilar al pie de la letra"<sup>14</sup> lo que de otros autores le interesaba. Sin embargo, el hecho de que estos religiosos a quienes copia concuerden con la escuela mística española en que el mejor camino para llegar a Dios es por medio de las obras, resulta importante para conocer las tendencias de Bocanegra, adherido a la escuela activista, que nunca ha considerado contrarias la acción y la contemplación.

---

<sup>13</sup>.—Fr. A. Remón, ob. cit. p. 38.

<sup>14</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra, en *Obras Completas, Recopilación breve y devota de algunas colaciones y doctrinas de cuatro esclarecidos religiosos*, 1588, Prólogo.

Uno de los autores cuyos textos recoge es Fray Gil, quien dice: "no ay camino más derecho para subir a lo alto, que descender a la baxo, esto es, que nos miremos a los pies, que es el abismo de nuestra nada" <sup>15</sup> y vuelve a insistir en ello al decir que: "la palabra de Dios no es del que la oye, ni del que la dice, sino del que la obra". <sup>16</sup> Bocanegra es de la misma opinión cuando en su segundo grado y ejercicio para la perfección dice: "No piense alguno que hay otro atajo más derecho para alcanzar a Dios por verdadera caridad, que el de los trabajos y ejercicios de las virtudes por imitación de Cristo". <sup>17</sup>

En mi concepto, la obra en prosa más interesante de Bocanegra, es la llamada *Siete grados o sendas por donde deben subir los amadores solícitos de la divina contemplación*, en la que explica cada uno de estos caminos. Se trata de un claro compendio doctrinal que, al decir de Alonso Remón, es un reflejo de las ideas y doctrina de Gregorio López, y una fiel exposición de las experiencias de Bocanegra.

Muy interesante hubiera sido comparar esta obra con *El Apocalipsis*, del Venerable Gregorio López, escrita en latín, y traducida al español por Fray Miguel de Guevara en 1638; pero no fué posible que se me facilitara el manuscrito en que aparece y que, según Alberto María Carreño, está en la Biblioteca de Geografía y Estadística de esta ciudad. En la portada del libro de Gregorio López, reproducida por Carreño, leemos que es una obra escrita "para bien de los prójimos y para los predicadores evangélicos que muestran a los naturales el camino del cielo". <sup>18</sup> Parece ser que en ella se expresan claramente "a la letra y sentido literal y alegórico los misterios tan oscuros de entender interpretados con ciencia infusa que Dios N. S. comunicó a este evangelio varón en la vida contemplativa que tuvo en la Soledad de Santa Fe. . . " <sup>19</sup>

---

<sup>15</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. Prólogo.

<sup>16</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra, ob. cit. p. 77.

<sup>17</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra, *Siete grados o sendas por donde deben subir los amadores de la divina contemplación*, p. 123

<sup>18</sup>.—Citado por A. M. Carreño en *Joyas Literarias del Siglo XVII encontradas en México*, México 1915, p. 177.

<sup>19</sup>.—Citado por A. M. Carreño ob. cit. p. 177.

En cuanto a la obra de Bocanegra, éste considera, siete grados o sendas, como se desprende de la sola lectura del título de la obra, y a cada uno de ellos denomina en particular.

. Debido a que en el primer grado se apartan los pecados y se pierde el gusto a las cosas del mundo, lo llama del *gusto*. Para el mundano, para el pecador, las vanidades y el exterior son lo fundamental, pero dice Bocanegra "Gustad y veréis vuestros engaños, y sentiréis cuánto perdéis aun aquí en esta vida", <sup>20</sup> y aconseja que se practiquen penitencias y asperezas y, preferentemente, oraciones salidas del corazón. En este grado Dios corresponde dándole al alma "principios, sentimientos y consolaciones espirituales". <sup>21</sup>

De *deseos* es el segundo grado, ya que habiendo gustado de las consolaciones espirituales, se anhelan con mayor ahinco, contrariamente a lo que pasa en el mundo, como explica Fernando de Córdova y Bocanegra al decir: "las cosas divinas, gustadas son deseadas, y no gustadas parecen sin sabor, y lo contrario es en los del mundo, que lo mejor de ellos es los deseos". <sup>22</sup> "Del gusto y la prueba de la suavidad divina, nace en el alma tanta hambre y sed, que ninguna criatura o consolación temporal la puede hartar sino sólo Dios". <sup>23</sup> Conciente de su pequeñez y de lo poco que merece "está desahambrida de lo temporal y pide migajas de las mesas de su Señor", <sup>24</sup> al cual busca el alma con desesperación meditando en su vida, leyendo las Santas Escrituras, etc., y muchas veces siente y oye su voz y presencia. Aconseja que se practiquen obras pues sin ellas no se llega a Dios.

El tercer grado es de *hartura*. Es cuando el alma está hastiada de todo lo del mundo, nada de él le gusta, le repugna todo; "porque como el alma ama sólo a Dios no tiene reposo sino en Él". <sup>25</sup> Nada le satisface, ni las ciencias, ni Sagrada Escrituras, ni aún la Teología, solamente el amor divino.

---

<sup>20</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra *Siete grados o sendas* p. 121.

<sup>21</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra *ob. cit.* p. 121.

<sup>22</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra *ob. cit.* p. 122.

<sup>23</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra *ob. cit.* p. 122.

<sup>24</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra *ob. cit.* p. 122.

<sup>25</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra *ob. cit.* p. 124.

Pierde el interés por todo lo del mundo, no ambiciona el poder ni el saber sino para amar a Dios, lo que le proporciona paz y "hartura" <sup>26</sup> y, "Sin esperar y llamar a la puerta, los fervientes deseos y suspiros por su Amado la meten dentro y muy libremente siente y conserva a su Dios". <sup>27</sup> Siendo este amor, sobrenatural y divino, "más que el amor natural, junta en un nudo y vínculo de caridad el espíritu con Dios a quien ama". <sup>28</sup> El Señor atrae hacia sí al amante a lugares solitarios para que pueda gustar de la conversación divina y es tal su enamoramiento que nunca cesa este amor "de se aumentar, como el fuego hallando materia, no tiene término". <sup>29</sup>

El cuarto grado es de "beodez, un éxtasis y exceso espiritual y operaciones extáticas que nacen de la hartura del alma embeodada con una gótica pura del amor divino". <sup>30</sup> "Dios toma el alma por la mano y la recoge dentro en sí, quedando todos los sentidos de fuera privados de sus oficios porque el alma está ocupada con su Dios en secreta cámara". <sup>31</sup> El alma estando con Dios, "más está sobre sí que en sí, y por tanto viendo no ve, y oyendo no oye, y sintiendo altísimamente no siente". <sup>32</sup> Explica que el conocimiento precede al amor y voluntad, pero considera a la vía afectiva como "más compendiosa para subir a Dios, y lo principal en ella es la voluntad, porque tiene sus ejercicios más en deseos, e inspiraciones, y en entrañables suspiros y muy continuos a su Amado y en breves e inflamadas oraciones, que en muy largas meditaciones del entendimiento", <sup>33</sup> las cuales le servirían como fundamento para elevar su alma hacia Dios con deseos de amor, "el cual alcanzado, sírvese de los actos de la voluntad, que son amor, porque tiene más entrada con Dios

---

<sup>26</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 124.

<sup>27</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 125.

<sup>28</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 126.

<sup>29</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 126.

<sup>30</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 127.

<sup>31</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 127.

<sup>32</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 127.

<sup>33</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 128.

que los actos del entendimiento".<sup>34</sup> Recomienda, Bocanegra, que no se haga alarde de los actos anagógicos que se experimentan en este grado, y que mejor se vea, si se recibe "con fruto esta gracia divina".<sup>35</sup>

Al quinto grado lo llama de *seguridad*, ya que después de la experiencia tenida en el grado anterior desecha todo temor y deposita toda su confianza en Dios, hasta el extremo de que si Él lo "enviase al infierno, esa sería su gloria pues esa era Su voluntad".<sup>36</sup> Respecto al nombre que da a este grado, dice Bocanegra, que "es más nombre accidental y efecto de este estado que esencial, porque su raíz y esencia es el amor unitivo que el alma tiene".<sup>37</sup> Es así que obtenida la Gracia, el alma se hace "un espíritu por maravillosa unión del amor con Dios y como la gota de agua echada en vino, pierde su natural, y recibe la naturaleza, color, olor y sabor del vino en que se convierte; así el alma que perfectamente en este grado ama, cayendo en la infinitud de la caridad divina; no perdiendo empero su fortaleza, es convertida en amor divino, según el oficio e intuición de vida y todas sus potencias quedan hechas a gusto del amor de Dios".<sup>38</sup> E insiste en el hecho de que no se transforma la naturaleza del alma en la divina unión, aunque sí "muda muchas inclinaciones y condiciones y alcanza otras sobre las fuerzas de la naturaleza criada".<sup>39</sup> Y cita una metáfora con la que da a entender a la perfección esta divina unión en la que el alma a pesar de la divina transformación que experimenta no puede llegar a identificarse con Dios; en ella vemos que no hay en él, el más leve asomo de panteísmo. Es la metáfora del hierro y el fuego: "así como el fuego priva al hierro de sus propiedades: dureza, frialdad, y color negro y le viste de contrarias y más excelentes, no le mudando la naturaleza. Así en mucho más el alma inflamada y unida en el amor divino es dotada de otra vida, movimientos y fuerzas y queda sin temor, tibieza y desconfianza, y

---

<sup>34</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 128.

<sup>35</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 128.

<sup>36</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 129.

<sup>37</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 129.

<sup>38</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 130.

<sup>39</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 130.



tan leve y fácil para se transformar en Dios su Amado por deseo unitivo, cuanto el fuego divino que en ella arde, la hace ferviente en sus espirituales operaciones".<sup>40</sup>

En el sexto grado que es de *tranquilidad*, "hay tanta paz y holganza que el alma vive casi en silencio y sueño, como adormecida en el pecho del Señor y puede decir con San Pablo que ya no vive en sí, mas Cristo vive y reina en ella".<sup>41</sup> Pero dice que para alcanzar esta vida, para disfrutar de este sentimiento de familiaridad divino se debe estar muerto a las cosas del mundo y a toda consolación espiritual y "debe procurar convertirse libre y tranquilamente en aquel purísimo y simplicísimo bien que es Dios recogiendo en él todo su espíritu, no en parte sino todo".<sup>42</sup> Es entonces cuando el alma, al comunicarse con Dios, alcanza el altísimo estado de contemplación.

Del último y séptimo grado, se expresa Fernando de Córdova y Bocanegra como todos los místicos, diciendo que "es un privilegio muy raramente comunicado del Señor",<sup>43</sup> y del cual "no se puede decir cosa alguna con palabras humanas, pues aún las de los ángeles serían cortas y bárbaras para lo poder declarar",<sup>44</sup> Lo que en esa divina unión acontece, lo que el alma experimenta, "es de aquellas cosas que los ojos no las pueden ver, ni las orejas oír, ni el corazón humano comprender, las cuales tiene Dios guardadas para sus escogidos".<sup>45</sup> Queda la misma incógnita, Córdova y Bocanegra tampoco ha descorrido el velo que intriga a la humanidad. Nunca llegaremos a comprender estas excelencias, no llegaremos a entender su profundidad, a descifrar el misterio de esta íntima unión de Dios con la criatura, ya que todos los que han gozado de ella quedan enmudecidos sin poder decirnos lo que han experimentado, descorriendo así el velo que nos intriga.

Quedan así expresadas en unos cuantos capítulos, las di-

---

<sup>40</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 130.

<sup>41</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 131.

<sup>42</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 132.

<sup>43</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 133.

<sup>44</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 134.

<sup>45</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 134.

versas etapas de la vida de perfección, en palabras sencillas y amenas, usando un lenguaje de tal manera llano que puede ser fácilmente entendido por todos, a pesar de la sutileza del tema. Ciertamente Bocanegra recibió la tradición mística española; es indudable que leyó a Santa Teresa. Sabemos que su afición por ella era extrema, como se aprecia en sus cartas, en donde varias veces expresa su deseo de que su madre y su hermana funden, en la Nueva España, un monasterio de los de la Santa Madre Teresa de Jesús. Se sabe, además, que leyó a San Bernardo, a San Francisco, a Juan Taulero, a Enrique Suseno, y, desde luego, tenía gran preferencia por las *Escrituras Sagradas* y por el *Cantar de los Cantares*.

Es interesante el hecho de que Santa Teresa considere siete moradas y Bocanegra siete sendas o grados, ya que aunque no coinciden, en conjunto participan de las mismas ideas. La diferencia más importante de estas dos obras es que en Bocanegra, el alma desde la primera senda recibe beneficios divinos: "principios, sentimientos y consolaciones espirituales",<sup>46</sup> mientras que en Santa Teresa, las tres primeras Moradas son puramente ascéticas y no es sino en la cuarta cuando comienzan "a ser cosas sobrenaturales".<sup>47</sup>

No sólo coincide Córdova y Bocanegra con las ideas de Santa Teresa, sino con las de los demás místicos españoles, con la escuela ecléctica que considera necesario para llegar a Dios, la acción y la contemplación, las obras y el amor; si faltara una de estas dos cosas no se podría llegar a la unión perfecta; pero se inclina, dándole gran preferencia, a la voluntad sobre el entendimiento. Los deseos de amor, dice, "tienen más entrada con Dios que los actos del entendimiento".<sup>48</sup> Las metáforas de que se vale para explicitar estos altos estados del alma son empleadas con gran acierto, ayudándonos a la mejor comprensión de su idea. Dos de las mejores son las que emplea en el quinto grado, para explicar la incomprendible, para nosotros, comunión del alma con Dios.

---

<sup>46</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 121.

<sup>47</sup>.—Sta. Teresa de Jesús, *Las Moradas* 4a. Edición Clásicos Castellanos. Ediciones de la Lectura Espasa Calpe 1933, p. 55.

<sup>48</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra, ob. cit. p. 128.

Hay belleza en la de la gota de agua echada en vino, aunque no es muy original ya que tiene parecido con la del "arroico que entra en la mar", <sup>49</sup> de Santa Teresa. Pero de gran originalidad, belleza y acierto es la del hierro y el fuego, en la que se comprende la idea, en que tanto insiste, de que a pesar de la unión perfecta entre Dios y el alma, ésta no pierde su naturaleza.

La humildad y la sencillez fueron lo más característico en Bocanegra, como se puede apreciar a través de su vida y su obra. Me parece que a ello se debe que a diferencia de otros místicos, casi no mencione los éxtasis. No sólo no habla de ellos, sino que recomienda que nadie se ufane de esta gracia concedida por Dios.

Me parece que Bocanegra experimentó estos siete grados que relata. Estando profundamente enamorado, deseando la vida de perfección y el conocimiento de Dios, pasó por todas estas etapas, llegando a gozar de la plenitud de su amor al obtener la gracia del matrimonio espiritual. Se desprende esto de las páginas de su libro, en las que se aprecia la sinceridad, la vehemencia de su amor y su gozo. Fueron experiencias vividas las que relata, ya que se nota vitalidad y fuerza en su exposición, a pesar de que procura disimular en gran parte lo que ha experimentado. El titubeo propio de la imposibilidad de narrar la experiencia suprema pasada, el intento de expresarlo en inútil balbuceo, culmina en el enmudecimiento total ante la infabilidad del sutil y delicado trance.

Podemos pues considerar que Bocanegra fué un místico teórico y práctico, además de haber sido un verdadero asceta y contemplativo, que nos dejó escritas, con gran sencillez, sus experiencias.

En la obra de Fernando de Córdova y Bocanegra, recopilada por Alonso Remón, aparecen dos breves diálogos de gran interés puesto que en ellos supo el autor resumir algunas de sus teorías para alcanzar la perfección y explicarlas en forma agradable y fácil.

---

<sup>49</sup>.—Sta. Teresa de Jesús ob. cit. p. 227.

En el primero de ellos, entablado entre "un insigne teólogo y un pobre mendigo", <sup>50</sup> enseña la mejor forma de adaptarse en todo a la voluntad de Dios. Al pedir el teólogo a Dios que le muestre el camino de la salvación, le dice que vaya al templo hacia donde se dirige. Llegado ahí se encuentra con un mendigo y entablan conversación, durante la cual éste hace ver que él siempre alaba a Dios a pesar de su miseria, diciendo que iría al infierno si esa fuese la voluntad divina, ya que "más vale el infierno con Él que el cielo sin Él". <sup>51</sup> Gracias a esta verdadera humildad y al profundo amor que le profesa está unido con Él. Así nos muestra Fernando de Córdova y Bocanegra lo necesario que es la humildad auténtica a más del amor para alcanzar la vida de perfección y, más tarde, la salvación.

En el otro diálogo hablan "Un pobre, una señora y un maestro" <sup>52</sup> acerca de la verdadera humildad y pobreza de espíritu y del amor divino y unión con Dios.

Bocanegra escribió varias oraciones, tales como *Un Ejercicio y Consideración de la Muerte*, y dos meditaciones de los dolores y gozos de la Virgen Nuestra Señora. Obras puramente devotas, por lo que no son de interés para la investigación aquí emprendida.

Existen pocas cartas de Bocanegra. Desde que se resolvió a abandonar el mundo, no volvió a escribir más que a algunos frailes, a su abuela y a su hermano. Repetidas veces menciona en estas piezas y en otros escritos, su pequeñez e indignidad; considérase a sí mismo un gusano ante la grandeza de la Divinidad. En su alma se entabla el "eterno drama —de que habla Menéndez y Pelayo—, que en la conciencia cristiana nace de la comparación entre la propia flaqueza y miseria y los abismos de sabiduría y poder de Dios". <sup>53</sup>

Las dos poesías que conocemos de Córdova y Bocanegra aparecen también en el libro editado por Alfonso Remón. Son

---

<sup>50</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra, ob. cit. p. 134.

<sup>51</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra, ob. cit. p. 134.

<sup>52</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra, ob. cit. p. 135.

<sup>53</sup>.—M. Menéndez y Pelayo, *Estudios de Crítica Literaria*, Madrid 1884, p. 8.

obras de gran importancia, y de ellas se expresa Méndez Plancarte diciendo: "esas estancias *Al Amor Divino* y al *Nombre de Jesús* son las mejores quizá de nuestro XVI, por la clásica nitidez de la forma, lo ceñido y hondo del pensamiento, y la contenida y apasionada emoción, de cuya sinceridad es fiadora toda la vida del noble y santo mancebo"<sup>54</sup> como se ha podido apreciar en las apuntaciones que sobre su vida he mencionado.

La *Canción del Amor Divino* es en mi concepto una auténtica poesía mística, en la que intuimos ese "vago sabor de lo infinito".<sup>55</sup> El Alma enamorada habla a su Amado, en quien radica toda felicidad:

*Glorioso amor divino,  
do anida mi alegría,  
y con dulce memoria me recrea.*

y quejándose tiernamente,

*aunque es gran desatino,  
quejarme a tí querría  
de tí...*

Reclamando con dulzura que, a pesar del amor que le profesa y sabiendo la inmensa alegría que le proporciona cuando viene a ella, la tenga olvidada y la deje sufrir con su ausencia.

Su gran amor le hace sentir el no poder desprenderse de su envoltura terrenal:

*con riguroso imperio  
le tienes en tan duro cautiverio.*

*Cual el pobre cautivo  
que de recias prisiones  
está perpetuamente rodeado,*

---

<sup>54</sup>.—A. Méndez y Plancarte, *Introducción de Poetas Novohispanos* BEU T. 33, p. XXVI.

<sup>55</sup>.—M. Menéndez y Pelayo ob. cit. p. 7.

Y ante el anhelo de verse unido con Dios, lamenta

*el verse de su patria desterado:*

Insiste en la enorme tristeza de su alma al verlo alejado de ella, y no concibe

*...¿cómo se consiente  
que tu amor no responda al que te llama,  
ni llegue la esperanza  
a donde mi deseo vivo alcanza?*

Explica más adelante su gozo cuando disfruta de ciertos privilegios concedidos por Dios:

*Si un pequeñito rayo  
de aquesa luz inmensa  
alguna vez al alma llega y toca,  
con su fuerza desmayo,  
y ella queda suspensa,  
como fuera de si y de gozo loca:*

Me parece que se refiere al cuarto grado de sus *Sendas*, en el que habla de "éxtasis que nacen de la hartura del alma embeodada con una gotica pura del amor divino",<sup>56</sup> e imagina y se pregunta con anhelo y ansia de gozarlo:

*¿qué será aquel abismo  
de bien, do el bien y Dios es uno mismo?*

Sentimos aquí y más adelante que aún no ha llegado a la comunión perfecta, al goce pleno, y escuchamos su deseo de unión y el consuelo que ésta le proporcionaría:

*Si yo a mi Jesús viese,  
al punto cesaría  
toda mi pena y ansia lastimera*

Con gran originalidad expresa en una hermosa metáfora la muerte del cuerpo, que es la liberación del alma para poder

---

<sup>56</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra *Siete Sendas o Grados* p. 126.

unirse con su Amado:

*¡Oh, si ya amaneciese  
aquel eterno día  
de la perpetua y dulce primavera!*

Y al no llegar esta ansiada liberación, al no poder realizar su deseo de unión, su desesperación es patente:

*Mas cuanto más se espera  
el bien, más atormenta;*

.....  
*no basta la paciencia en tal tormenta,  
y el alma que en ti adora  
su puerto con zozobra mira y llora.*

Después de este arranque de desesperación, se llena de humildad, al comprender su bajeza:

*paréceme increíble  
llegar do el amor llega;  
mi bajeza me anega  
y amor sube con ímpetu terrible:  
tu alteza, Dios descienda,  
y lleve Amor la gloria en tal contienda!*

Encuentra consuelo en el pensamiento de Cristo Crucificado:

*En medio de mis males,  
tú, Cruz, sola me alientas,  
que eres de mi Jesús prenda segura:*

De quien habla con gran realidad:

*¡Oh llagas celestiales!  
¡Oh sangre, muerte, afrentas,  
remedio de mi grave desventura!*

Anhela una vez más la muerte y confiando en la benevolencia de su Amado, dice:

*contarme ya en el cielo,  
y con glorioso vuelo  
dejar la tierra y todos mis enojos;  
y aunque soy poca parte,  
no puedes tú, mi Dios, a ti negarte.*

Y le pide con gran delicadeza que siendo tanta su bondad

*destierra mi pobreza  
con tu vista y presencia  
y dones soberanos;  
  
destilen esas manos  
néctar divino lleno de tu esencia,  
y glorifica al alma  
y al cuerpo da con gozo eterna palma.*

Finaliza la poesía en el mismo tono amoroso y lánguido, lleno de ternura, el alma tranquilizada y llena de esperanzas, pero sin llegar a la perfecta unión.

La nota mística vibra a través de toda la poesía; la escuchamos a cada momento en su deseo, en su ansia, en el jugueteo amoroso que se entabla entre los amantes y en su aspiración, que finaliza en la esperanza de poseerlo.

La *Canción al Santísimo Nombre de Jesús* es una bella loa al Divino Nombre en la que hay belleza de expresión, adecuados conceptos, belleza de forma, etc., pero en la que no percibimos la vibración de la cuerda mística. Está escrita con el fin de alabar el "breve y compendioso"<sup>57</sup> nombre de Jesús. Relata la adoración que por Él tiene y nos dice que ante Él, "se humilla el suelo, el cielo adora".<sup>58</sup> Se considera incapaz de referir la grandeza de Dios, pero le pide ayuda, considerando que así podrá hacer algo digno de Él:

---

<sup>57</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra *Canción al Santísimo Nombre de Jesús en Obras completas* p. 95.

<sup>58</sup>.—F. de Córdova y Bocanegra ob. cit. p. 66.



*...la lengua del hombre corta y muda;  
y si esta mía —aunque silvestre y ruda—  
gusta de tu dulzura en sus intentos,  
con favorable vuelo  
harás que al cielo suban mis acentos.*

En la siguiente estrofa Córdova y Bocanegra con gran acierto habla del Divino Nombre:

*Divino Nombre, suavidad, ternura,  
salud, regalo, vida, luz, sosiego,  
seguridad, en letras prometida;  
nieve que aplacas el lascivo fuego,  
panal que al gusto quitas la amargura,  
licor que sanas la mortal herida*

Finaliza la poesía Bocanegra con la consideración de que la palabra humana no es capaz de referir las grandezas de Dios, por lo que prefiere enmudecer:

*calle la lengua y no se mueva el cielo;  
y así, en silencio los del bajo suelo  
—pues no aciertan sus lenguas a loarte  
en más subidos modos—,  
se ocupen todos sólo en adorarte.*

Es lástima que no conozcamos un número mayor de poesías en las que Fernando de Córdova y Bocanegra hubiera dejado correr su pluma, explicitando las delicias de la perfecta unión.

La *Canción*, he de reiterarlo, es una hermosa poesía en la que vemos una intensidad de sentimiento y un enorme deseo de alabar al objeto de su amor; pero no es una poesía en la que se aprecia la agilidad del alma enamorada y en pueril jugueteo con su Amado. Parece ser que fué escrita en los principios de su llamamiento. Si así fué, es factible que no hubiera experimentado todavía el privilegio del conocimiento pleno de Dios, y a ello se debe que no hable en ella del gozo supremo experimentado. Si la escribió más tarde es muy fácil que debido a su humildad y a su interés de que el mundo ignorara los privilegios que disfrutaba, se haya abstenido de escribirlos.

## V

### FRAY MIGUEL DE GUEVARA

He juzgado indispensable incluir en este trabajo mi opinión acerca del famoso soneto *No me mueve mi Dios para quererte*, que tantas y tan diversas opiniones ha originado, así por adjudicársele su nacimiento a varios autores, como por lo que al sentimiento de la poesía respecta.

Considero que las investigaciones que por años ha hecho Alberto María Carreño han dejado fuera de toda duda la identidad del autor, como se aprecia por el manuscrito, en el que aparecen varias obras de Fray Miguel de Guevara, entre las que se encuentra este soneto con fecha de 1638, es decir, anterior a toda otra obra en que haya aparecido. (Sabemos esto gracias al libro de Alberto María Carreño *Joyas Literarias del Siglo XVII encontradas en México*, ya que el manuscrito como indiqué con anterioridad no se me pudo facilitar en la Sociedad de Geografía y Estadística).

Me parece que esta obra sí es de Guevara, pues las otras poesías que aparecen en el manuscrito citado no desmerecen ante esta obra, y en todas ellas vibra una profunda nota religiosa bella y elegantemente expresada, con aliño y maestría.

Fué Guevara un hombre de su época: la fecha más probable del nacimiento de este criollo es la de 1585 y la de su muerte 1646; <sup>1</sup> es decir, las postrimerías del XVI y la primera mitad del XVII. Estudioso como era, versado en las lenguas castellana y latina, dominaba además la nahuatl, la tarasca y la matlalzinga. Los hombres de su tiempo lo elogiaban

---

<sup>1</sup>.—A. Méndez Plancarte, *Poetas Novohispanos, Primer Siglo*, México, 1942. Tomo 33 BEU p. 139.

colmadamente; estas décimas del Padre Alarcón son una muestra del juicio que Guevara merecía a sus coetáneos:

*mas vos, divino Miguel,  
con distinción las habláis.  
En la tarasca admiráis,  
En la mexicana es exceso,  
En matlaltzinga confieso  
Que a vos os aventajáis.*

Su interés por el indígena era extremo, y su afán de inculcarle la religión que ardientemente profesaba no disminuyó ante el dilema del desconocimiento de los dialectos hablados por ellos, sino que con empeño se dedicó a su aprendizaje para así poder impartirles el conocimiento tan necesario de la religión católica. No contento con esto, tradujo del latín el *Apocalipsis* del Venerable Gregorio López, para que fuera accesible a los indios una obra en la que se mostrara el camino de la perfección y los consejos más a propósito para alcanzarla.

Su afición por las letras españolas la vemos patente en sus escritos, que no son ciertamente de un hombre ajeno a estos menesteres, sino por lo contrario son los de quien ha leído y conoce a perfección los modelos y estilos en uso.

Activo y entusiasta era este agustino que dirigió varios prioratos de su orden "desde Charo (1620) a Pátzcuaro (1640), y era visitador todavía en 1646".<sup>2</sup>

El manuscrito de Miguel de Guevara contiene varias poesías de mayor o menor importancia. De interés encontramos, primeramente, los cuartetos que con el título *Del Autor a su Arte*, nos ofrece. Como el nombre lo indica, Guevara se dirige a su libro: *Arte Doctrinal*, y al hacerlo se expresa con gran cariño y profundos conceptos, que nos permiten apreciar su conocimiento del mundo:

---

<sup>2</sup>—A. Méndez Plancarte, *Introducción a Poetas Novohispanos*  
p. XXXV.

*Mundo queréis ir a ver,  
yo os digo que mejor fuera,  
a trueque de que él os viera.  
no vello si puede ser.*

El tema que en estos cuartetos trata, carece de atractivo para desenvolverse en bellos y sugestivos conceptos; a pesar de ello, Guevara sabe darle interés, demostrando facilidad y soltura.

Con solicitud y cariño aconseja y hace ver el absurdo concepto mundano de dar mayor importancia a lo exterior, a lo vistoso y elegante, que a lo verdadero:

*Sois simple y él mofador;  
salís con muy pobre traje  
y él honra más el ropaje,  
que la nobleza y valor.*

E insiste en ello cuando con gran acierto dice:

*Que la verdad no es creída  
de boca del desgraciado.*

A pesar de todo será la verdad la que triunfe ya que:

*...la verdad en sustancia,  
no temáis que la destruyan.*

Más adelante se encuentran cinco composiciones, también bajo el título *Del Autor a su Arte*. Primeramente un soneto, que se inicia: *A gran peligro váis, hijo querido*, en el que con elegancia y belleza sigue dirigiéndose a su propia obra.

En la siguiente composición pone como título subalterno el de *Décima y ofrecimiento del libro a Jesucristo Nuestro Señor*; en ella escuchamos a su alma vibrar conmovida ante el pensamiento de la muerte de Jesús por salvar al hombre. Su temperamento ardiente y sensitivo se revela aquí, así como su gran amor por Dios:

*Murió Dios, sí, cierto, cierto;  
 Jesús Dios muerto, eso no.  
 Es muy cierto que murió  
 Por vida del hombre muerto  
 O puerta del alma y puerto  
 Del cuerpo en su despedida,  
 Dulce muerte de mi vida.  
 ¿Quién cien mil vidas tuviera  
 Con que en amor os pudiera  
 Pagar censo de por vida?*

Una octava real es la que sigue, en la que encontramos vigor, profundidad y sentimiento, así como una claridad y precisión admirables al expresar sus ideas:

*El tiempo vuela como el pensamiento*

inicia diciendo Guevara y finaliza con hacernos ver lo efímero de la existencia humana:

*Y aún el que vive, en parte es ya difunto,  
 Pues como vela ardiendo se deshace,  
 Comenzando a morir desde que nace.*

Y en seguida el famoso soneto *No me mueve mi Dios para quererte*. Hay muy encontradas opiniones; algunos la consideran una obra ascética, como el presbítero José María Sbarbi cuando escribe el *Juicio crítico de la perla de nuestros sonetos ascéticos*.<sup>3</sup> José María Roa Bárcena dice que "se le ha tachado de resabios de quietismo, tal vez porque en su asunto y forma exhibe el desinterés que constituía uno de los distintivos de los quietistas".<sup>4</sup> Por lo contrario, Foulché Delbosc, considerándola mística, afirma: "conviene ver si la célebre pieza mística".<sup>5</sup>

A mi parecer esta poesía no es ni ascética ni mística ni se encuentran en ella resabios quietistas. Es en verdad el más

<sup>3</sup>.—Citado por Alberto María Carreño, *Joyas Literarias del Siglo XVII encontradas en México*. México, 1915, p. 10.

<sup>4</sup>.—Citado por A. María Carreño, ob. cit. p. 10.

<sup>5</sup>.—Citado por A. María Carreño, ob. cit. p. 45.

puro y desinteresado amor lo que mueve a escribirla, es ciertamente una hermosísima poesía, de un gran fervor religioso, en la que apreciamos el profundo amor de Guevara hacia Dios. Hay una delicadísima expresión lírica, pero en ella no se percibe ese encantador diálogo de enamorados, el deseo, la desesperación, el ansia de posesión, la satisfacción, etc. Faltan palabras tiernas, no escuchamos el suave y sugerente coloquio amoroso. El balbuceo ante la inenarrable experiencia no se aprecia. No hay siquiera un conocimiento de Dios, no se vislumbra un decidido deseo de abrazo místico. Es por lo contrario una gran poesía; en ello están de acuerdo todos los críticos, considerándola uno de los más bellos sonetos del habla castellana, "clásico entre los mejores de la lengua" y "universalmente famoso",<sup>6</sup> en el que vemos el fervor y profundidad religiosa del autor y su entrañable y auténtico amor.

La Pasión de Cristo, el sacrificio de su muerte de Cruz, impresionan profundamente a Guevara, y son varias las poesías en que toca este tema.

A continuación del soneto comentado se encuentra el de *Poner al hijo en Cruz abierto el seno*, para mí uno de los más sentidos y hermosos sonetos del fraile agustino, en el que con ingenio habla de su amor a Dios y conmovido ante la bondad de Él, imagina que si fuera Dios se cambiaría por hombre para disfrutar de Su bondad:

*Que a ser yo Dios y Vos hombre terreno,  
Os diera el ser de Dios que yo tuviera  
Y en el que tengo de hombre me pusiera  
A trueque de gozar de un Dios tan bueno.*

Adelante de la traducción que hace del *Apocalipsis* de Gregorio López escribe otro hermoso soneto: *Levántame, Señor, que estoy caído* "por excelencia clásico"<sup>7</sup> y en el que pide con gran vehemencia ayuda a Dios. Apreciamos aquí la profundidad de su sentimiento religioso y la fragilidad de la humana naturaleza.

---

<sup>6</sup>.—A. Méndez Plancarte, Introducción ob. cit. p. XXXVI.

<sup>7</sup>.—A. María Carreño, ob. cit. p. 178.

## VI

### JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA

Extraña y discutida figura es en verdad la de Don Juan de Palafox y Mendoza, tenido por algunos como santo y por otros como protervo. Su vida está llena de interés desde su nacimiento, en Fitero de Navarra, en 1600, de padres nobles, siendo el marqués de Ariza su padre, y "joven zaragozana, acaudalada, hermosa y de lucido ingenio"<sup>1</sup> su madre. Nacimiento que fué ocultado a la sociedad hasta que Juan tuvo diez años, ya que nació fuera de matrimonio. Este interés se prolonga a través de su vida, sin abandonarlo en su muerte, después de la cual se intentó canonizarlo, mientras por otro lado sus enemigos luchaban tenazmente para evitar que subiera a los altares. Supo Palafox que su madre intentó evitar su nacimiento; más tarde no demostró interés por él, sino que por el contrario lo repudiaba y se avergonzaba de su nacimiento. Esto afectó profundamente a Palafox y Mendoza, como se desprende de la lectura de su *Vida Interior*,<sup>2</sup> donde recuerda con amargura, estos desagradables hechos que dan lugar, más tarde, a su poco afecto y credulidad por las cosas del mundo, pero que en extraño contraste lo hacían desearlas a pesar de su repulsión u odio por ellas. Por largos años combatió Palafox contra los vanos placeres mundanos, detestándolos, sabiendo y conociendo su poca estabilidad; pero buscándolos inadvertidamente.

---

<sup>1</sup>.—Genaro García, D. Juan de Palafox y Mendoza Obispo de Puebla y Osma. Visitador y Virrey de la Nueva España. México, 1918, p. 13.

<sup>2</sup>.—Juan de Palafox y Mendoza, Obras, Vida Interior. T. I Madrid, 1762, p. 15.

Gran pecador en su juventud, severo asceta en su madurez, auténtico temperamento español el suyo, se deja arrastrar por las pasiones, no pudiendo evitar la tentación, para luego gemir arrepentido, haciendo penitencias mil al percatarse de que ha ofendido a su Señor y Amo.

Deslizase su vida entre triunfos y derrotas así espirituales como materiales; vida activa fué la suya, sin faltar en ella tiempo para la meditación. Obras grandes y pequeñas las que realizó; vivió entre reyes y príncipes, así como entre el humilde y miserable pueblo de dos continentes, fué alabado por momentos; perseguido y ultrajado en otros.

Vivió, Juan, gracias al "pobre y viejo molinero Juan Francés"<sup>3</sup> quien lo adoptó como hijo, salvándole la vida cuando iba a ser arrojado a un río, en una cesta, envuelto entre lienzos, por una criada que había recibido órdenes de la madre. Pobremente vivió, "guardaba de tres a cuatro ovejas" que su padre adoptivo poseía, y aprendió "los primeros rudimentos de las letras y de la Fe".<sup>4</sup>

Su padre, el marqués, arrepentido del abandono, se acordó de su hijo, después de diez años y, reconociéndolo, le dió educación, posición, dinero. Desde pequeño fué bien parecido, heredó a su madre, la cual estaba dotada de "todas las gracias naturales que puede haber en una mujer aventajada".<sup>5</sup> Al ser bautizado, Juan de Palafox "cobró gracia y hermosura espiritual y corporal, y con esta última (que fuera mucho mejor la primera) vivió en todas las edades",<sup>6</sup> al decir de él mismo. Era muy agradable y querido por todos, piadoso pero lleno de malicia. Al ingresar a la vida social, se dedicó con jóvenes de su edad a hacer una vida disipada e "incurrió en diversas culpas graves nacidas de diferentes pasiones".<sup>7</sup> Falto enteramente de aplicación, cursó los estudios de Leyes y de Sagrados cánones, gracias a su inteligencia y por dar gusto a su padre. Este lo había destinado a la carrera eclesiástica y a

<sup>3</sup>.—G. García, ob. cit. p. 16.

<sup>4</sup>.—Juan de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 19.

<sup>5</sup>.—G. García, ob. cit. p. 13.

<sup>6</sup>.—Juan de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 16.

<sup>7</sup>.—Juan de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 20.



los doce años hizo que fuera confirmado y ordenado de corona por D. Fray Diego de Yepes, obispo de Tarazona.

Cuando salió de la Universidad se dió a "todo género de vicios, de entretenimiento, y delite y desenfrenamiento de pasiones", <sup>8</sup> llegando un año a no cumplir con la Iglesia. Su fe disminuyó aún más con la lectura de libros profanos, y parece ser que no tenía freno alguno en el pecar, según confesión propia. Me parece que en el transcurso de su *Vida Interior* exagera Palafox sus faltas, habla tanto de ellas, insiste tanto en su maldad que da la impresión, al que las lee, de una humildad ficticia. Pretende con esta humildad al confesar sus culpas, borrarlas; pero es tan extremado su alarde de modestia que parece caer una vez más en la vanidad. Conforme se lee la obra, esta primera impresión desaparece, ya que en los capítulos en que se dirige a Dios habla con gran sinceridad y vehemencia, y vemos su amor, su confianza y arrepentimiento, así como su sinceridad cuando se considera un infeliz gusano ante la inmensa majestad de Dios. Era por otra parte "afectuoso, recto, clemente, generoso, caritativo e inclinado a hacer el bien a los demás". <sup>9</sup>

En 1626 concurre a las cortes que su majestad el rey Felipe IV celebró en Manjon. El supremo Ministro Don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares y Duque de Sanlúcar de Barrameda, queda impresionado por su inteligencia y le ofrece la plaza de Fiscal del Consejo de Guerra, la cual acepta después de conseguir para su hermano la de Merino de la Reina, ya que su padre al morir lo había nombrado tutor y administrador de sus bienes, los cuales, a pesar de su corta edad, supo administrar inteligentemente.

Hasta entonces había usado el hábito de estudiante, ya que quería cumplir la voluntad de su padre, de que estudiara la carrera eclesiástica; pero en Madrid, en medio de la vida de la corte, cambia su hábito por elegantes y vistosos trajes, y decide contraer matrimonio; más el conde duque le ordena que no mude el hábito eclesiástico y Palafox obedece, deshacien-

---

<sup>8</sup>.—Juan de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 25.

<sup>9</sup>.—G. García, ob. cit. p. 25.

do el compromiso de matrimonio que ya había contraído. Fué nombrado Abad de Cintra y Canónigo Tesorero de Tarazona, para que gozara de renta eclesiástica y prebenda, desde 1624 hasta 1630.

Ante la responsabilidad de estos puestos, Palafox fué reformando sus costumbres, paulatinamente fué apartándose de los amigos jóvenes y frecuentando hombres de edad y responsabilidad; su entendimiento se fué inclinando a lo bueno y dejó los vicios mayores. La dignidad eclesiástica de que estaba investido, su puesto de Ministro y su idea de ordenarse de sacerdote ayudaron en gran parte a la morigeración de sus costumbres. Una enfermedad, que tuvo a su hermana a las puertas de la muerte, influyó poderosamente en el ánimo de Palafox, quien amándola mucho recurrió a Dios con gran afecto, pidiéndole que la salvara ofreciéndole humildemente en cambio abandonar sus vestidos y nunca más volver a vestir seda. La muerte de dos célebres hombres de mundo lo hicieron percatarse de lo efímero de la existencia humana, de la inestabilidad de sus grandezas y triunfos, y comprender que solamente los bienes divinos "no se reducen a polvo y ceniza".<sup>10</sup>

Conforme Palafox va templando su vida, va recibiendo beneficios sobrenaturales y es así como dice que: "... en más de cuatro, o seis meses le rodeó una claridad suavísima, y clarísima en cualquiera parte donde iba, con un género de conocimiento, y evidencia de que era aquella luz de Dios, y que allí con particular modo estaba Dios, que aunque él quisiera pensar en otra cosa, ni otra cosa, no podía y le sucedía andar por el sol, y resplandecer más para él aquella claridad que el mismo sol; y su alma que veía aquella claridad, y por ella, aún los ojos de su cuerpo, recibía tal consuelo, y luz, y conocimiento con aquella claridad que le rodeaba, y le iba despertando a santos y devotos pensamientos: porque esta misericordia le fué trocando el alma, ablandando y suavizando más y más, dándole movimientos de salud, y vida eterna. Y aunque era exterior la luz, pero obraba en lo interior, abriéndole los ojos a la verdad, y amansando el natural, que estaba bravo,

---

<sup>10</sup>.—G. García, ob. cit. p. 40.

y duro con las pasiones, para que oyese, atendiese y considerase lo que Dios le proponía, solicitándole a la mudanza de vida. Este género de presencia divina, pasiva y dada, no la ha tenido jamás sino entonces de esta manera, en treinta años que ha que se ejercita en frecuentar la presencia de Dios".<sup>11</sup> Ante estos beneficios desaparecen todas las tentaciones malas. Nace en él el deseo de leer libros devotos y comienza por los Opúsculos de Belarmino, las Confesiones de San Agustín y la Vida de Santa Teresa. La lectura de estos libros hizo enorme bien a Palafox, decidiéndolo a hacer una confesión general con un franciscano descalzo, el P. Fray Diego de San Joseph.

Recibe el orden sacro y, ansiando purificar su alma, aumenta sus oraciones; ejecuta penitencias y usa cilicios terribles; su dolor y arrepentimiento aumentan y su alma se va llenando de dulzura, docilidad y suavidad para lo bueno y de aversión a lo malo.

A principios de 1629, recibe de Don Alonso Pérez de Guzmán, Patriarca de las Indias, las órdenes menores de epístola y evangelio, y el subdiaconado en la Iglesia de las Monjas de Corpus Christi de Madrid; Don Francisco de Mendoza, Obispo de Plasencia le confiere ese mismo año el presbiterado.

Conforme recibía Palafox y Mendoza las órdenes, su devoción, penitencias y oración aumentaban. El amor a la pobreza empezó a invadir su alma, así como el desprecio de la carne. De la lectura y consideración de los oficios divinos nació un sincero arrepentimiento y profundo dolor de haber ofendido a Dios y un gran amor hacia Él.

Su sentimiento religioso definido ya, iba acentuándose, no dejando desde entonces de sentir vivísimo el amor a Dios. No volvió a hacer "amistad con la culpa",<sup>12</sup> aunque cayó en pecado. Fué retirándose dentro del mundo, del mundo; su vida fué severa; formó un Diario de lo que debía hacer e hizo Reglas y Constituciones, que tenía que cumplir. En este Diario en el que habla de lo que hace las veinticuatro horas del

---

<sup>11</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 39.

<sup>12</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 47.

día cuando no tiene algún quehacer especial, se ve el gran amor que por Dios tenía Palafox, las severas disciplinas que realizaba, las fervorosas oraciones y las tiernas palabras que a Dios dirigía, y es así que le dice: "Poco os ama quien os ama mucho, si no os ama todo",<sup>13</sup> Pero, me parece demasiada exactitud y pormenor el indicar el número exacto de oraciones y jaculatorias que hace. Por otra parte hay muy sabias doctrinas y prácticas en este Diario.

En el comer se volvió enteramente sobrio, ayunaba todo el año; en los días de cuaresma, ayunos de precepto, viernes, sábados y vísperas de las Fiestas de la Virgen, a pan y agua. Su comida era regularmente de verduras, no comía carne ni fruta. Las disciplinas que hacía eran tremendas; se puso cilicio perpetuo de cerdas, además usaba una cruz de hierro con puntas y un escapulario de cerdas. Dormía sobre una tarima y pasaba grandes fríos. Visitaba los hospitales. Dos veces al año se recogía en los conventos de los religiosos descalzos del Carmen y San Francisco para entregarse por completo a Dios. Dice Palafox que la Virgen le ofreció a su Hijo y desde entonces tuvo "un amor a Dios tan vivo y sensitivo y a su Madre gloriosísima, que en treinta años no ha habido apenas un día en que no lo haya sentido vivísimo".<sup>14</sup> Con enorme fuerza de voluntad llevaba esta vida completamente ascética, alejándose del pecado; pero, no puede evitar el caer aunque siempre reacciona arrepentido de amor y dolor, y escribe en su *Vida Interior* capítulos enteros en que habla a Dios con verdadero arrepentimiento y humildad. No pueden compararse estos capítulos con los demás del libro, en estos se ve la sinceridad del sentimiento de Palafox, su auténtica humildad, su confianza en Dios, el tono amoroso en que le habla arrepentido y sorprendido de que tenga para con él, tantas misericordias. Por diez años combatió tenazmente con sus culpas y miserias, con sus pecados y pasiones, llevando esta vida interior de oración, dolor y penitencia con enorme sentimiento de amor y profundo dolor. Nunca lograron las pasiones vencerle

---

<sup>13</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, *Diario y Ejercicios*. T. I. p. 190.

<sup>14</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, *Obras, Vida Interior*. T. I. p. 47.

a tal grado que lo despojaron de la penitencia y "Siempre sentía más, haber ofendido a Dios que el condenarse; pesándole más dar disgusto a quien amaba que destruirse y perderse..."<sup>15</sup> Escuchamos su arrepentimiento: "No siento, dulce Bien, ya tanto mis culpas por lo que a mí me perdían, cuanto porque a Vos os ofendían. No siento ya Señor, el que a mí me condenaban, sino el que a Vos os herían... pecara contra mí, no contra Vos, mi Criador, mi Redentor, y mi Dios".<sup>16</sup>

A pesar de las tristes enseñanzas, adquiridas en la vida, y de su ordenación eclesiástica, la ambición no ha desaparecido del alma de Palafox. La Fiscalía del Consejo de Indias, de mayor importancia que la del Consejo de Guerra, queda vacante, y Palafox la solicita de Su Majestad, quien se la concede, el 25 de octubre de 1629.

Su Majestad Felipe IV sigue distinguiendo con su confianza a Palafox y el mismo año, 1629, lo nombra Capellán y limosnero mayor de su hermana Doña María de Austria, Reina de Hungría, comisionándolo para que la acompañe en el viaje realizado por ella, a través de Europa. Cuenta Palafox que "estando un día delante del Santísimo Sacramento... orando con gran fervor, mirándolo atentamente, vió con los ojos del alma, o los del cuerpo, o de la imaginación, (no se atreve asegurar de qué manera lo vió, sino que fué con gran claridad) en el aire un Ángel, que miraba a la Hostia consagrada, y la señalaba con la mano derecha, según lo que le parece, y en la izquierda, que estaba hacia este pecador, tenía un poco de estiércol; y le dieron a entender con eso, que el estiércol era el mundo, y que no había otra cosa que desear sino a Dios".<sup>17</sup> Desde que tuvo esta visión desapareció de él toda ambición y no había otra "cosa que desease, ni buscarse, ni apeteciese sino a Dios".<sup>18</sup>

En 1632 extractó sus observaciones sobre Europa, escribiendo un *Diálogo Político del Estado de Alemania y Com-*

---

<sup>15</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 55.

<sup>16</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 50.

<sup>17</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 56.

<sup>18</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 56.

*paración de España con las demás Naciones.* En 1633, Su Majestad lo nombró Consejero o Ministro de las Indias.

A pesar de los buenos deseos de Palafox, caía continuamente "y en llegando la ocasión, en lo grave, y en lo leve, volvía a Dios las espaldas, arrastrado de sus pasiones, miserias e imperfecciones: y lloraba, y pecaba; y pecaba y lloraba; y todo era levantar, y caer; y llorar, y pecar; y caer, y levantar y vencer, y ser vencido; y por una parte penaba, llorando porque pecó y por otra deshacía pecando, lo que lloró; y de esta suerte vivía penando, y llorando, y padeciendo; pero siempre le ayudaba Dios y tenía presente".<sup>19</sup>

Entre más caía, más oraba, "lloraba, y se castigaba y clamaba",<sup>20</sup> seguía diciplinándose y haciendo penitencias. Tuvo una enfermedad que, dice él que se la dió Dios para aviso y castigo de sus culpas y para enmendar y reformar sus pasiones. Vió a San Pedro (no sabe si fué con ojos del alma, imaginación o corporales) quien lo reprendió por su soberbia y vanidad. Pero ni así se enmendó, y vivió en esta forma hasta que lo nombraron Obispo de Puebla. En un principio renunció a este puesto; pero, por consejo de sus maestros, aceptó.

Antes de salir para América, en 1639, lo consagró Obispo, el cardenal Don Agustín Espinola, Arzobispo de Santiago. En el alma de Palafox había grandes sentimientos "de amor, de dolor, de lágrimas y deseo de acertar, y humillarse al recibir estas Unciones Sagradas, y desde aquel día sintió en sí grande amor espiritual a sus súbditos y sumo deseo del bien de sus almas y de su consuelo".<sup>21</sup>

Felipe IV lo nombró Visitador de la Nueva España y Juez de Residencia de sus dos últimos virreyes, los Marqueses de Corral y de Cadereyta, y le confirió la comisión de restablecer el comercio entre México, Filipinas y el Perú con "el intento de que se enmendasen muchos excesos".<sup>22</sup>

Vino a la Nueva España acompañando al Marqués de Villena, Duque de Escalona, que sustituía al virrey Caderey-

---

<sup>19</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 58.

<sup>20</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 58.

<sup>21</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 61.

<sup>22</sup>.—González de Rosende, citado por A. García en ob. cit. p. 58.

ta. Salieron de Cádiz el 21 de abril de 1640. Fué un viaje lleno de penalidades en el que hubo varias muertes y muchos enfermos y Palafox se destacó por las atenciones que dispensó a todos.

Por su elevada jerarquía política y eclesiástica, Palafox compartió con el nuevo virrey los honores del recibimiento; después de varios días de festejos, regresó a tomar posesión de su obispado.

En los nueve años que estuvo Palafox en la Nueva España contribuyó en forma poderosa a su progreso.

En Puebla, engrandeció la ciudad en su aspecto material y espiritual, fundó colegios y seminarios, contribuyó a la edificación de la catedral y de diversos templos, y donó su biblioteca. Propagó la fe católica procurando extinguir los cultos y destruir los ídolos indígenas.

En febrero de 1642 fué nombrado virrey, al ser depuesto el Marqués de Villena, y al día siguiente se le designó arzobispo de México. Se limitó a conservar la administración de la arquidiócesis mientras venía su sucesor y sirvió el puesto de virrey "entretanto que llegaba el que se había de nombrar".<sup>23</sup> En noviembre del mismo año llegó su sustituto, el conde de Salvatierra y Marqués de Sobroso. Palafox, después de renunciar al arzobispado de México, en marzo de 1643, regresó a su obispado de Puebla.

Cuando Juan de Palafox y Mendoza, tomó "posesión del gobierno de la Nueva España, el 9 de junio de 1642, asumió los cuatro cargos mayores del reino, o sean de: Virrey, Visitador General, Arzobispo de México y Obispo de Puebla, no ejercidos antes a la vez por ninguna persona".<sup>24</sup>

Activa y tormentosa era la vida de Palafox —como necesariamente tenía que serlo la de cualquier hombre que asumiera esa suma de responsabilidades—; una serie de conflictos con diversas órdenes religiosas, principalmente los jesuitas, aumentaron la inquietud y constante diligencia del obispo; el

---

<sup>23</sup>.—J. Palafox, memorial de 13 de septiembre, citado por G. García, ob. cit. p. 102.

<sup>24</sup>.—G. García, ob. cit. p. 107.

motivo de la primera dificultad fué la administración de los curatos, en manos de los religiosos, que deberían de estar bajo jurisdicción episcopal.

Un poco más tarde, con motivo de una donación hecha a los jesuitas, se originó otra ruidosa controversia. Sus Majestades habían donado los diezmos de las Indias a las catedrales, reservándose dos novenos. Los religiosos se negaron a dar la parte que les correspondía, y se tuvo que acudir al rey y al pontífice para que dieran su fallo.

Una tercera dificultad se suscitó al no pedir los jesuitas la licencia necesaria para confesar y predicar, dando lugar a una serie de excomuniones con que los componentes de uno y otro bando se atacaban.

Debido al giro que estaba tomando el asunto, y temiendo que se derramara sangre, decidió Palafox ausentarse. Durante casi cuatro meses pasó serios peligros e incomodidades que le ocasionaron graves enfermedades por haber estado viviendo en un lugar muy húmedo y malsano. Se consolaba en sus aflicciones leyendo las persecuciones que sufrieron San Atanasio y San Juan Crisóstomo. Escribió en esta época sus *Pastorales de la paciencia en los trabajos y amor a los enemigos*.

Regresó Palafox a su obispado, con gran júbilo de sus feligreses, y poco después llegaron cédulas reales dándole la razón y pidiéndole que concediera un plazo para que los jesuitas exhibiesen sus licencias. Llegó también un breve de Inocencio X, en el que fallaba a favor de Palafox.

Poco más tarde el rey agradeció por escrito sus servicios y le ordenó que regresase a España. Después de consagrar la catedral de la diócesis que tanto amó, zarpó Palafox para Europa.

En una audiencia concedida a Palafox en marzo de 1650 por Felipe IV, impresionó gratamente al monarca; pero la presión enemiga le hizo caer de la gracia del rey, cambiándosele su puesto en el Real Consejo, por otro en el de Aragón.

En febrero de 1654 fué nombrado obispo de Osma, desde donde escribió dos memoriales en defensa del estado ecle-



siástico, uno de los cuales debe mencionarse tanto por la forma respetuosa como irrevocable en que se opone a Felipe IV como por estar escrito por inspiración divina, cuando "sintió que le dijeron en su alma: No dejes de hacerlo".<sup>25</sup>

En Osma vivió Palafox los últimos años de su vida, consagrado a Dios, a su iglesia, a los pobres y a sus escritos. Cansado de tanto luchar, agobiado bajo el peso de sus grandes responsabilidades y decepcionado del mundo, puso su alma entera en Dios, de quien no podía recibir desengaño alguno. Los años habían aumentado su religiosidad y a pesar de lo dicho en su *Vida Interior* sobre su maldad, su vida fué mejor día con día, pasada en el más completo ascetismo, disciplinándose duramente y entregado a la oración y a la práctica de la virtud.

En tal forma sentía Palafox su alma unida a su Creador que dice como fué "creciendo de tal suerte el amor, que algunas veces, si no brotaran por los ojos los afectos interiores, le parece que reventaría el pecho; y hasta que salen las lágrimas, y con esto desahoga el corazón, padece el alma mucho en aquellos interiores movimientos".<sup>26</sup> Y no obstante que ya había sido favorecido por el divino amor "este que ahora padece, es más dado, y sobrenatural, porque sin considerar en cosa alguna, sino con un toque interior tierno, y fuerte del amor divino, siente ser tocada su alma, e inflamada, y de allí pasa el fuego al corazón, y luego se ata la lengua, que no puede hablar, y se le levanta el pecho; y hasta que sale el descanso por los ojos llorando, padece mucho: de suerte, que si durase, corría mucho peligro la vida".<sup>27</sup> Gracias a que Dios le da fuerzas puede resistir la alegría que experimenta al ver "su alma con vista interior, y espiritual, que está en los brazos de la gracia, del amor, y de la misericordia, y ella dando saltos interiores, y dulces de alegría, y de gozo sobre manera interior, y superior, sin estar en su mano el poderla sosegar".<sup>28</sup> Muchas son las gracias y favores que el Se-

---

<sup>25</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 191.

<sup>26</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 136.

<sup>27</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 136.

<sup>28</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 137.

ñor le dispensa en esta última etapa de su vida que pasa totalmente entregado a Dios y alejado del mundo, que por tantos años lo absorbió.

Dedicado en cuerpo y alma a servir a Dios, murió el 1 de octubre de 1659, Juan de Palafox y Mendoza, dejándonos una extensa e interesante obra producto de su inteligencia, saber, experiencia y amor a Dios. Obra que Palafox confiesa fué más debida a la inspiración divina que a su propia capacidad, pues "Dios le hizo merced, que el escribir fuese sin grande dificultad, ni tener que ocupar el tiempo en revolver libros, autoridades, ni autores; porque siempre escribía con una Imagen delante;... y raras veces tenía necesidad de meditar lo que escribía, sucediéndole en dos horas escribir, cinco y seis pliegos, con tanta velocidad que él mismo se admiraba de lo que hacía y no sabía de dónde se le ofrecía mucho de lo que a la pluma dictaba".<sup>29</sup>

Es tan amplia y variada la obra de Palafox, que no podré referirme en el presente trabajo a toda ella; me limitaré a hablar acerca de aquellos escritos que más directamente se refieran al tema que trato, haciendo hincapié, principalmente, en los compuestos por el Obispo de Puebla durante su permanencia en la Nueva España, ya que me parece que en estas obras percibimos la huella impresa bajo la influencia del medio ambiente.

Es el *Varón de Deseos*, obra escrita en México el año de 1641, una de las más completas y profundas de Juan de Palafox y Mendoza, en la que explica las vías purgativa, iluminativa y unitiva. Obra que adapta la del Padre Hermano Hugon, religioso jesuita, conforme al uso que pretende darle para que aquellos que la leyeren conozcan "la vanidad de esto temporal y caduco" y "la sustancia de aquello celestial y eterno".<sup>30</sup> Las ocupaciones y responsabilidades del Obispo Palafox, como sabemos, eran muchas y por mucho tiempo deseó escribir este libro sin que le fuera posible, hasta que lo hizo "quitando del descanso cuanto se diere al provecho re-

---

<sup>29</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 79.

<sup>30</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, *Varón de Deseos, Obras*, Madrid, 1762. T. VI, Introducción p. 3.

conociendo, que la primera, y mayor de nuestras obligaciones, es dar pasto espiritual a las almas de nuestro cargo, y exhortarlas a lo más agradable a su Criador".<sup>31</sup>

Con precisión y acierto escribe Palafox esta obra la más acabada y perfecta de sus tratados místicos. Vemos, a través de ella, su amplia cultura y sus múltiples conocimientos que sabe aprovechar en el momento oportuno. Es una obra que, si bien, basada sobre la de Hugon, no carece por ello de originalidad y belleza. Expresa sus ideas, valiéndose no sólo de la *Pía Desideria* de este autor, sino documentando su obra y ampliándola con continuas citas del *Cantar de los Cantares*, de San Juan de la Cruz, de San Pablo, de David, de Salomón, de Job, de Isaías, etc.

En forma simbólica, considera un alma con tres flechas en cuyos arpones hay tres diferentes afectos: dolor, deseo y amor, que son los característicos y propios de las tres vías a seguir para llegar a Dios: la purgativa, la iluminativa y la unitiva. Divide cada una de ellas en quince sentimientos. Considera Palafox que no porque se ha pasado ya una de estas sendas debe de dejarse en el olvido, sino que hay que tener siempre presentes las tres: "es necesario que esté siempre llorando como penitente, aunque le parezca que goza como enamorada, y que procure amar como enamorada, aunque esté llorando como penitente".<sup>32</sup> Aconseja a las almas "andar en fe, esto es, haciendo más caso del bien obrar, y ejercitar las virtudes, que todo lo que fuere sentimiento, y cosas sobrenaturales".<sup>33</sup> Obras, fe y amor es lo que considera fundamental, así como los místicos de la escuela ecléctica. Una noche tenebrosa, es la metáfora con que inicia Palafox la explicación de sus tres vías que se encuentran alumbradas por el Amor Divino, para que el alma pueda seguirlo a través de "densas tinieblas".<sup>34</sup> Principalmente lágrimas y dolor es lo que escuchamos en esta primera vía, sin que dejen de acompañarlo, "deseos y tal

---

<sup>31</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. Introducción, p. 3.

<sup>32</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 6.

<sup>33</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 7.

<sup>34</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 10.

vez sentimientos de amor",<sup>35</sup> aunque no tan perfectamente como en las dos vías siguientes. En la iluminativa, lo principal es el "desear amar a Dios" e "irse ejercitando el alma en las virtudes morales" y "comenzará con la gracia Divina a rayarle el amor".<sup>36</sup> Lo fundamental, es pues, los deseos y los sentimientos de amor y contricción.

En esta vía, en el sentimiento nueve, vemos al alma que tiene en sus brazos al Amor Divino, en forma de un niño muy pequeño y con alas, con ternura le dice palabras del *Cantar de los Cantares*: "O, si me concediesen, hermano mío, criado a los pechós de mi madre, que te halle fuera, y te abracé y no haya quien me desprecie".<sup>37</sup> Lo importante de esta figura es que a pesar de tener el alma al Amor Divino en sus brazos, "lo busca, y cuando lo goza lo desea, para darnos a entender, no solamente que quien desea a Dios, ya lo tiene, sino que almas que aman verdaderamente a Dios, nunca les parece que llegan a desear lo que siempre están deseando, ni a tener lo que siempre están teniendo, y que por mucho que tengan a Dios, necesitan cada día más y más de buscar a Dios".<sup>38</sup> La razón dice Palafox, por la que quiere a Dios no en figura de Criador sino de hermano, es "porque el sentimiento tierno de su amor, hace su igual al que reconoce superior para amarlo, servirlo, y regalarlo con menos embarazo, y con mayor llaneza".<sup>39</sup>

Son tantos los favores con que Dios beneficia al alma, que sin poder contener los sentimientos en el corazón, le saldrán muchas veces a los labios, prorrumpiendo en jaculatorias muy frecuentes; no sólo sin poner cuidado en decirlas, sino aunque lo ponga en callarlas. Es así como Palafox dice en su *Vida Interior* que había momentos en que él sin poderse reprimir entonaba "himnos, cánticos y alabanzas al Señor".<sup>40</sup>

---

<sup>35</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 10.

<sup>36</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 109.

<sup>37</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 159.

<sup>38</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 159.

<sup>39</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 159.

<sup>40</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, *Vida Interior*, Obras, T. I, p. 41.

En esta vía iluminativa, el alma no sólo halló a Dios "con la caridad, y le aseguró con la esperanza" sino que quiere obtenerlo "con la posesión" <sup>40b</sup> por lo que deseando entrar en la vía unitiva "da de mano a los gustos espirituales, y a los lícitos, y honestos temporales". <sup>41</sup> Y dice Palafox, así como San Juan de la Cruz, que el alma negándose se halla "en el estado que le conviene, para seguir al Señor, por el Monte de la perfección, que es la vía unitiva", <sup>42</sup> siguiendo la senda de la nada.

Valiéndose también de quince sentimientos, explicita Palafox esta última etapa de la vida de perfección. En ella encontramos lo mejor de toda esta obra ya que en forma bella y elocuente nos hace apreciar la fineza y grandiosidad de estas mercedes que al alma concede Dios. Vemos a los dos amantes en dulce coloquio, el alma "asentada con Él entre las flores, y ofreciendo una guirnalda a su cabeza, cuando ya el Amor Divino ha puesto en sus sienes otra, asidos de las manos, entre tanto, que con las otras dos recíprocamente se coronan... Y el alma, sin hallar fuerzas para contener dentro de su corazón un favor tan deseado, dice: Mi Amado para mí, y yo para mi Amado, hasta que amanezca el día, y descaezcan las sombras; que es decir: todo mi Amado es para mí, y toda yo para él, sin dejar cosa alguna, que no sea recíproca, y de entre ambos". <sup>43</sup> Es la entrega total que hace el alma, y que ve correspondida por su Amado. La grandeza y sutileza de esta experiencia es tanta, que Palafox enmudece: "en este estado, sabrá mejor sentir, que decir, y siendo muy elocuente el corazón, será muy balbuciente la lengua..." <sup>44</sup> Para que pueda haber una relación amorosa entre Dios y la criatura, es necesario que este amor venga de Dios hacia ella. Es así como Palafox, valiéndose de una ingeniosa metáfora, nos lo explica: "Porque como una vela enciende a otra enciende el Corazón de Cristo Señor Nuestro al de sus fieles y sin que pre-

---

<sup>40b</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, *Varón de Deseos*, Obras, T. VI, página 195.

<sup>41</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, *ob. cit.* p. 202.

<sup>42</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, *ob. cit.* p. 202.

<sup>43</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, *ob. cit.* p. 224.

<sup>44</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, *ob. cit.* p. 228.

ceda su luz no puede arder vela alguna". Y exclama "Siento que amais, Jesús mío, en que os amo, pues no os pudiera yo amar, si no me amarais".<sup>45</sup>

En el sentimiento quinto, el alma, profundamente enamorada, al escuchar las ardientes palabras del Amor Divino, se derrite de amor. Emplea Palafox otra bella metáfora, en la que "el alma, a la ribera de un mar tempestuoso, en pie, y mirando de cerca al Amor Divino, el cual al tiempo que habla, con la respiración despidе un fuego, que deshace al alma, como se suele al fuego deshacer la cera, destilando por los ojos, la cabeza y las manos lágrimas de amor".<sup>46</sup> De donde se desprende, dice Palafox "que Cristo nuestro bien todo es amor y que sus palabras son fuego"<sup>46b</sup> le producen tan grande amor, que se deshace en él sintiendo en el corazón un "ardor, que abraza más que el amor".<sup>47</sup> Y se pregunta "¿Qué llama es ésta que así abraza, qué voz es ésta que así llama?; ¿Qué pasión hace cenizas el corazón? Y después, implorando su presencia, le dice: "¡Oh fuego, que dulce abrasas! ¡Oh fuego, que amante ardes! ¡Oh fuego, que piadoso que atormentas! ¡Oh fuego, que cuando ardes enamoras!" ¡Ven fuego ardiente a abrasarnos! ¡Ven fuego eterno a consumirnos. . ."<sup>48</sup>

El alma después de disfrutar de todos estos privilegios, ante la ausencia de su Amado, siente tedio por lo temporal, y anhela más y más la muerte, para poder alcanzar en la vida eterna a su Esposo, y se lamenta diciendo "¡Ay de mí, lo que se me alarga este destierro! . . . ¿Cuándo se ha de acabar una jornada tan penosa y ha de llegar un fin bienaventurado? . . . Ven muerte, ven consuelo de la vida, ven vida eterna, ven, y acábase ya esta muerte. No es muerte aquel paso breve, y leve, en que la naturaleza va a gozar de vuestra gloria; muerte es Jesús mío, esta vida en que la muerte de la culpa acaba con la gracia, y con la vida. Vive, Señor el alma que os adora con morir el cuerpo; porque sale del riesgo del morir, a la seguri-

<sup>45</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 237.

<sup>46</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 241.

<sup>46b</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 241.

<sup>47</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 245.

<sup>48</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 245.

dad eterna del vivir. Nadie muere después de muerto a la gracia; sólo ese riesgo se halla en esta vida, con la peligrosa compañía de este miserable cuerpo".<sup>49</sup> Y así, durante tres sentimientos, se queja el alma del cuerpo que le impide el unirse con Dios y en su desesperación, exclama: "¿Cuándo llegará el día, que se rompa la dura cadena de esta prisión deleznable? ¿Cuándo el corazón enamorado verá, sin celos de perderle, a su Amado? ¿Cuándo os veré, Señor mío? ¿Cuándo ha de llegar este cuándo?"<sup>50</sup>

Aumenta a tal grado el amor de la criatura, por Dios, que nace en ella la resignación y el deseo, a pesar de anhelar la muerte, de vivir en el mundo padeciendo por Él.

Nos ofrece la metáfora del ciervo herido que va en busca de una fuente, en la que está el Amor Divino y, dice: "así como el ciervo busca, Señor, las fuentes de las aguas, a Vos os desea mi alma".<sup>51</sup>

Llega el alma tan cerca de Dios, cuando con la ligereza del ciervo, se acerca a Él, que no los divide ya más que una tela. Explica Palafox que lo que él quiere significar y lo dicho por San Juan de la Cruz en la primera canción del tercer grado de la *Llama de amor viva*, es igual ya que es lo mismo decir "rompe la tela de este dulce encuentro" que decir, "¿Cuándo vendré y pareceré en la presencia de Dios?" Exclamando poco después: "¿Cuándo de la ausencia de no veros, vendré a veros? No hay, Señor, con Vos ausencia de presencia, que en todas partes estáis; hay ausencia de vista, porque en esta vida no os vemos. ¿Cuándo de la presencia de sentirnos, llegaré a la presencia de miraros? ¿Cuándo aquello que ahora siento, será lo que veo? ¿Cuándo el deseo llegará a la posesión? Venid, venid Dios mío y Señor mío y corred la cortina de la vida con la mano de la muerte, y llamaré a la muerte, vida... Acabad de correr esta cortina y vea yo vuestra cara. Sáciese el deseo en el gozo, la esperanza en la posesión, y la ausencia en la presencia. Apagarase la sed de mi amor, en la vista

---

<sup>49</sup>.—J. de Palafox y Mendoza ob. cit. p. 263-4.

<sup>50</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 279.

<sup>51</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 295.

de vuestro divino rostro, saciarase mi deseo en su beatífica visión".<sup>52</sup>

Más adelante pide las alas de la paloma para poder llegar a Dios, y repentinamente escuchamos que dice "Huye amado mío", pero explica Palafox, que no hay que desconcertarse, ya que este decirle que se vaya, después de tanto buscarle, no son más que arduas del alma enamorada para poder obtenerlo con desdenes, ya que en otra forma no le ha sido posible; y es a la vez una prueba de su confianza, "porque como ella está sintiendo en su corazón, la llama de su fuego, y este no lo puede tener sin que el Señor esté también enamorado de ella; llega a asegurarse tanto, que le ha de llevar consigo a cualquier parte que fuere", que le dice "Huid, pero llevadme tras Vos".<sup>53</sup>

Y llega el último sentimiento en el que nos pinta la esfera del cielo abierta y en ella el Amor Divino que es Cristo Nuestro Señor, que mira al alma como si la aguardara, y el alma con los brazos abiertos y "ardiendo el corazón en el deseo de gozar ya lo que tan cerca mira."<sup>54</sup> Y dice "¡Que amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes! Arde en deseo de ellos mi alma, y se deshace en su consideración, contemplando en esta vida el gozo y la bienaventuranza de la eterna. Si sólo el considerarlo es amable, ¿cuál será el verlo? Y si sólo es contemplarlo, ¿cuál será el gozarlo? Y si así son las primeras piezas meditadas, ¿cuáles serán las más retiradas y poseídas?"<sup>55</sup> Pero, dice Palafox que es imposible expresar las experiencias pasadas aquí, ya que son, dice, "más fácil de juzgar, que de explicar... Los grandes santos se explican con el silencio. A los que han oído músicas del Cielo... les parecen las músicas más delicadas del mundo sumamente desapercibibles y de ningún contentamiento al espíritu",<sup>56</sup> y enamorado y anhelante exclama: "¡Qué amables son estas moradas eternas! Sólo el considerarlas deleita, ¿qué será Señor; el

<sup>52</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 300-303.

<sup>53</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 313-14.

<sup>54</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 321.

<sup>55</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 322.

<sup>56</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 323.



habitarlas? Sólo un rayo de vuestra luz enamora, ¿qué hará cuando se vean al Sol de vuestra Divina Cara?".<sup>57</sup>

El objeto del Obispo, al escribir esta obra, es el de que sus feligreses se impregnen del amor divino; desea que lo que ha escrito, quede fijo en su memoria, por lo que apreciamos, especialmente en las jaculatorias, cierta cadencia que facilitará que se graben las ideas y así, más fácilmente se adentren y las almas amen cada día más a Dios.

Escribió Palafox "su cuasi-novela *El pastor de Nochebuena*, un poco al gusto de Ramón Lull",<sup>58</sup> el año de 1643, siendo obispo de la ciudad de Puebla. Con "dulce estilo, admirable doctrina y armonía ingeniosa"<sup>59</sup> presenta esta obra fundamentalmente ascética; en la que, valiéndose de ingeniosas metáforas, explica en forma atractiva e interesante, los grandes males que ocasionan los vicios; el enorme atractivo de que se encuentran poseídos, ya que aparecen en su exterior hermosos e incitantes; pero, profundiza, quita el barniz que los cubre y nos presenta su aspecto auténtico, desagradable, repugnante. Mientras que por otra parte nos hace ver la belleza, el esplendor y las ventajas de las virtudes.

En forma ingeniosa está escrita esta obra devota y práctica, muy útil para aquellas personas que quieren adentrar en el camino de la perfección; de enorme interés literario por la forma fácil y amena con que está escrita, valiéndose de diversas figuras y símbolos. Palafox mismo expone las razones que tuvo para emplear esta forma literaria al escribir su obra, y aún se apoya en ciertas autoridades para hacer ver las ventajas que reporta el utilizarla: "Ese modo de hablar figurado y parabólico lo defiende con la pluma delgada y elocuente. San Agustín, señalando la utilidad que consigo trae",<sup>60</sup> y añade de más adelante: "Vístense los misterios de figuras, para que se esfuercen los ingenios a entenderlos, y estimen dificulta-

---

<sup>57</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, *ob. cit.* p. 323.

<sup>58</sup>.—A. Méndez Plancarte, *Poetas Novohispanos, Siglo II, T. 43, BEU, p. XLIV.*

<sup>59</sup>.—*Advertencia al Pastor de Nochebuena T. V. p. 479.*

<sup>60</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, *Obras, Pastor de Noche Buena, p. 486.*

toso lo que despreciaran fácil".<sup>61</sup> Conociendo bien la displicencia y dejadez con que vemos las obras religiosas, dice: "viendo, pues, el tedio con que la fragilidad de nuestra naturaleza recibe los tratados espirituales, y lo que conviene tener noticia individual de la definición de los vicios, y virtudes, para usar de estas y apartarse de aquellos, nos pareció escribir con tal modo este tratado, que la facilidad, y suavidad de la narración, e invención lleve entreténidamente al conocimiento y luz interior, que dentro de sí tiene, que es formar un dictamen claro y perfecto de estimar, seguir y abrazar lo bueno y de huir, desestimar y aborrecer lo malo e imperfecto. . ."<sup>62</sup>

Por estas palabras de Palafox, comprendemos que el obispo, interesado en sus feligreses, tenía verdaderos deseos de que todos ellos pudieran comprender aquello que él escribía en su beneficio; por lo que debido a su inteligencia y experiencia, comprendiendo al complejo conglomerado humano que le había tocado en suerte tener entre manos, se esfuerza por brindarles una obra que provoque en ellos el interés de leerla. Únicamente tenía tres años de residir en América, Juan de Palafox, pero su alma se había infiltrado del medio ambiente que lo rodeaba, conocía a los componentes de su diócesis, sabía que un gran número de ellos eran personas faltas de educación y cultura, comprendía al indígena interesado en su recién adquirida religión, pero incapacitado para comprenderla si le era presentada en forma complicada y profunda. Es por eso que escribió en esta forma. Es así como paulatinamente se va impregnando de nuestro medio ambiente, al tratar de beneficiar a los habitantes de América.

*El Pastor de Nochebuena* es simplemente la narración de los hechos ocurridos a un religioso y devoto pastor que, meditando en el misterio de la Nochebuena, en la contemplación y arrebató de su gran fervor quedó absorto e inmóvil. En esta actitud, imagina ser uno de los pastores que, llamado por los ángeles, va a ver en el Portal el misterio, dejando a sus ovejas en manos de la providencia.

---

<sup>61</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. Introducción, p. 486.

<sup>62</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. Introducción, p. 486.

Al pedir ayuda al cielo, el Ángel le dice que todos sus males radican en su ignorancia y falta de distinción de los vicios y virtudes. De lo que resultan dice "dos daños: el no amar con ansia lo que conviene, ni apartarse con aversión bastante de lo que daña";<sup>63</sup> por lo que lo lleva a la casa del Desengaño para que aprenda a distinguirlas. Para llegar a su destino sigue un camino áspero y desapacible. Es llevado a cada uno de los distintos aposentos, en los que va aprendiendo y conociendo al amor propio, los sentimientos, la sequedad, la unción, etc.

En esta forma, va Palafox enseñándonos inadvertidamente sus más profundas doctrinas para seguir el camino de perfección, y poder llegar a Dios.

Nos hace ver la inconveniencia del mucho hablar y orar, del que tampoco es partidaria Santa Teresa. En el aposento de los afectos vemos a una maestra que corrige a los suspiros y jaculatorias diciéndoles que callen. El pastor sorprendido pregunta, "¿por qué iba a la mano aquellos serafines pues decían alabanzas al Señor y aumentaban la caridad con oírles?" a lo que le responden "Pastor, aunque se aumenta la caridad del que oye, tal vez se entibia la caridad del que habla; y para que crezcan los sentimientos, es conveniente que anden mudos los afectos: Mi secreto es para mí. Es necesario que crezca la llama dentro, teniendo el horno cerrado; con esto se conservan y libran los sentimientos de una fiera, enemiga capital del espíritu que se llama Sequedad".<sup>64</sup> Después de explicar las regiones por donde pasa: "unos montes" que llaman Purgativos; otros de más claridad, "luces o iluminativos", llega a "una senda estrecha, limpia, y derecha, que parecía haberse hecho con el pincel más delgado", llamada senda de la Nada.<sup>65</sup> En la cima de este monte, llamado de la Unión, encuentra una hermosa plaza con bellos jardines.

En esta obra percibimos un leve recuerdo de *Blanquerna* la novela de Ramón Lull. Hay en ella belleza y originalidad

---

<sup>63</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 490.

<sup>64</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 531.

<sup>65</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 543.

y es una de las obras más artísticas de Palafox, ya que no encontramos en ella, la pesadez y rigidez propia de las obras didácticas; sino que, por lo contrario, es una obra que se lee con placidez ya que a cada paso surgen ingeniosas metáforas bellamente expuestas.

Escribe también en Puebla para los fieles, la *Necesidad de la oración Mental, para entender y cumplir la voluntad de Dios, y alcanzar la Perfección* y para los religiosos, *Ejercicios de Recogimiento Interior*.

Ya en Europa, escribe en el año de 1654, el *Año Espiritual*. Esta es una obra ascética en prosa rimada, dedicada a la reina Cristina de Suecia, en la que Palafox le da sanos y prácticos consejos para alcanzar la perfección.

Dividiendo su obra de cuatro en cuatro meses, explica el camino a seguir, exponiendo en cada una de estas etapas las vías purgativa, iluminativa y unitiva, sin poder evitar en ocasiones que, arrastrado por la vehemencia de sus sentimientos, se exalte y se dirija a Dios con gran amor y sincero anhelo de unirse con Él.

Las *Semanas Espirituales para frecuentar la presencia de Dios, y disponerse para recibirle y darle gracias*, es también una obra práctica y de gran sentimiento religioso, que muestra el mejor camino para llegar a Dios, insistiendo de preferencia en la mortificación.

En 1657 escribe la *Peregrinación de Philotea al Santo Templo y Monte de la Cruz*. Refiere Palafox, que intentó traducir la *Vía Regia Crucis* del Padre Benedicto Aesteno, más no encontrando facilidad, "resolví hacer otro a la vista de su imitación", "para beneficiar a las almas que estaban bajo su cuidado.

Sigue desarrollando Palafox, en esta obra, el tema que lo inquieta de la vida de perfección; pero aquí lo presenta en forma bella y grata y de gran interés literario ya que utiliza constantemente el diálogo.

Con el objeto de exhortarnos a que lloremos nuestras cul-

---

66.—J. de Palafox y Mendoza, *Obras, Peregrinación de Philotea al Sto. Monte y Templo de la Cruz*, Prólogo. T. VI. p. 334.

pas, escribe este tratado haciéndonos ver, "cinco propiedades admirables: la excelencia de la Cruz, su utilidad, su necesidad, su dificultad y con esa misma, su dulzura y suavidad". (66b)

En el prólogo dice que se ha valido de las obras de insig-nes autores, que con anterioridad a él han tratado este tema, tales como: Salomón, San Bernardo, San Buenaventura, Tomás de Kempis, Ludovico Glosio, Enrique Susón, Taulero, Fray Luis de Granada, etc.

Philotea emprende el camino de la Cruz y tiene que subir un áspero monte; Dios le muestra este camino y, a través de él, se le revela constantemente y entabla con ella interesantes y sugestivos diálogos. Después de innumerables penalidades, la obra finaliza con la crucifixión de Philotea por los ministros del Amor Divino, quienes la clavan de manos y pies a la cruz.

Aunque ya vistas en otras obras, las exclamaciones y sorpresas de Philotea se oyen en forma distinta: "¿Qué es esto, dijo mal herida, o bien herida, Philotea? ¿Qué fuego abrasa mi corazón? ¿Quién en él ha introducido el incendio que me abrasa? ¡Ay Jesús mío! ¿Dónde estáis, que así herís estando ausente? ¿Si desde lejos abrasáis de esta manera, que hariais si os acercaseis a mí? . . . Y que cierto es, Bien de mi Alma, que me amáis, pues siento en mi corazón que os amo yo a Vos, mi Dios, pues no os amara, si primero no me amarais Vos a mí. ¡Qué baratas y ligeras son las penas, dulce bien, si las premiais con el gusto y deleite de este amor! . . ." 67

Escuchamos la respuesta de Philotea al preguntarle su Amado el por qué de su queja: "¿Qué quejas son estas, preguntáis, dulce Bien mío? ¿Qué quejas han de ser, sino los efectos amorosos que me aflijen y me aquejan? ¿Qué quejas, sino suspiros de las heridas que siente mi amoroso corazón, llagado por vuestro amor? ¿Qué quejas sino llamas ardientes, que arroja mi alma, no pudiendo tolerar el incendio que la abra-

---

66b.—. de Palafox y Mendoza, Ob. cit. p. 335.

67.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 495-496.

sa? Matáis las almas de amor, y ¿queréis que no se quejen? ¿Atormentáis corazones y prohibís los suspiros?"<sup>68</sup>

Dolida de la actitud de su Amado le pregunta: "¿Adónde, Señor, os fuisteis y me dejasteis? ¿Por qué dejáis a quien os ama y adora cuando es tal vuestra piedad que buscáis a quien os hiere y ofende? ¿Buscoos yo y dejaisme Vos? Dejáis heridas las almas y luego os escondéis de ellas. ¿Arrojáis al fuego a los corazones y os ocultáis fugitivo, como si fuera delito?"<sup>69</sup>

Es este el característico jugueteo amoroso, propio de los amores humanos y divinos, Él la solicita, ella se resiste; se entrega ella rendida y enamorada, y Él se oculta.

Extrañada ante la naturaleza de la llama que la consume, Philotea exclama: "¡Ay gloria mía! ¡Ay luz eterna! ¡Ay fuego que luces, ardes y alumbras y abrasas y no consumes y dulcemente atormentas! ¡Ay fuego que me flechas con tus rayos y centellas, y te unes con la herida! No parece que sois la flecha, ni el flechador sino la herida, dulce Jesús de mi alma. ¡Así se junta la herida con la saeta, la saeta con la mano que causa la dulce herida! ¡Ay herida! ¡Ay llaga que matas cuando das vida! ¡Ay vida, que cuando das vida matas! Jesús mío, ¿qué veneno introducís con el amor en las almas, cuando así las herís y flecháis?"<sup>70</sup>

Ante lo incomprendible de este amor, Philotea se pregunta extrañada: "¿Qué amor es éste que está lleno de dolor? ¿Qué dolor es éste que regala cuando está hiriendo de amor? ¡Oh amor de mi Esposo soberano y celestial! No sé si se llame amor o dolor. No eres dolor, porque regalas, deleitas y recreas y enamoras. No eres amor, pues me hieres y me atormentas y matas. Eres amor, pues que enamoras y alegras. Eres dolor, pues me afliges y maltratas. Pero, ¡ay Señor! ¿qué deliquios o delirios son estos del corazón que os adora? ¿Qué efectos son estos de vuestra ausencia que solicitan llorando, pidiendo y amando vuestra presencia? ¿Por qué os fuisteis, Je-

<sup>68</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 503.

<sup>69</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 507.

<sup>70</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 507.

sús mío? ¿Es acaso que yo ingrata y dura y ciega os de-  
jé?...”<sup>71</sup>

Palafox, con su elegancia característica, expone sus propias ideas en esta obra; su alma enamorada habla por boca de Philotea, de sus deseos, anhelos y suspiros, vertiendo en el papel en hermosos conceptos los sentimientos que pugnan por escapar de su corazón, dándonos así, una obra plena de amor y de un marcado sabor místico.

Un gran poeta lírico fué también Don Juan de Palafox y Mendoza e injustamente se le ha tenido en el olvido a pesar de su obra poética, la cual, casi tan extensa y variada como su prosa, es un verdadero modelo de elegancia, de estilo y de belleza. Diversas son las formas que utiliza y en las que vierte todo su sentimiento: poesías místicas y religiosas es lo que escribe de preferencia, y en ellas escuchamos su alma vibrar apasionada y amante.

De entre todas ellas la más interesante, a mi juicio por el tema que trato, es *Los Grados de Amor Divino*, obra de gran valor, “culminación de su lírica y su mística”.<sup>72</sup> Y en la que “parece que el Amor guiaba su pluma”.<sup>73</sup> En ella vemos sabiamente condensados todos los pensamientos, sentimientos e ideas de este prolífico escritor, en forma bella y adecuada. Explica los grados que se requieren para llegar a Dios valiéndose de los diez grados en que divide Santo Tomás su *Tratado del Amor de Dios*. Refiere pormenorizadamente estas etapas por las que pasa el alma humana para la dicha suprema en esta vida: la unión con Dios; en prosa primero y después en verso. Muy superior es aquí, su poesía a su prosa. En ella parece encontrar el más apropiado elemento para expresarse. En la prosa, valiéndose de otras obras como casi todos los místicos, ya que no pueden evitarlo debido a la inefabilidad del tema, comenta los pasos que hay que dar y seguir para alcanzar la perfección. Posteriormente escribe en verso, su-

---

<sup>71</sup>.—J. de Palafox y Mendoza, ob. cit. p. 508.

<sup>72</sup>.—A. Méndez Plancarte. *Introducción Poetas Novohispanos*, p. XLV.

<sup>73</sup>.—Fr. José de Palafox, *Advertencia a las Poesías Espirituales en Obras*. T. VII, 1762, p. 400.

perándose, narrando con singular belleza y gran conocimiento estas altísimas experiencias; escuchamos remembranzas del *Cantar de los Cantares*, el cual por momentos parafrasea bellamente; nos parece en ocasiones oír a San Juan, y vemos repetidas las ideas que ha expuesto Palafox, en otras obras. Apreciamos también su amplio conocimiento de materias literarias en su limpidez y acierto al emplear tan variadas formas de poesía en estos diez grados: Inicia la obra valiéndose de unas décimas; el segundo grado lo describe empleando tercetos; son líras las que utiliza en el tercero; en un soneto, en el que usa en forma predominante el sustantivo, relata el cuarto; unas redondillas y un romance en los dos grados subsiguientes; en el séptimo se vale de una rima encadenada; y en el octavo de unas quintillas, finalizando en los últimos grados con sendas canciones.

En el primer grado entra

*el alma enferma y doliente,*

y el dolor que experimenta es tan fuerte

*que pierde el gusto con él,  
y confiesa que era hiel,  
lo que antes más le agradaba*

El alma, se da cuenta del poco valor de las cosas del mundo, ya no encuentra agradable lo que antes le gustaba:

*siente tan mortal disgusto,  
que nada le da ya gusto:  
todo lo que ve aborrece,  
y una grande sed padece  
por beber más de lo justo*

Se lamenta y no se explica como pudo estar tan confundida:

*¡Que las tinieblas, que encierra  
estimase por hermosas!  
¡Y a las sombras tenebrosas*



*llamase luz de mis ojos!  
¡y que unos duros abrojos  
los abrazase por rosas!*

Pero percatándose de su error, aunque con flaqueza, sigue

*...buscando por fe,  
el que es su bien verdadero.*

En el segundo grado el único anhelo del alma es buscar a Dios, a *Aquel que tanto la buscaba*, al que la ha alejado de la vanidad del mundo, de las pasiones que la tenían apresada, al que *alegre busca, agradecida alaba* y en el *Templo del amor le ofreció el voto*. Empieza a ver la luz, *que negra nube le cubría*, y gusta tanto de ella *que el corazón enciende, y enamora*; camina hacia la luz y

*...humilde se retira,  
que está de su flaqueza mal segura.*

Aspira a alcanzarla por lo que hace *mil propósitos*, pero aún *las fuerzas le flaquean*. Pero está decidida a buscarla, y recordando al *Cantar* dice:

*Levantareme, dice, con cuidado,  
y buscaré (pues tan ingrata he sido)  
por las calles, y plazas a mi amado.*

Recuerda con amargura que Él la buscó; pero, ella no respondió a pesar de que tierno y cariñoso la intimaba:

*Abreme, hermana, espera dulce amiga,  
mira que te convences por ingrata,  
si el rigor de la noche no te obliga.*

*¡Qué ciega sin razón tu razón ata;  
pues que tu corazón un tiempo mío,  
y ya olvidado con desdén me trata!*

*Mira que está mojado del rocío  
el oro, que corona mi cabeza,  
y me lo deja helado el cierzo frío.*

y por el contrario, en lugar de acudir solícita,

*...yo respondiase en mi dureza,  
heme acostado ya, y estoy desnuda!  
¿cómo podré vestirme? ¡Oh, gran pereza!*

e insiste,

*Necesitada deseché su ayuda,  
cuando llamaba. le cerré la puerta,  
y para responder he sido muda.*

Arrepentida, confía en su Bondad:

*pues ya que le busco cuidadosa,  
no dejará de entrar si la ve abierta.*

Vemos que en este grado se ha iniciado ese eterno juego que hay en la primera etapa del enamoramiento, ella se resiste, desprecia e ignora, pero el Amor se va adentrando en su corazón y más tarde:

*Solícita anda, y busca diligente,  
y llama, y sigue a su querido Esposo,  
con tiernas voces, con afecto ardiente.*

Desea ser su esclava, aunque

*Ya con injurias locas la ejerciten,  
ya con golpes, y heridas la maltraten,  
ya la desnuden, y el vestido quiten.*

*Que solo estima ya el ver que la traten,  
(esclava del amor) como merece,  
y que cautiva, nunca la rescaten.*

*Consiste aquí su fin, en que reciba  
esta prisión, y lazos amorosos,  
y la obligación, que amando siempre viva.*

En el siguiente grado vemos que el alma está dispuesta a probar su amor por medio de las obras, no sólo de la palabra:

*No puede estar parada  
esta llama de amor, sin que provoque  
el alma enamorada,  
que es el trabajo del amor el toque,  
la piedra en que se prueba,  
para ver su quilate adonde llega.*

*Aquí se crucifica,  
se niega, olvida, enclava, menosprecia,  
aquí se mortifica,  
se humilla, se deshace, se desprecia:  
y con la Cruz al hombro,  
da luz al mundo, y al Infierno asombro.*

*Ya rigurosa priva  
su cuerpo de sustento, porque pruebe  
el que viene de arriba,  
dulce Maná, que en desierto llueve. . .*

Hábla de los duros trabajos que hay que pasar, los cilicios, las penitencias:

*a sus pasiones locas freno aplica,  
y entre duras cadenas  
quiere borrar sus culpas con sus penas.*

y para finalizar

*Pasada la tormenta  
yo llegaré a mi Patria deseada,  
y sacaré contenta  
las ricas joyas de que irá cargada  
mi rota navecilla,  
y para siempre la ataré a la orilla.*

Pero hay en este grado un terrible peligro, que es el creer que se es ya muy virtuoso, y tomar gusto a las cosas espirituales, por lo que hay que cuidarse de

*Un estar satisfecha,  
y de sus penitencias agradarse  
un no tener sospecha,  
ni de sus propias obras recelarse;  
es una trampa oculta,  
donde cayendo el alma se sepulta.  
Pero si el amor la abrasa,  
y de sus obras no se satisface,  
segura humilde pasa...*

En el cuarto grado es en donde se padecen los más terribles sufrimientos, "este es el crisól y el fuego donde sube de quilate el fuego del Amor divino", los trabajos y penitencias son inenarrables, pero al llegar al puerto

*siente de amor la llama más gozosa.*

En el quinto, después de las dificultades y trabajos del grado anterior

*sale en esto hermoso el Sol.*

Vemos que después de padecer merece el alma gozar de ciertos privilegios divinos. La nota mística empieza a percibirse claramente en estas redondillas, en las que vemos el deseo de posesión, el gozo enorme de poseer, y la impaciencia característica de todo enamorado de alcanzar cada vez más, la no conformidad con lo que se alcanza sino pedir siempre, desear un poco más:

*Parécele que no vive  
sino que impaciente muere  
pues no goza como quiere  
las mercedes que recibe.*

Su deseo es insaciable, tiene una sed tremenda, pero,

*Tiene mayor sed bebiendo  
y está impaciente adorando:  
con mayor deseo, esperando  
y con más hambre, muriendo.*

Pierde la paciencia, y volvemos a notar el juego característico, las alternativas propias de los enamorados en las que se ofrecen rendidos y amantes y más tarde se esconden:

*¿Por qué, pues que ya me respondes  
a mis voces no te paras?  
Y ¿por qué me desamparas,  
y si te paras te escondes?*

*¿Por qué si admites mis quejas  
huyes de mis brazos luego  
y cuando a los tuyos llego,  
te vas y sola me dejas?*

Le reclama el que antes le dijera:

*Abre la boca, que quiero  
henchirla de gracias mías.*

*Y ahora que en tus visitas  
de sed impaciente rabio,  
apenas la llego al labio  
cuando la taza me quitas.*

Dice desesperada:

*¿Cuándo la pena que siento  
trocará en gozo el Amor,  
y tendrá fin el dolor  
de este mi dulce tormento?*

*Y hasta llegar a su Amado  
cuanto más goza más pide  
que su gozo entero impide  
la paciencia en este grado.*

Es un romance el que nos ofrece para explicitar el sexto grado, en él el alma, que corre hacia Dios, vuelva hacia Él despojada de todo lo creado. Como fuente donde encontrará lo que anhela, lo describe:

*A la fuente eterna, Dios,  
que mana eternos regalos,*

*sedienta el Alma y ligera  
corre con afectos santos*

Ha sido llamada por su Amado, tocada por su amor:

*Herida con las saetas,  
del Amor, en este grado,  
alas hace de sus plumas  
y va corriendo y volando.*

Pasa sin detenerse en los bienes ni en nada que le estorbe el llegar a su Amado, y

*Por todas las hermosuras  
corre buscando a su amado  
y pinta de todas ellas  
de su hermosura un retrato.*

Y así nos describe todas las grandezas de la naturaleza y exclama hablando de su Creador:

*Es causa de todo ser,  
y es el ser de lo causado,  
Dios, es Dios, esto me basta,  
ni le comprendo, ni alcanzo.*

No lo comprende, pero sí lo quiere gustar:

*Sólo le deseo gustar,  
porque llegando a gustarlo,  
vence al saber el sabor,  
y al entendimiento el tacto.*

y al vislumbrar la Fuente entra al siguiente grado

*pidiendo el agua a sus labios.*

Nos ofrece Palafox en seguida el séptimo grado, en él vemos el atrevimiento propio del alma enamorada, impulsada por el sentimiento de amor:

*Porque es tan fuerte el ímpetu que lleva,  
que hace el amor, que al mismo Dios se atreva.*

Vemos también la confianza que hay entre dos enamorados, a los que el amor ha hecho iguales:

*Tan alto ser, a tanto bien levanta,  
que nada espanta al alma enamorada*

y

*pierde de vista lo que al suelo debe,  
amor es, dice y con amor se atreve.*

Su identificación es tan plena y absoluta que olvida que es Dios con quien trata:

*Siempre el amor, cuando es favorecido,  
es atrevido al bien; que como alcanza  
una esperanza tan segura, y cierta,  
cierra la puerta a los temores vanos  
y quedan llanos todos sus recelos.  
Ligeros vuelos da con prestas alas,  
y por las salas llega hasta el retrete,  
donde se mete del amor rendida,  
tan atrevida a Dios, que en él reside,  
que cuando pide el bien, que la arrebató,  
parece que se olvida con quien trata.*

Es tan grande el amor experimentado, que Dios hasta Él eleva al alma:

*Deja el amor, rendida la grandeza,  
y a la bajeza del linaje humano  
al Soberano inclina. . .*

y

*Olvida cuando llega a su presencia,  
de reverencia los corteses puntos:  
que nunca juntos entre dos queridos,  
Amor y Majestad están unidos.*

Escuchamos la invitación que le hace el Amado a gozar, después de las penalidades que pasó para llegar a Él:

*Ven, la dice, querida amiga mía,  
que el claro día de mi sol dorado  
ha serenado trás la lluvia el cielo  
pasóse el hielo del Invierno triste*

Y es tal su alegría al escuchar la voz de su Esposo que la llama, que:

*Apenas de su Bien oye las voces,  
cuando veloces pies amor le ofrece,*

Y con entusiasmo y ternura relata los goces que experimentará:

*pues que pretende que en los dulces lazos  
de sus abrazos, goce venturosa,  
siendo su Esposa, bien tan deseado:  
el más amado que mi propia vida,  
que me convida, y a su amor provoca,  
deme en la boca, que a la suya admite,  
pues que permite amor estos excesos,  
con la divina suya dulces besos.*

Y habla ampliamente de los bienes y delicias de su Amado, emplea para todas estas explicaciones el lenguaje sensual y humano que tradicionalmente han empleado los místicos para expresar su amor, ya que es imposible en otra forma hacer comprender, a aquellos que no han disfrutado de estas altas experiencias, lo que ahí sucede:

*Mejores son tus pechos, casto Esposó,  
que el oloroso vino que conforta,  
donde reporta amor a mi deseo;  
olor sabéo, y fenicio aroma,  
cual rica poma tienen encerrado.*

Y más adelante el alma es la que pide e invita al Amado a venir con ella:



*Antes que el valle, que de varias flores  
con los colores, nuestra vista alegre,  
la sombra negra de la noche llegue,  
y antes que ciegue su hermosura el prado;  
vamos, Amado, al campo, madrugemos,  
y allá veremos si la viña hermosa,  
que tan costosamente has adquirido,  
ha producido flores en sarmientos.*

Y en entrega total exclama:

*¡Oh verdadero Esposo, Amado mío,  
lo que confío de tu amor mostrarte;  
allí he de darte con abrazo estrecho  
el dulce fruto de mi casto pecho!*

Y explica la razón de esta entrega:

*Así se atreve amor, así arrebatada  
pues cuando trata el amor a su querido,  
con un olvido de temor y pena,  
tanto enajena y tanto la asegura  
de su ventura cierta, pues que toca  
la hermosa boca donde se enternece,  
que el pecho ofrece, a quien el ser le ha dado,  
y en otro grado ya los dos queridos  
están unidos: pero yo quisiera  
que esto escribiera aquel que lo recibe,  
que cuando no se goza, mal se escribe.*

Estas últimas palabras parecen ser producto de la humildad del escritor que no quiere que se conozcan sus más íntimas experiencias.

Inicia Palafox, las quintillas del octavo grado con el titubeo característico de todos los místicos. Intenta narrar las excelencias del *matrimonio espiritual*, declarando su imposibilidad de relatar esta experiencia sin ayuda divina:

*De este grado en que me veo,  
cantar será intento vano,*

*sino le da el soberano  
amor, vos a mi deseo,  
y nuevo plectro a mi mano.*

Insiste, una vez más, en que escribe por fe al relatar este "abrazo indisoluble" del alma con Dios. Y desenvuelve, aquí, el texto de los Cantares con gran maestría y audacia.

Nos refiere que

*como ciega mariposa,  
se arroja dentro del fuego*

y

*...la llama enamorada,  
porque su fuego posea,  
con sus lenguas la rodea,  
abrazada, y es abrazada,  
y goza lo que desea.*

Habla de las mercedes que recibe y explica como sólo aquellos que han gozado de ellas pueden comprenderlas:

*Que en este grado le da  
el escondido maná  
con cuyo sustento vive:  
que sólo el que lo recibe,  
sabe el bién que en él está.*

Esboza, en los siguientes versos, la unión con que su Dueño la favorece, y como

*...cuando se pega, y toca  
la liga con que el Amor  
le hace tan gran favor,  
puede su amorosa boca  
coger del ramo la flor;  
y allí con dulces abrazos,  
en los amorosos lazos  
del Amor que ha deseado,  
puede gozar de su Amado  
haciendo las alas brazos.*

Y confiada queda

*sobre el pecho reclinada  
de su amoroso querido.*

Experimenta tal dicha que

*El regalo que aquí siente,  
para que volar no intente  
le ata las alas dichosas,  
y entre las ramas hermosas  
se desmaya dulcemente.*

Enamorada y amante

*.....le abraza,  
le besa y llama su Esposo.*

Estando estrechamente unida con su Amado

*le pide ya confiada  
los regalos escondidos.*

Éste se los da llevándola

*Hasta la bodega llena  
de licores olorosos,  
baja con pies amorosos,  
y la fuerza la enajena  
de aquellos vinos preciosos.*

Sin olvidar en esta embriaguez amorosa

*la Caridad cuando bebe.*

He aquí lo fundamental de nuestros místicos: no olvidan jamás el valor de las obras; ni siquiera en el momento culminante de su experiencia, en su éxtasis amoroso, en la consumación plena, dejan de tener presente que para llegar a Dios se necesita de la caridad.

Describe admirablemente Palafox, el éxtasis que experimenta en esta situación, aunque a la vez percibimos la insuficiencia del pensamiento y de los vocablos humanos para comprender y narrar la inefabilidad de esta experiencia. Es por

esta razón que busca anhelante de expresarla, entre los diversos estilos literarios, y se vale de los contrastes haciéndonos entrever la sutileza y grandeza de ella.

*El sentido pierde aquí  
con el dulce frenesí  
con que la mete en su centro:  
y cuando más la entra dentro,  
mejor la saca de sí.*

*Aquí dormida velando,  
cuando el Autor de su vida  
está con su sueño unida,  
sólo sabe estar gozando  
y estar despierta y dormida.*

Y termina, por conformarse con decir que

*... aunque no sabe  
cómo es tan dulce y suave:  
sólo conoce que gusta  
un gusto que a todo sabe.*

Si algo faltara para confirmar que estos escritos son producto de las experiencias personales de Palafox, y resultado de su acendrado amor, veamos lo que, tal vez inadvertidamente, dice en la última quintilla de su octavo grado:

*Y para que yo presuma  
escribir en breve suma  
lo que en otro grado pasa,  
el fuego con que se abrasa  
me enciende el pecho y la pluma.*

Para referirnos el noveno grado se vale de una canción en un intento de hacernos comprender sus delicias:

*Como el vivo Profeta, arrebatado  
hasta el Cielo, en carroza hecha de fuego:  
el alma sube en estas llamas de oro,  
hasta llegar al centro deseado,  
Región de su quietud y de sosiego,*

*donde tendrá seguro su decoro,  
y en el supremo Coro,  
donde el Querub ardiente está encendido  
batiendo siempre las doradas alas  
por cristalinas salas,  
allegándose al bien que ha pretendido,  
su fuego goza con afecto ardiente,  
sin temor que se apague eternamente.*

Finalizan estos diez grados con otra canción en la que narra las últimas excelencias que alcanza el alma en esta vida:

*En exceso amoroso  
goza los soberanos  
regalos del amor, a quien adora:  
que es el fruto copioso,  
que en los campos humanos  
coge de gozo quien sembrando llora,  
y el bien que la enamora  
en esta unión divina.  
una viva figura  
saca de su hermosura:  
tan liberal aquí, que el amor se inclina,  
que quiere que lo goce,  
y en el bien se transforme que conoce.*

Esta transformación que sufre el alma, es consecuencia de los enormes bienes que obtiene en esta comunión y de los reflejos que en ella quedan de la presencia y unión experimentadas. Pero al transformarse por amor no pierde su esencia y atributos:

*Como en la frágil Nema,  
sobre la cera blanda  
impresa, deja el sello su figura:  
a la Deidad Suprema,  
en lo que quiere, o manda,  
unida se transforma, o transfigura:*

*la Bondad, y Hermosura  
la deja tan vistosa  
con la virtud que aplica,  
cuando se comunica,  
que queda toda buena, y toda hermosa  
con un ser inmutable,  
estrella ya de un firmamento estable.*

Otra poesía de gran interés y belleza es la de *Las Liras de la Transformación del Alma en Dios*. Desde el primer verso recordamos a San Juan de la Cruz en su *Noche oscura*. Hay resonancias de la obra de este autor en toda la de Palafox, pero principalísimamente en estas liras. Así el alma,

*...cuando la conquista  
del reino de sí misma es acabada,  
se sale, sin ser vista  
de nadie, ni notada,  
a buscar a su Dios de Él inflamada.*

Y escuchamos, la idea que tanto ha repetido Palafox en su obra: el deseo de obtener cada vez más.

*Aunque busca al Amado,  
con la fuerza de Amor toda encendida.  
en sí le tiene hallado,  
pues está entretenida  
en gozar de su Bien, con Él unida.*

Y nos hace ver que lo fundamental para que se verifique esta unión es el Amor:

*El Amor la encamina  
metida entre tiniebla tan oscura,  
y sin otra doctrina  
camina muy segura  
a donde Dios le muestra su hermosura.*

Y así se dirige hacia Él:

*...yendo sin camino,  
sin que haya entendimiento, ni memoria.*

Y se verifica la unión perfecta:

*¡Oh noche cristalinal  
que juntaste con esa luz hermosa  
en una unión divina  
al Esposo, y la Esposa,  
haciendo a ambos una misma cosa.*

Belleza de expresión, y matiz perfecto de conceptos, si bien imitados del Cantar o de San Juan, admirablemente bien logrados. Y en esta unión el alma se transforma:

*Como es tan poderosa  
la fuerza de aquel bien con que está unida  
y ésta tan poca cosa  
con darse por vencida,  
pierde su ser y en Él es convertida.*

Parece ser que Palafox ha caído en el panteísmo, pero no es así, ya que enseguida exclama:

*Y no porque ser pueda,  
que pierde de su esencia la criatura;  
más como tanto exceda  
en Dios el alma pura,  
todo en Él se transforma y transfigura.*

## VII

### SEBASTIANA JOSEFA DE LA TRINIDAD

Casi desconocida es la personalidad de Sor Sebastiana Josefa de la Trinidad, cumpliéndose así, por más de dos siglos, su deseo de permanecer alejada del mundo y de pasar ignorada de sus moradores. Ciertamente su vida no es de las que interesan a la generalidad, ya que no fué en el mundo en donde tuvo interés su existencia; su figura interesaría seguramente a un psicólogo, a un sacerdote o a aquellas personas interesadas en el ser interno del individuo y en la expresión de su sentimiento. El interés que despertó en mí se debe a sus experiencias, en ocasiones extraordinarias; su sensibilidad, sus reacciones, su vida alejada de lo temporal y en contacto continuo y directo con lo sobrenatural; su pensamiento distraído y distante; sus escritos no inquietantes ni llenos de un interés sobresaltado, sino simple expresión de su pensamiento y sentimientos, expuestos en forma llana dejándonos apreciar, aunque en ocasiones veladamente, la grandeza de su espíritu.

Su actitud ante la vida fué siempre extraña, ya que desde niña, a diferencia de otras criaturas, gustaba siempre de estar sola, ocupada en distintas labores o leyendo algún libro piadoso. No le agradaba la compañía de sus padres o hermanos, dando lugar a que "la discurrián flojedad de ánimo".<sup>1</sup> Siempre fué sumamente corta y vergonzosa, lo que dió lugar a muchas dificultades más tarde. No gustaba de ver las procesiones ni máscaras, tan propias de la época, que pasaban por su casa, ni nunca se asomaba a las ventanas por lo

---

<sup>1</sup>.—Fr. Joseph Eugenio Valdés, *Vida admirable y Penitente de la V. M. Sor Josepha de la Ss. Trinidad*. México, 1765. p. 18.



que pidió a sus padres que las clavasen ya que las consideraba 'inútiles. No salía de su casa sino para ir a la iglesia.

A la edad de doce años, después de escuchar en el templo de San Agustín un sermón que predicaba el R. Padre Antonio Margil de Jesús, pidió a su madre que la llevase a hablar con él. Después de esta plática, y una vez que se llevaron a cabo los trámites necesarios, entró Sebastiana al Recogimiento de Bethlen, en donde sólo podían entrar "las niñas pobres, honestas y de sangre limpia pues la que no es española no tiene entrada en esta casa".<sup>2</sup> Debido a que Sebastiana nació en la ciudad de México, el 19 de enero de 1709, que fueron sus padres Francisco Maya y Ana María Marín de Samaniego, "originarios ambos de México, en donde es bien notoria la limpieza de su sangre y lo conocido de sus familias por lo Maya y lo Marín",<sup>3</sup> no hubo dificultad para que la admitieran en dicho Recogimiento.

Parece ser que inmediatamente encontró aquí su centro, pues gustaba tanto de él, que se lamentaba diciendo: "que no me dejaban tener gusto con visitarme, que a poco tiempo de entrada ya no me gustaban las gentes".<sup>4</sup> Su carácter vergonzoso empezó a mortificarla, pues a pesar de que "los deseos de servir a Dios eran bastantes, pero no ejecutados por los miedos y poco ánimo de que conocieran en mi mudanza y por el natural sumamente vergonzoso y de mucho punto muy medida toda en temores y con la mucha cortedad me embarazaba mucho".<sup>5</sup> No podía comunicar al sacerdote sus acciones y mucho menos sus sentimientos pues no podía expresarse. Después de mucho tiempo, su confesor, Don Blas de Arteaga, logró vencer su timidez y entablar con ella largas conversaciones que ayudaban grandemente a su espíritu. Tenía deseos de hacer penitencia, en un afán indomable de alcanzar la perfección, maltratando su cuerpo al que tenía un "odio santo".<sup>6</sup>

---

<sup>2</sup>.—Fr. Joseph E Valdés, *Vida* p. 24.

<sup>3</sup>.—Fr. Joseph E Valdés, *Vida* p. 4.

<sup>4</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas en las cuales manifiesta a su confesor las cosas interiores y exteriores de su vida*. Carta 7 p. 55. (1760).

<sup>5</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*. C. 7 p. 55.

<sup>6</sup>.—Fr. Joseph Eugenio Valdés, *Vida* p. 119.

Autorizada por su confesor, se disciplinaba diariamente por espacio de una hora, usaba cilicios en todo el cuerpo y ayunaba a pan y agua. Aumentaba el rigor de estas penitencias durante la Cuaresma.

Conmueve el leer, el desprecio que sentía Sebastiana por su cuerpo, y las aflicciones a que lo sometía: "Y mortificando el cuerpo perezoso que para el trabajo se resiste, como es mi enemigo así lo aborrezco, y me alegro cuando está afligido con dolores y busca tener alivio y no se le logra ni un rato de sueño con descanso porque no está acostado".<sup>7</sup>

Menciona Sebastiana que el Demonio luchaba tenazmente procurando distraerla de estas penitencias, diciéndole que las hacía por afán de ostentación y que por soberbia deseaba ser santa.

De los primeros casos notables en su vida y uno de los más crueles golpes que padeció esta monja, fue el conocimiento que tuvo de la próxima muerte de su confesor. Comprendía éste, tan bien a Sebastiana, que ella lamentó profundamente que muriese, pues se encontró nuevamente perdida y sin saber a quién acudir. Pasó tremendas inquietudes, y llegó hasta verse sujeta a murmuraciones por comulgar sin tener confesor. Acudió a varios sacerdotes y ninguno la satisfizo, teniendo serias dificultades con algunos, hasta que encontró después de mucho, uno que le "asentó que sabía bien de cosas espirituales".<sup>8</sup>

En este recogimiento de Bethlen hizo "votos de obediencia, pobreza y castidad, y de no comer dulce ni fruta"; (<sup>8</sup>b) anticipándose a los votos que esperaba y deseaba hacer cuando profesara. Durante los años que pasó aquí, sufrió con paciencia admirable las dificultades que tuvo con las demás compañeras, con admiración de ellas mismas, quienes le decían "que por qué era tan boba, que aguantaba tanto sin responder", <sup>8</sup>c como escribe con desenfado Sebastiana.

---

<sup>7</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*. C. 38, p. 232.

<sup>8</sup>.—Fr. Joseph Eugenio Valdés, *Vida*. p. 57.

<sup>8</sup>b.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad. C. 22 p. 110.

<sup>8</sup>c.—Fr. Joseph E. Valdés, *Vida*, p. 79.

Desde que ingresó a Bethlen se dedicó con empeño y cariño al oficio de enfermera. El amor y dedicación con que veía a las enfermas y a sus compañeras, la vida de penitencia que llevaba, la carnicería que hacía de su cuerpo en el afán de alcanzar algún mérito, lo compaginaba Sebastiana admirablemente con la vida de oración que hacía. El coro era su lugar predilecto. En él, después de las labores y penitencias diarias, oraba, se ponía en comunicación con Dios, leía libros religiosos y, en la última etapa de su vida, escribía su vida exterior e interior por orden de su confesor.

Para ella, que en todo estaba sujeta a la voluntad de Dios, "la oración era continua, en ella hallaba mi consuelo, mi descanso, mi enseñanza, mi luz, allí me sentía toda mudada, fortalecida, allí entendía, conocía todas mis maldades sin que lo grave me estorbara a conocer lo ligero y sentirlo y a veces llorarlo".<sup>9</sup>

Disfrutaba de la oración mental casi constantemente, pues lograba en el momento en que lo deseaba ponerse en comunicación con Dios hablando tiernamente con Él. Gustaba mucho de ella, pues "en la oración hallaba mi corazón tanto descanso que se deshacía en lágrimas mirando en mi Dios las finezas de su amor y como me enseñaba con tan poderosa fuerza que me quedaba fuera de mí y la voluntad pronta a hacer su voluntad. Quedaba tan embebida en los afectos tan profundos que se me estampaban en mi corazón que todo esto y otras cosas a este modo me aprovecharon mucho para mortificar mi amor propio..."<sup>10</sup>

Andaba Sebastiana tan abstraída que, cuando hacía oración y al ponerse en contacto con la Divinidad, perdía por completo la noción del tiempo y de la realidad. Disfrutaba de éxtasis que la alejaban por completo del mundo y en los que gozaba de favores concedidos por Dios. Entre los más notables están los siguientes casos: "Estando en Bethlen, como yo las despertaba a todas y abría y cerraba los coros, antes de cerrar me quedé delante de la reja sólo por un instante a adorar a mi

---

<sup>9</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 7 p. 55.

<sup>10</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 1, p. 7.

Señor, eran las once de la noche pero me embebí tanto en la dulzura y admirable grandeza, de la presencia de Dios que me olvidé de todo estando el alma en soberana atención entendiéndolo en aquel profundo conocimiento, de donde sale la alma muy aprovechada, y con tan espirituales fuerzas que bien se conoce su mudanza, que es obra de Dios, que no se puede decir ni alabar porque es mucho. . . cuando me paré para cerrar eran las doce de la noche que me quedé admirada, porque me había parecido un breve rato. En otra ocasión, estando en unos ejercicios con una compañera, me entré a un cuarto des-techado, a tener oración, comenzó a llover; y si no entra la compañera y me hace salir, no lo había sentido; y estaba tan suspenso que sin advertir, me hiqué en un rincón, hasta que llegó la noche, que me llamó la compañera, diciéndome, que hasta cuando, que toda la tarde se me había ido".<sup>11</sup>

Sebastiana nos habla en sus escritos de los favores que Dios le concedía, se nota en ellos su humildad, su temor de explicarlos, el conocimiento que tenía de su ignorancia, el balbuceo. . . "las larguezas de Dios y sus favores no caben en mi bajeza y en este punto presuspendo y quisiera dejarlo en silencio, pues me hallo torpe para decir lo mucho que a Dios debo, pues me dió tan buenas fuerzas que el trabajo no me cansaba, y Dios parece que entonces en mi corazón entraba, y mi voluntad le amaba".<sup>12</sup>

La vida que llevaba en Bethlen no era bastante para calmar la inquietud del alma atormentada de Sebastiana. Desde su más tierna infancia, su deseo había sido ingresar en un convento y tomar el hábito para ser Esposa de Cristo. No contaba con la dote necesaria para entrar monja. Había quien se la proporcionara, con la condición de que fuera monja brígida de velo blanco; pero Sebastiana deseaba serlo de coro o velo negro.

La Marquesa de Salvatierra consiguió que entrara en el convento de Corpus Christi que era exclusivo para las "naturales caciques".<sup>13</sup> En él observó Sebastiana fielmente el re-

---

<sup>11</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 30, p. 167.

<sup>12</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 7, p. 55.

<sup>13</sup>.—Fr. Joseph E. Valdés, *Vida*, p. 99.

glamento y disposiciones que como novicia le correspondían; siendo muy severas, Sebastiana encontró todavía mayor austeridad que añadirles. Su alegría y contento eran enormes pues se encontraba encantada de haber tomado el hábito en esta casa de Dios. Pero Sebastiana tendría que seguir todavía buscando la casa en donde se encontraría con su anhelado Objeto. Las superiores indias de este convento temían que si seguían admitiendo españolas o criollas en su convento acabarían por invadirlo y desterrarlas a ellas, por lo que tramitaron en el Consejo de Indias su exclusión, ganando el pleito, ordenándose que aquellas que no hubiesen profesado salieran. Al saber Sebastiana esta noticia fué tal su tristeza que prorrumpió en sentida lamentación: "Si ya este hábito es mío, ¿por qué me lo quitan? Si este traje es de Esposa de Cristo y yo quiero ser su Esposa, ¿por qué me privan del traje? Si me arrojan del convento déjenme su insignia. Y ya que no sea por insignia, ni por traje de Esposa, permítanme que lo lleve para recuerdo continuo de que alguna vez tuve la dicha de morar en esta casa con Él. . . No, no me lo quiten, Señoras, no me lo quiten; porque si al sacarme de la clausura, se me acaba media vida; despojarme del hábito será acabar de matarme. Si mis súplicas no os rinden, si no os ablandan mis ruegos, que os mueva siquiera la natural compasión de no acabar de matar a quien ya empezó a morir. Y si ni esta compasión merezco, si no quieren darme aún la media vida que vivo, sino que con el Santo hábito me la quitan; ya que de aquí salgo muerta, llevaré el hábito por mortaja, para ser con él sepultada, ya que soy sin él despedida".<sup>14</sup> La desesperación de Sebastiana es enorme, no resiste el creer que la puedan alejar de la casa de Dios, su mente no comprende tal desafuero y con viveza y apasionamiento expresa su desacuerdo. En su hábito no ve más que una representación de su acercamiento con Dios y no concibe que la puedan despojar de él.

Apreciamos en este trozo su apasionado temperamento y su gran amor por Dios, que la hacen llegar hasta a rebelarse contra Él al percatarse de que permite que la alejen de su lado:

---

<sup>14</sup>.—Fr. Joseph E. Valdés, *Vida*, p. 108.

“Y tú, Señor y Dios mío, Esposo de mi alma, si conoces mis deseos, si no se te ocultan mis ansias, ablanda a estas santas religiosas los corazones. Y si esto no quiere tu piedad, si había de verme tan sonrojada, y confusa, si habías de permitir que sin el hábito me lanzaran, ¿para qué me lo dieron? Si había de ser con tanta pena el despojo, ¿para qué me permitiste que me lo vistiesen? Si para esta pena me diste aquel gusto, ¿para qué me hiciste el gusto, que había de darme tal pena?”<sup>15</sup>

Súbitamente reacciona, dándose cuenta de la irreverencia que está cometiendo y dice arrepentida: “Pero, ¿qué es lo que digo? ¿qué es lo que pronuncio? Perdóname Señor, que desatinada con la angustia no acierto ni se lo que digo. Perdóname, que ya reconocida, venero tus disposiciones sabias. Fué de tu agrado el que vistiese este seráfico sayal que tantos júbilos ha dado a mi corazón, pero como no me lo merezco dispones ahora que me priven de él. Y si con tanta alegría lo vestí cuando tu gustaste que lo vistiese, ahora conociendo que es de tu agrado, ya no lo quiero, porque sólo quiero lo que quieres tú”.<sup>16</sup> Humilde y sumisamente acaba por quitarse el hábito, aunque con gran tristeza, y sale del convento.

De aquí, va a casa de Doña Paula de Berrio, su madrina, en donde pasa muchas penalidades, pues gustando tanto de estar sola se ve obligada a hacer vida de familia.

En busca de consejo se dirige a la Iglesia de San Agustín, en donde expone a un sacerdote sus deseos, sus ansias, su vida de penitencia, sus ejercicios, los celestiales favores que ha recibido y su enorme deseo de ser religiosa, encontrando gran consuelo con él, pues le promete que la ayudará a lograr su deseo de consagrarse por completo a Dios.

En casa de su madrina también practicaba terribles penitencias, ya que consideraba a su cuerpo como el principal impedimento para unirse plenamente con Dios, por lo que siempre lo vió con desdén, e imploraba a su Amado diciéndole: “Vida de mi Alma, Dulcísimo Esposo mío, centro de mi corazón, alivio de mis ansias, y a ese modo le digo todo lo que

---

<sup>15</sup>.—Fr. Joseph E. Valdés, *Vida*, p. 109.

<sup>16</sup>.—Fr. Joseph E. Valdés, *Vida*, p. 113.

siento, y todo lo que deseo y verme libre de la broma de este cuerpo, que me parece que por él todo es malo y todo se pierde. . .”<sup>17</sup>

La familia Berrio procuraba distraer a Sebastiana; pero al ver su inquietud al estar entre gentes, y sus ansias de consagrarse al Señor, apresuraron el arreglo de los trámites para su entrada al convento, y dejáronla que estuviera a solas y no saliera más que para ir a misa o a ver a su confesor. Estuvo aquí cerca de cinco meses, pues no se podía conseguir la dote necesaria para que ingresara al convento de San Juan de la Penitencia. Finalmente se pudo conseguir parte, y se hizo la promesa de que al finalizar su noviciado se daría lo restante. Tomó Sebastiana el hábito de religiosa clarisa el 19 de julio de 1744, e inició su noviciado con gran fervor y espíritu de sacrificio.

Humildad, obediencia y pobreza son tres cualidades que describirían a esta religiosa: se consideró siempre la más indigna de las criaturas; obedeció, sin replicar jamás, aún a sus inferiores; y su pobreza era tal que todo lo dejó, hasta los deseos de tener algo.

La maestra de novicias contribuyó grandemente en esta nueva prueba que Sebastiana iba pasando, camino de su vida de perfección, pues la mortificaba constantemente prohibiéndole sus “singularidades aunque virtuosas”<sup>18</sup> pues no le parecía propio el que se distinguiera tanto de las demás; por lo que ordena que ha de comer carne, fruta y todo lo que sus compañeras. Sebastiana obediente, procura darle gusto; pero, por orden de su confesor, la maestra vuelve a permitirle que siga con su severa y abstinenta vida.

El día señalado para la profesión de esta sierva de Dios, se aproximaba y no había sido posible, para Don Francisco Maya, recabar la dote; Doña Ana María, su madre, decidió ir al convento a participarle que no había posibilidad de conseguir el dinero, por lo que sería posible, de momento, el que profesara. Pero Sebastiana, no se inquieta en lo más mínimo pues

---

<sup>17</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, Cartas, C. 19, p. 99.

<sup>18</sup>.—Fr. Joseph E. Valdés, Vida, p. 149.

siente dentro de su alma una seguridad absoluta de que sí se podrá llevar a cabo su profesión.

Surgen nuevas dificultades debido a que Sebastiana cae enferma por las penitencias, ayunos y vigiliias tan rigurosas que practicaba, disponiendo el médico que no podrá profesar; pero sana y alcanza la salud y fuerzas necesarias para poder llevar a cabo este acto. Súbitamente, su espíritu se ve atormentado por una incontrolable racha de desconsuelo y tristeza, sintiendo "que eran sus culpas las mayores que había en el mundo; que era indigna de las misericordias divinas; que no merecían perdón sus ingratitudes y que ciertamente se condenaba".<sup>19</sup> Era tal su temor, que decidió salirse del convento estando ausente por tres días, al cabo de los cuales regresó al darse cuenta de que no era más que tentación del Demonio.

La espera se había prolongado por diez largos meses, pero gracias al legado dejado por Don José Gárate, para aquellas novicias que más lo necesitasen, se pudo llevar a cabo la profesión anhelada por Sebastiana, el 3 de julio de 1746.

La vida mística que llevó Sebastiana, como Esposa de Dios, fué el natural resultado de la preparación que durante toda su vida había tenido. Aquí en San Juan de la Penitencia, ya como religiosa, aumentó la perfección de su vida, sus penitencias y sus ayunos. Interminable sería enumerarlos. Llego a no comer por varios días y, al prohibirle su confesor que hiciera disciplinas de sangre, hacía "cruces, con la lengua, de sangre en un ladrillo que se hizo un charco". (20)

Su director espiritual recibió órdenes de irse para otra parroquia, y quedó Sebastiana, una vez más, sin quien la aconsejara; por lo que escribió al Padre Don Miguel Lozano para que se encargara de su alma y conciencia.

Poco después surgen dudas, en el alma de Sebastiana, acerca de la conveniencia de continuar bajo la dirección espiritual de este sacerdote. Cuando se encontraba acongojada por esta inquietud, se llevaron a cabo los ejercicios de la Beatísima Trinidad y, por consejo del mismo Padre Lozano, en estos días

---

<sup>19</sup>.—Fr. Joseph E. Valdés, *Vida*, p. 161.

<sup>20</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*. C. 33, p. 189.



de plena quietud y oración le pidió ardientemente a Dios que la alumbrara sobre que hacer en este sentido. Sus ruegos fueron escuchados, y en visión intelectual le reveló el Señor que Él había puesto su alma en manos de este religioso.

A partir de entonces no volvió a invadirla la zozobra y recibió durante el último tercio de su vida el sabio consejo del padre Lozano quien la acompañó hasta su último momento en esta vida, pues la atendió en su muerte el 4 de octubre de 1757.

Este mismo sacerdote fué el que, admirado con su penitente y extraordinaria vida, le ordenó que la escribiese por medio de cartas dirigidas a él.<sup>20b</sup> Sebastiana no estuvo nunca conforme con la idea de su director, pero por obediencia refirió sus experiencias y su vida toda, aunque en forma bastante confusa, tal vez para que no se entendiese. "Dulce Jesús ¿es posible que padezca tantas ansias y para mayor tormento me mande la obediencia que escriba, y que lo haga yo a fuerza, y con desconsuelo tanto, que mejor tomara padecer sin tormento, que tomar la pluma y más experimentando tanto susto y embarazo que poniéndome a ello, ni papel, ni tinta servía sólo para mancharme y no parecerme que me convengan estas cosas? Pero, por obedecer a vuestro padre. . .".<sup>21</sup>

Al leer sus cartas encontramos patente su disgusto al escribir así como su humildad, ya que consideraba que las experiencias pasadas no eran más que para ser conocidas por ella y su Dios. Ante la grandeza de los favores divinos, se encontraba torpe para referirlos: "Espero me enseñe a hacer lo que yo no acierto ni soy capaz, y así me congojo, y no tienen substancia mis cosas, porque todo se compone de cosas que yo no las entiendo y menos las puedo explicar. . . no me parece puedo dar a entender lo que siento; que como estacas me encajan. No puedo hablar palabra, ni descanso, estoy como si me faltara el corazón y el alma.. Es como si de repente a uno muy poderoso le avisan

---

<sup>20b</sup>.—La existencia y localización de este Epistolario inédito me fueron proporcionados por la señorita Josefina Muriel quién lo descubrió en el archivo franciscano de la Biblioteca Nacional; y estudia la figura de Sebastiana Josefa en Los Conventos de Monjas de la Nueva España.

<sup>21</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, Cartas, C. 6, p. 49.

que todo se le había perdido, y que lo llevaban a la cárcel, ¿como se queda? Pasmado y sin poder entender cómo ha sido esto".<sup>22</sup>

Apreciamos la dificultad de Sebastiana al expresarse como un resultado de la sutileza e inefabilidad de sus experiencias, inenarrables en palabras humanas, y de su ignorancia y falta de cultura que entorpecían mucho más su expresión, pues desconociendo casi por completo todo libro, difícilmente podía encontrar ayuda para referir sus experiencias.

Son estas cartas de Sebastiana Josefa de la Trinidad, la narración de su vida, en las que habla de su comunicación con la Divinidad. Obra lírica y sentimental por excelencia en la que en forma sencilla y tierna relata sus ansias y deseos, su apasionado amor por Dios. Característicos en ella: la naturalidad, la llaneza, la ninguna elaboración en sus expresiones, que por lo contrario son populares y hasta burdas en ocasiones, aún al referir las más delicadas experiencias. El sentimiento es lo que predomina en sus escritos, ya que se desborda de su alma en un incontenible deseo de posesión. Además desconocía Sebastiana, casi por completo, toda obra intelectual, ya que su cultura era casi nula y no tenía ningún conocimiento siquiera del mundo, pues entró de muy corta edad al recogimiento de Bethlen, y de este pasó, como hemos visto, a otros dos conventos.

Fuera de conocer: a Pedro de Alcántara, a quien tenía como modelo de perfección y vida penitente; de haber leído a Santa Teresa, (cuya influencia advertimos a través de toda su obra) y de repasar en el coro un cuaderno de *Apices de la Mística y Camino de la Virtud*<sup>22b</sup> y otros cuantos libros piadosos y religiosos, Sebastiana no conocía ninguna obra documental, literaria ni teológica.

No fué ciertamente, Sebastiana, escritora de tratados místicos; no intentó hacer doctrina al referir sus experiencias sino que al escribir por obediencia, no pudo evitar el dejar plasmado su auténtico misticismo, su entrañable amor, los favores que

---

<sup>22</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 5, p. 37.

<sup>22b</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 28, p. 159.

le dispensó su Amado y su admiración ante su grandeza, dejando páginas plagadas de ternuras y agradecimientos.

Es en estas cartas en donde podemos apreciar el alma atormentada de Sebastiana; en donde escuchamos sus ansias, su impaciencia, su amor desesperante e inquieto, su deseo, su desconsuelo y su inquebrantable fe y esperanza que por momentos flaquean. Con sencillez nos relata los favores que le concede su Amado, su dolor cuando se le oculta, su tormento cuando el Demonio la acosa, y busca con tesón palabras con que referirnos su espanto, las horribles visiones que la hace presenciar, las tentaciones, los sufrimientos que su cuerpo padece, su odio hacia él y las severas disciplinas y abstinencias que practica en su anhelo de perfección, su desprecio del mundo, ya que "todo lo de por acá es basura, que nada vale y volando se acaba".<sup>23</sup> Vemos que su única preocupación y su todo es Dios; escuchamos las dulces palabras con que nos refiere los abrazos espirituales que le da su Amado; las encantadoras imágenes que presencia; el claro conocimiento que adquiere de las cosas; la fe y la fortaleza que quedan en su espíritu, así como la tranquilidad y paz que experimenta después de estas admirables visiones; de sus éxtasis o comunicación con Dios. Su misticismo, está patente en toda su obra, pues a través de ella se perciben todas las características del elaborado y complejo camino a seguir para llegar a disfrutar de este estado divino, así como su realización.

Como con anterioridad hemos expuesto, el amor entre Dios y la criatura requiere para consumarse, de la voluntad divina; debe partir este amor de Dios hacia el alma como un privilegio que Él le concede. Comprendiendo esto, Sebastiana pide a Dios que la toque con su gracia: "y como deseo tan deveras este amar a Dios sin embarazo y conozco en mi tener tantos, me parece que yo no he de acabar con mis malezas; pero para Dios no hay imposibles y, así le pido sin merecerlo, que haga en mi un milagro para que en todo le sepa dar gusto y, muerta a todo, vi-

---

<sup>23</sup>.—Sor Sebastiana, Josepha de la Trinidad, Cartas, C. 30, p. 169.

va solo amándole con todo mi corazón y que su dulce fuego me acabe la vida y padezca yo sola, si es su voluntad. . .".<sup>24</sup>

Constantemente escuchamos su deseo de unión y su poco interés por las cosas de esta vida: "y así estoy como con hambre de tratar con Dios y tenerlo en mi corazón, y este deseo me revienta y me quita el amor a todas las cosas de esta mortal vida".<sup>25</sup>

Este deseo la atormenta y se traduce con frecuencia en ansia de morir para así lograr unirse más perfectamente con su Amado: "ha llegado a tanto esa violencia que me revienta el corazón sin poder más. Le digo: Mátame mi vida, que es muy grande este deseo que tengo de verte; no me cuadra nada de acá; o múdame de mis vilezas, para poder dar gusto y hacer tu voluntad; no me faltes, con tu gracia fortalece mi flaqueza, sácame este corazón, llévame contigo que llegue a gustar del adorado vino de tu amor, que me haga fuerte en el padecer venciendo mis pasiones y abatiendo la soberbia".<sup>26</sup>

En ocasiones la fuerza de este deseo lleva a Sebastiana a gozar de visiones imaginarias, y al verlas dirige palabras cariñosas, y sentidas quejas a su Amado: ". . . Ya sin poder más, me entré en la tribuna quejándome amorosamente a mi Dios, el alma le decía con mucha ternura tan vivas palabras, manifestándole todas las cosas que le afligían con dolor y lástima, que se me caían las lágrimas y se me abrasaba el corazón tan vivamente, que no se decir como estaba. Vi interiormente a mi Señor muy alegre y a su Santísima Madre y dentro de mí misma una como sala muy lucida y hermosa, y como fuera de su lugar, mi corazón, como una grande sala, toda guarnecida de oro muy fino, y resplandeciente, que parecía que tenía muy ricas piedras que brillaban con grande hermosura y luz, muy diferente de todo de lo de por acá que no tiene comparación. Estando en esta admiración cogió su Divina Majestad mi corazón con mucho amor. De que yo lo ví en sus manos tan lindas, me dió tanta vergüenza que con humilde encogimiento le decía mi

---

<sup>24</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 12, p. 84.

<sup>25</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 9, p. 71.

<sup>26</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 41, p. 259.

alma: No Señor y Dueño Mío, que lo coja tu Santísima Madre y Reina y todo mi consuelo, que en teniéndolo en sus manos divinas, lo compondrá para que pueda pasar a las tuyas. Así lo hizo con mucho gusto, estando mi alma muy consolada, y con apacible sosiego descansaba el corazón".<sup>27</sup>

No faltan ocasiones en que el Demonio tienta a Sebastiana, haciéndola dudar hasta de aquellas visiones que por misericordia divina goza, como ocurre en el caso de la visión recién expuesta ya que después de disfrutarla dice: "...Pero como soy tan ruín, comencé a temer si sería engaño lo mismo que estaba mirando. Y como de lejos, parece que venían unas voces, que yo no entendía como era esto, porque conocí que no se podía acercar quien las daba, de temeroso y acobardado y con todo eso me daba a entender que no era verdad, que estaba engañada".<sup>28</sup>

Tentaciones como ésta sufría Sebastiana constantemente, en ellas el Demonio pugnaba por separarla de Dios: "Me parece que cuando estaba fuera de los sentidos, me entró una mano, como que me sacara de lo que hay dentro del cuerpo, que me causó gravísima inquietud y lo que es más horror y tormento, que no se puede llegar a explicar que después de todo me ha quedado un ardor allá dentro que siento afuera del cuerpo el calor con vergonzosas inquietudes que no se que haya cosas más arriesgadas; y tanto, que mejor fuera estar en el infierno; que deseara salir de lo que se padece; y en esto de ahora no había tormento, y para decir verdad, mi voluntad gustó y consistió...<sup>29</sup>

Padeció, también por causa del Demonio, tremendos estados somáticos que la horrorizaban por su crueldad, y que relata dejando advertir su espanto y desesperación al no poder dominarlos. Al estar orando "de repente me hallé, no se donde, me agarraron como si fuera una ligera paja, tan inhumanamente, que gritaba de dolor tan intolerable, que me juntaban las costillas unas con otras y me las quebraban sin poder tomar resuello; y todo esto pasa en un profundo silencio muy funesto,

---

<sup>27</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 30, p. 169.

<sup>28</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 30, p. 169.

<sup>29</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 21, p. 109.

las tenebrosas ansias que tengo de ver que este tormento es muy interior, muy callado. No hay misericordia hasta que Dios quiere. Cuando se acabó me quedaron doliendo las costillas harto tiempo y el corazón muy sobresaltado que no podía respirar. . . ”. <sup>30</sup>

Le ponía, también el Demonio, tentaciones en forma de visiones imaginarias acompañadas de estados somáticos. Una de las más características es la que apuntó a continuación y en la que se deja ver su estilo despreocupado y burdo al escribir, y la dificultad que tenía para encontrar los términos apropiados para relatar estos tormentos que padecía: “. . . que no se cómo no se me ha salido el corazón del cuerpo y me parece esto peor, que fué sentir cerca de mí, a dos pasos o tres, pero tan espantosos que no se como me quedé, que me sofocaba; pasando poco rato vino sobre el cuerpo tan pesadamente, una cosa que parecía perro muy grande y no lo era, porque estaba parado y sólo estaba en pellejo pardo, y las manos de gente muy feas y tan pesadas, que un dedo era bastante para desmigajarme; la cara de gente, pero muy tosca. Este inhumano me abrazó todo el cuerpo con tal crueldad que me reventaba por todas partes sin tener ningún movimiento ni respiración; los dolores tan horriblos que no es posible poderlos explicar; me faltaba el aliento, y no podía sufrir lo que sentía interior, que eran unas agonías de muerte, y en particular me encajó el codo en el estómago, que me lo reventaba con crueldad, causándome tan grave amargura y encogimiento, que temía quejarme y lo hacía de pensamiento, y amando a Dios y a todo nuestro consuelo María Santísima. Todo esto que me pasó, estaba entendiendo que estaba en mis sentidos; pero no lo estaba, que todos me faltaron. Cuando volvi en mí, me parecía imposible haber escapado de tan horriblos tormentos que me parecían haber durado muy largo tiempo; quedé sin fuerzas y espantada, como soy tan miserable, me quejaba con mi Dios con ternura y con vergüenza, que me faltaba el resuello como si viniera de muy trabajoso camino”. <sup>31</sup>

---

<sup>30</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 16, p. 89.

<sup>31</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 19, p. 98.

Insoportables eran para Sebastiana estas tentaciones; y la inquietud y la duda que la embargaban le hacían desear la muerte para liberarse de ellas, “Muerte deseada de una alma que padece tristezas y amarguras como privada de la luz y dulzura de este Dios amoroso, que con su vista abraza las ‘almás. . .”<sup>32</sup>

Cuando Sebastiana se encontraba desesperada, la intervención divina la sosegaba al brindarle bellas visiones que apaciguaban su alma: “Y vi interiormente una como laguna, que de las aguas salían unas manos muy feas y negras, que me hubieran cogido porque yo estaba muy pegada a la orilla. A este tiempo vi a mi Señor puesto en la Cruz y con mucho amor bajó un brazo y abrazó mi alma, que estaba en el lado del corazón, con mucha seguridad y, el otro brazo le quedó pendiente de la Cruz. Su amorosísimo rostro, muy humilde, inclinado a mi lado y muy lastimado, pero muy lindo y sus ojos bellísimos, rasados en lágrimas, que le salían como hermosísimas perlas, que causaba ternura y grande amor; y sin hablar palabra, le dió a entender a mi alma que de amor lloraba, y el amor le quitaba la vida; que era tan grande este amor que toda su vida había padecido con tanto consuelo y con amargura muy lastimosa del poco conocimiento de la fineza de tan abrazado amor”.<sup>33</sup>

El amor divino es de tal forma grande y tan superior a la capacidad humana, que el hombre perecería al sentir sus efectos sino fuera porque Dios mismo le da gracia para subsistir; Sebastiana así lo comprende por sus experiencias y nos lo explica en palabras llanas pero claras y no desprovistas de belleza: “La claridad y dulzura de su amor es cosa, que no cabe en ninguna capacidad humana saber hasta donde llega lo que a su amor debemos, yo no sé lo que me diga porque me parece tan fuerte y superior este amor que Dios da a la dichosa alma que le faltara la vida si no se la conservara piadosamente la Soberana Majestad. . .”<sup>34</sup>

Cuando arrebatada por este amor, Sebastiana llega al éx-

---

<sup>32</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 4, p. 35.

<sup>33</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 24, p. 130.

<sup>34</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 46, p. 288.

tasis, tiene visiones de la Divina Providencia, en las que se revelan cosas, que ella reconoce humildemente que no puede explicar. "No se como me atreva a manifestar las grandezas que obra la hermosura de Dios, en esta pobre miserable que toda soy pecados malezas de mis malas inclinaciones; y no puedo que enmudece mi lengua porque no son para mi mala disposición, los encendidos deseos y abrazadas ansias que suave y fuertemente me mueven a amar, y abrazar dentro de mi corazón a este amante Divino que me abraza su reverente presencia, que parece, que lo veo con los ojos de la alma; el como estoy y lo que entiendo y conozco del amor tan admirable de la Santísima Trinidad, se encoge mi alma a la vista de sus admirables obras haciendo por la fuerza de su amor a un bellissimo hijo Dios humanado. Lo mucho que se descubre en estas obras de amor y como lo entiendo mejor lo diría el silencio, que yo no soy capaz ni debo por mi bajeza . . . y como son cosas tan profundas quédome como fuera de mí, suspensa y con unos movimientos tan fuertes que me revientan el corazón y se ahoga; pero respira con tiernos suspiros que parecen cosa extraña oírlos . . ." <sup>35</sup>

Y de esta unión con Dios nace un conocimiento que no podría adquirir de libros, maestros o de ninguna otra fuente humana. "Y hallaba tanto que saber que me parecía imposible que hubiera padres, ni libros que me enseñaran tan a medida de mi deseo, sacándome de todo lo que dudaba y advertida de lo que había que hacer en el orden de vida excusándome de todas las ocasiones grandes y ligeras y de cosas muy menudas que necesitaba estar con gran cuidado". <sup>36</sup>

Confirma Sebastiana la adquisición de este conocimiento, al escribir cómo en sus éxtasis habla a Dios con palabras y modos que ella no pensaba que podría emplear. "Entró en mi interior un modo, que yo no se decir lo mucho que mi alma entendió, con una fuerza tierna y amorosa, que me revolvió el corazón tan vivamente, que reventaba con un dolor tan penetrante, doloroso y suave, que sin poder más, fueron grandes las ansias,

---

<sup>35</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 4, p. 30.

<sup>36</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 45, p. 284.



que tenía, con abundancia de lágrimas: Hablando tan amorosas palabras tan ardientes y verdaderas, que sonaban con grande claridad, allá en lo más profundo, sin ruido y muy diferente de lo de aca. El estilo tan suave, y tan bien ordenado todo lo que hablaba, que ni muy pensado pudiera tanto como se me previno, con tanta facilidad, que dije cuanto sentía mi alma: y pidiendo grandes cosas, con grande confianza, rendida y abatida en mi bajeza, y con grandes deseos de conformarme, y darle gusto en todo a tan admirable Hermosura, Majestad y Grandeza".<sup>37</sup>

Este conocimiento que adquiere Sebastiana de la unión con Dios, en ocasiones se manifiesta en sus escritos, al describir visiones que ha gozado, con palabras y estilo superiores al que apreciamos en la mayor parte de su obra. Así refiere la representación que tuvo de la Virgen Santísima: "Siempre la llamo y la veo, con la hermosura de Reina y Majestad de Señora, ricamente vestida y tan bien compuesta y tal gracia que la hace más linda. El bellissimo rostro, humilde, y alegre con un modo de mirar tan gracioso modesto y muy señor. El pelo muy lindo que la adorna con mucho primor. Unas ondas que le asientan por su divino rostro hasta abajo de los hombros con mucho lucimiento, y todo recogido por el cuello, el pelo ensortijado todo: la hermosura y bazarria es admirable: toda linda, hermosísima y vertiendo alegría con algo de resplandor de el blanco y nacar de su bellissimo rostro. Todo lo que digo es sombra porque no soy capaz, ni merezco poder ver, ni decir lo que sólo el alma en el interior se le muestra. Como la luz del medio día así despide de si la Divina Aurora y universal consuelo, a todos los questamos en los peligros de esta miserable vida, y yo por ser tan perversa, estoy más necesitada de estar pidiendo favor para ser perdonada".<sup>38</sup>

En ocasiones la imposibilidad de explicar una experiencia, lleva a Sebastiana a utilizar los contrastes tan empleados por los místicos en casos análogos: "que fe se infunde a que no viendo diga que veo no viendo nada; y que se entiende mucho

---

<sup>37</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 60, p. 359.

<sup>38</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 24, p. 132.

sin poder decir cosas tan profundas y delicadas que el alma y Dios sólo lo saben en los silencios de la noche".<sup>39</sup>

Pero Sebastiana claramente nos dice que todas estas cosas superiores ella no las pueda explicar, más, que por su ignorancia e incultura, que con toda humildad reconoce, por la profundidad y delicadeza de ellas, que no son explicables ni entendibles más que por aquellas personas que se hayan encontrado en dicho estado: "que lo que en esto siente el alma, quien lo hubiere experimentado lo entenderá y mi persona que con poco me entiende, lo que mi tontera no sabe explicar ni entiende".<sup>40</sup>

Algunas veces, arrebatada por el deseo de expresar la hermosura e inefabilidad de lo que siente, Sebastiana se queja de la pobreza de su lenguaje y de lo árido de la prosa, que sólo la poesía fuera bastante para ello: "Y me sucedía en ardérseme el alma con tal suavidad y emoción que descansaba mi afecto con hablar con muy compuestas y amorosísimas palabras, que sin prevenirlas; de repente sólo las pudiera decir un poeta; y no mi tontera".<sup>41</sup>

Posiblemente llevada por la idea de que la poesía presenta un campo y belleza mayores para expresar lo inefable de sus experiencias místicas, Sebastiana se decide a escribir en verso, pero con tan poca disposición que, ciertamente carecen de todo valor literario sus poesías ya que en ellas difícilmente encontramos rima, consonancia o metro. A pesar de esto no deja de percibirse el sentimiento místico de su autora en la lectura de estas primitivas poesías.

---

<sup>39</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 4, p. 36.

<sup>40</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 3, p. 28.

<sup>41</sup>.—Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, *Cartas*, C. 8, p. 61.

## CONCLUSION

De acuerdo con las teorías que he venido sustentado, el místico es un estado sobrenatural del alma, que se alcanza por el amor de la criatura a su Dios y por la Gracia que Éste le concede. El alma, empujada por su amor y atraída irresistiblemente —como el imán atrae a una microscópica partícula de hierro— por la Gracia, rompe sus humanas ataduras, y se dirige hacia Él, con Quien se une. Para llegar a este estado místico se requieren, además del toque divino, fe, conocimiento, amor, activismo (caridad y obras) e individualismo. Estas características las encontramos en la religión católica y, precisando más aún, en la escuela ecléctica; por lo que considero que es en esta religión y en esta escuela donde podremos encontrar el estado místico perfecto.

La vista de Dios, el gozo nacido de la unión con Él, lo sublime de las experiencias que el místico ha tenido, hace nacer en su alma sentimientos que se desbordan y pugnan por salir y expresarse. Llevado por este impulso, intenta narrar sus experiencias e imposibilitado para ello por su sutileza e inefabilidad, escribe; pero teme, balbucea y en vano quiere darnos a entender lo que ha pasado.

Necesariamente, pues, para que consideremos dentro de la literatura mística experimental a un autor, sus escritos deben contener relaciones de estados afectivos sobrenaturales, visiones, experiencias divinas, etc.

Hemos considerado ya que tanto la herencia religiosa del novohispano como el medio ambiente que reinaba en la Nueva España, eran favorables para que germinara la semilla mística, por lo que vemos que se encontraron aquí autores que reunieron las características necesarias para llegar a este alto

estado, y que nos dejaron bellos e interesantes escritos en los que relatan sus experiencias subjetivas.

Primero entre los autores que he presentado en este estudio, tenemos a Juan Pérez Ramírez. Dado lo poco que conocemos de su vida y lo breve de su obra —Comedia Pastoril de circunstancias— poco propicia para exponer en ella el tema místico, no podemos formar un juicio definitivo acerca de su sensibilidad; pero percibimos profundas vetas místicas, remembranzas del *Cantar de los Cantares* y relaciones de estados afectivos que me han hecho creer que Pérez Ramírez deja desbordar en su obra los sentimientos que embargaban su alma —en unión con Dios—y pugnaban por escapar.

Indudablemente Fernando de Córdova y Bocanegra es un místico doctrinal como apreciamos en su obra *Siete grados o sendas por donde deben subir los amadores solícitos de la divina contemplación*, en la cual nos muestra el camino para llegar al estado de perfección; mas así mismo vemos que en el desenvolvimiento de esta obra se entremezclan relaciones de estados místicos en las que se percibe que expone sus propias experiencias. Lo que unido a los sentimientos expuestos, en estancias hermosísimas en su *Canción del Amor Divino*, nos hacen ver que Córdova y Bocanegra fué un místico experimental así como poeta de altos vuelos y estilo refinado.

El conocido escritor Fray Miguel de Guevara es autor de varias poesías religiosas llenas de ingenio y belleza; pero en ellas no percibimos la vibración de la nota mística; no escuchamos esa desesperación, esa ansia de posesión y mucho menos las experiencias de unión o visión místicas. Lo único que encontramos en su obra que pudiera tener relación con la doctrina mística es la traducción del *Apocalipsis* de Gregorio López.

Escritor ascético es incontestablemente Juan de Palafox y Mendoza; pero también es místico, como nos lo hacen patente su biografía y varios de sus escritos en los que con gran audacia y elegancia nos relata experiencias vividas, expresándose en forma tan amorosa y apasionada como sólo un místico pudiera hacerlo. Lo que narra en su prosa lo canta con singular

belleza en su poesía haciéndonos partícipes del gozo y la satisfacción que llenan su alma, plena de amor.

Vida de sacrificio y amor fué la de Sebastiana Josefa de la Trinidad, quien por obediencia se vió obligada a escribir los sucesos de su vida exterior y las experiencias de su vida interior. Pobre y burdo es su lenguaje, mas a pesar de la ignorancia e incultura que se revelan en sus escritos encontramos allí descripciones de cosas inenarrables, que la pluma más elegante hubiera encontrado difícil explicar. Difícilmente podremos considerar sus escritos como modelos de obras literarias a menos que consideremos su estilo popular, en ocasiones vulgar, y su forma llana, como tal. No obstante esta forma de expresión, su pensamiento y sentimiento son siempre elevados. Obras de gran belleza y elegancia no serán, pero no cabe duda que en la expresión de sus sentimientos vibra la auténtica nota mística.

En los cuatro autores aquí considerados como místicos hemos encontrado todas aquellas cualidades que caracterizan al escritor místico. En ninguno se revela el panteísmo, el quietismo u otras características que diferencian a las otras escuelas o tendencias del grupo de la escuela ecléctica, por lo que con esta breve aportación, creo poder sostener que sí hubo literatura mística en la Nueva España, y que un estudio posterior podría revelarnos otros autores novohispanos que contribuyeron con sus letras a aumentar el caudal de la literatura mística ortodoxa en la Nueva España.

## BIBLIOGRAFIA

- 1.—Alonso, Amado.—Biografía de Fernán González de Eslava. Revista de Filología Hispánica, Año II, No. 3 Buenos Aires.
- 2.—Alonso, Damaso.—La Poesía de San Juan de la Cruz (desde esta ladera). Madrid, 1942.
- 3.—Ballesteros y Beretta, Antonio.—Historia de España y su influencia en la historia universal. Tomos: I, II, III y IV. Barcelona, 1926.
- 4.—Buch, Hildegard.—El lenguaje afectivo de Santa Teresa, México, 1942.
- 5.—Carreño, Alberto María.—Joyas literarias del siglo XVII encontradas en México. México, 1915.
- 6.—Carreño, Alberto María.—“No me mueve mi Dios para quererte”. Consideraciones nuevas sobre un viejo tema. México, 1942.
- 7.—Castiglione, Baltazar.—El cortesano. Traducción de Juan Boscal. Calleja, Madrid.
- 8.—Castro, Américo.—Sta. Teresa y otros ensayos. Santander, 1929.
- 9.—Crisógono de Jesús Sacramentado.—San Juan de la Cruz. El hombre. El doctor. El poeta. Labor, Barcelona, 1935.
- 10.—Díaz-Plaja, Guillermo.—La poesía lírica española. Labor, Barcelona, 1937.
- 11.—Fitzmaurice Kelly, Jaime.—Historia de la literatura española. Quinta edición, Argentina, 1942.
- 12.—Gallegos Rocafull, José M.—La Experiencia de Dios en los Místicos Españoles. México, 1945.
- 13.—García, Genaro.—Don Juan de Palafox y Mendoza. Obispo de Puebla y Osma. Visitador y virrey de la Nueva España. México, 1918.
- 14.—García Gutiérrez, Jesús.—La poesía religiosa en México Siglos XVI a XIX. Cultura T. XI No. 1. 1919.

- 15.—García Icazbalceta, Joaquín.—Introducción a Coloquios Espirituales y Sacramentales y Poesías Sagradas del Presbítero Fernán González de Eslava. México, 1877.
- 16.—Gil-Albert, Juan.—Introducción y Selección, Poetas Místicos Españoles. México, 1942.
- 17.—González Peña, Carlos.—Historia de la literatura mexicana. México, 1940.
- 18.—Huxley, Aldous.—Eminencia Gris, Estudios sobre Religión y Política. Buenos Aires, 1942.
- 19.—Iglesias, Jesús José.—Grados de oración según Sta. Teresa y varios autores de Teología Mística. Aragón, 1936.
- 20.—Iglesias, Jesús José.—Teología Ascética y Mística. Aragón, 1936.
- 21.—James, William.—Fases del sentimiento religioso. Tomos 6, 7, 8. 1902.
- 22.—Jiménez Rueda, Julio.—Historia de la literatura mexicana, México, 1934.
- 23.—Jiménez Rueda, Julio.—En el centenario de San Juan de la Cruz. p. 43. Revista de Filosofía y Letras. Tomo IV No. 7. 1942.
- 24.—Jiménez Rueda, Julio.—Notas a Francisco Cervantes de Salazar. México en 1554. Tomo 3 Biblioteca Estudiante Universitario. México, 1939.
- 25.—Juan de la Cruz, San.—Obras Completas, México, 1945. Introducción, notas y bibliografía José M. Gallegos Rocafull.
- 26.—Juan de los Angles, Fr.—Obras Místicas, Nueva Biblioteca de Autores españoles bajo la dirección de M. Menéndez y Pelayo. Núm. 20 Parte primera, 1912.
- 27.—Luis de León, Fr.—De los Nombres de Cristo. Clásicos Castellanos de la Lectura. 1921.
- 28.—Luis de León, Fr.—El Cantar de los Cantares, Buenos Aires, 1942.
- 29.—Luis de León, Fr.—En Cantar de los Cantares. Prólogo de Enrique Díez-Canedo, México, 1942.
- 30.—Luis de León, Fr.—Poesía. Selección, estudio y notas por J. M. Alda Tesán. Zaragoza, 1939.
- 31.—Lulio, Raimundo.—Blanquerna, maestro de la perfección cristiana. Madrid, 1929. Prólogo de E. Ovejero y Maury.
- 32.—Malón de Chaide.—La Conversión de la Magdalena. Edición y prólogo de Félix García. Clásicos castellanos de la Lectura. T. I y II. Madrid, 1930.

- 33.—Martínez, José Luis.—La poesía de San Juan de la Cruz. p. 59. Revista de Filosofía y Letras Tomo VII. No. 13. México, 1944.
- 34.—Maya, Sebastiana Josefa (Sebastiana Josefa de la Trinidad).—Cartas en las cuales manifiesta a su confesor las cosas interiores y exteriores de su vida. Manuscritas. Recibidas en 1760 por Sor Ana Benardina, abadesa. (Este Epistolario inédito fué descubierto en el archivo franciscano de la Biblioteca Nacional de México por Josefina Muriel).
- 35.—Mediz Bolio, Antonio.—Prólogo y traducción del Libro de Chilam Balam de Chumayel, Biblioteca Del Estudiante Universitario. T. 21. México, 1941.
- 36.—Méndez Plancarte, Alfonso.—Estudios Selección y notas. Poetas Novohispanos. Primero y Segundo Siglos. Biblioteca del Estudiante Universitario. T. 33 y 43.
- 37.—Menéndez y Pelayo, Marcelino.—Estudios de Crítica Literaria. De la poesía Mística. Madrid, 1884.
- 38.—Menéndez y Pelayo, Marcelino.—Historia de las Ideas Estéticas en España. Tercera Edición. Tomos 2 y 3. Madrid, 1920.
- 39.—Menéndez y Pelayo, Marcelino.—Historia de los Heterodoxos españoles. Madrid, 1880. Tomos I y II. Libros: I, II, III, IV y V.
- 40.—Montoliu, Manuel de.—El Alma de España. Editorial Cervantes. Barcelona.
- 41.—Nicol, Eduardo.—San Juan de la Cruz. El problema psicológico de la experiencia mística y el de su expresión. Conferencia, 1942.
- 42.—Ocaranza, Fernando.—Gregorio López. Vidas Mexicanas 14, México, 1944.
- 43.—O'Gorman Edmundo.—Fundamentos de la historia de América, México, 1942.
- 44.—Ortega y Gasset, José.—Ideas y Creencias. Buenos Aires, 1940.
- 45.—Palafox y Mendoza, Juan.—Obras Completas, Madrid 1762, Tomos I, III parte I, y II; V, VI, VII.
- 46.—Pérez San Vicente, Guadalupe.—Diosas y Mujeres Aztecas. México, 1944.
- 47.—Pfandl, Ludwig.—Juana la loca. Cuarta Edición. Argentina, 1943.



- 48.—Plotino.—Presencia y Experiencia de Dios. Traducción y notas de García Bacca, México.
- 49.—Plotino.—Selección de las Eneadas. Universidad Nacional de México, 1923.
- 50.—Ramos, Samuel.—El perfil del hombre y la cultura en México. Mex. 1938. 2a. ed.
- 51.—Real Academia, Memorias.—Núm. 7. Madrid 1860. Discursos de: Antonio Ferrer del Río, Juan Donoso Cortés, Francisco Martínez de la Rosa.
- 52.—Remón, Alonso.—Vida y muerte del siervo de Dios. D. Fernando de Córdova y Bocanegra. Y libros de colaciones y doctrinas espirituales que hizo y recolecto. Madrid, 1617.
- 53.—Rojas, Fernando de.—La Celestina. Argentina, 1943.
- 54.—Rojas Garcidueñas, José.—El Teatro de Nueva España en el siglo XVI. 1935.
- 55.—Rojas Garcidueñas, José.—Prólogo y notas a Autos y Coloquios del siglo XVI. T. 4. Biblioteca del estudiante universitario. México, 1941.
- 56.—Ribot, Th. La Psicología de los sentimientos. Madrid, 1924.
- 57.—Sainz Rodríguez, Pedro.—Introducción a la historia de la literatura mística en España. Madrid, 1927.
- 58.—Salinas, Pedro.—Reality and the Poet in Spanish Poetry. Baltimore, 1940.
- 59.—Santullano, Luis.—Místicos Españoles. Biblioteca literaria del estudiante, dirigida por Ramón Menéndez Pidal. T. XVII, Madrid, 1943.
- 60.—Scarpa, Roque Esteban.—Poesía Religiosa Española. Antología. Chile, 1938.
- 61.—Silió Cortés, César.—Isabel la Católica. Valladolid, 1938.
- 62.—Spencer, Heriberto.—Primeros Principios. Tomo I Barcelona.
- 63.—Spranger, Eduardo.—Formas de Vida. Madrid, 1935.
- 64.—Teresa de Jesús, Sta.—Su Vida. Madrid, 1927.
- 65.—Teresa de Jesús, Sta.—Obras Escogidas con su vida por Fray Diego de Yepes, París, 1847. Tomo I.
- 66.—Teresa de Jesús Sta.—Camino de Perfección, T. I. y II. Introducción por José María Aguado. Madrid, 1929.
- 67.—Teresa de Jesús, Sta.—Los Moradas. Prólogo y notas de Tomás Navarro Tomás. Clásicos Castellanos de la Lectura. Madrid, 1933.

- 68.—Valdés, Joseph Eugenio.—Vida admirable y penitente de la V. M. Sor Sebastiana Josepha de la Trinidad, México, 1765.
- 69.—Valbuena Prat, Angel.—Historia de la literatura española. T. I, II. Barcelona, 1937.
- 70.—Vigil José M.—Reseña histórica de la literatura mexicana. (Inconclusa).
- 71.—Vossler, Karl.—Literatura española Siglo de Oro. México, 1941.
- 72.—Vossler, Karl.—La Soledad en la poesía española. Madrid, 1941.
- 73.—Yañez, Agustín.—Introducción, selección y notas a Crónicas de la Conquista de México. Biblioteca del Estudiante Universitario. T. 2. México, 1939.
- 74.—Yañez, Agustín.—Prólogo y selección de Doctrina de Fray Bartolomé de las Casas. Biblioteca del Estudiante Universitario. Tomo 22. México, 1942.
- 75.—Yañez, Agustín.—Estudio preliminar, selección y notas a Mitos Indígenas Biblioteca del Estudiante Universitario. Tomo 31. México, 1942.
- 76.—Yañez, Agustín.—El contenido social de la literatura iberoamericana. Jornadas, 14, México.

# I N D I C E

	Págs.
Introducción. . . . .	5
CAPÍTULO I	
Herencias y Ambiente de la Vida Novohispana. . . . .	7
CAPÍTULO II	
Religión y Mística	19
CAPÍTULO III	
Juan Pérez Ramírez.	35
CAPÍTULO IV	
Fernando de Córdova y Bocanegra.	43
CAPÍTULO V	
Miguel de Guevara.	61
CAPÍTULO VI	
Juan de Palafox y Mendoza.	61
CAPÍTULO VII	
Sebastiana Josefa de la Trinidad.	109
Conclusión. . . . .	129